



EMMA
ROULOTTE,
ES USTED

Norberto
Luis Romero



LcJ

Emma Roulotte, es usted

Norberto Luis Romero

1ª Edición Digital

Noviembre 2012

Smashwords edition

© Norberto Luis Romero, 2009

© de esta edición:

Literaturas Com Libros

Erres Proyectos Digitales, S.L.U.

Avenida de Menéndez Pelayo 85

28007 Madrid

<http://lclibros.com>

ISBN: 978-84-15414-49-0

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

Smashwords Edition, License Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each person. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Emma Roulotte, es usted
(Relatos a la manera de la novela toscana)

Para mi hermano Alberto, que siempre creyó en Thabata.
A mis queridas, Emma Roulotte, Thabata Pitford, y Giselle Dubois.
Norberto Luis Romero

Para Emma, que supo hallar su destino.
El autor

Para Jorge Luis, Horacio, Daniel, Julio, Augusto, Franz, Antón, Dino, Alejo, Juan, Felisberto, Juan Carlos, Charles, Oscar, Saki, John Hamish, Joseph, Rudyard, Silvina, Juan José, Abelardo, Ambrose, Mario, Jules, Jack, Alexander, Evelyn, Marcel, Eudora, Arthur Ignatius, Katherine, Raymond, Carlo, Hans Christian, William, Ray, Edgar Allan, Gilbert Keith, Sherazade, Henry, Nathaniel, Ambroce, Jacob, Ernest Theodor Amadeus, Charles, Wilhelm, etc.; maestros, colegas y amigos que habitan Gamma Purpúrea.
Emma Roulotte

UNA CAJA ENIGMÁTICA

Proximi sunt germanis qui trans Rhenum incolunt.

El muchacho desciende del coche de línea en medio de un páramo. Está solo, con su maleta, a la orilla del camino de tierra. El ronquido del motor se aleja a sus espaldas y el corazón se le encoge en un puño ante tanta desolación. A un par de kilómetros, unas débiles luces parecen luciérnagas aletargadas. Hace frío. Se sube el cuello del abrigo, escruta la noche y decide dirigirse rumbo a las luciérnagas que salpican un cielo sin estrellas ni luna. Apenas ve el camino, pero siente la tierra dura y reseca bajo la suela de sus zapatos.

¿Qué viene a hacer a este pueblecito abandonado de la mano de Dios, sepultado bajo un cielo inhóspito?: debe entregar un paquete, y a la mañana siguiente seguir su camino rumbo a otra ciudad. Reflexiona acerca de aquel extraño pedido; casi un capricho, que le retrasará el viaje, y decide tomárselo con calma; tampoco tiene demasiada prisa, pues el motivo de su desplazamiento es vago, impreciso, se diría que desconoce la verdadera razón que lo impulsa a este viaje. Pero en su fuero interno, a pesar de tanta niebla, aguarda una aventura que quiebre la rutina de su vida insípida. Sabe que todo viaje tiene algo de iniciático y lleva implícito un renacimiento interior: partir es morir un poco, y llegar es nacer en un lugar distante al de partida, donde ni hay vínculos ni memoria.

Se detiene a las puertas del pueblo, palpa en sus bolsillos y descubre, con fastidio, que perdió las señas del destinatario del paquete. No puede recordarlas: apenas se había detenido a mirarlas. Su memoria confusa desgrana apellidos posibles. Recuerda que se trataba de un escritor, pero no retuvo las señas. Vacila un instante, ya en mitad de una calle, con la maleta abandonada a su lado. No tiene a donde dirigirse y un sabor amargo de indefensión lo sobrecoge, como a un niño perdido de sus padres. Ve las ventanas cerradas, las casas y las calles sumidas en un silencio casi solemne, algún que otro perro vagabundo husmeando en los contenedores de basura, pero a ningún humano. El sentimiento de indefensión se acentúa, y acude a su memoria una mañana lejana, cuando se separó de sus padres en unos grandes almacenes y se vio rodeado por una multitud de desconocidos, que lo observaban con incredulidad y misericordia; evoca a aquella señora gorda y amable, que se le acercó a secarle las lágrimas, y se le humedecen los ojos. Se avergüenza de dejar brotar sus sentimientos, y recapacita: ya no tengo cuatro años. Decide entonces internarse en las calles adyacentes en busca de alguna cafetería. Son alrededor de las dos de la madrugada y todo está cerrado. La angustia crece y con ella resurge el niño. Si al menos apareciese la mujer gorda y maternal, le diría que está buscando a un escritor; aunque no esté seguro de haberlo leído en el anverso del sobre extraviado. Va por el pueblo a lo tonto, sin hallar una mano salvadora, su *Deus ex machina*. Mira el reloj: lleva más de una hora recorriendo calles penumbrosas, apenas iluminadas por farolas demasiado débiles y espaciadas, y hay rincones tan oscuros como la boca de un lobo salvaje, que lo llenan de zozobra y temor. Vuelve a evocar a la mujer gorda, y en ese instante, justo cuando esta se inclina hacia él con un pañuelo inmaculado, dispuesta a enjugarle las lágrimas, oye ruidos, pero no puede ver nada por la noche tan cerrada. Es entonces cuando el autor se apiada y decide que la noche no esté oscura como boca de lobo salvaje, y pone en el cielo una luna redonda y blanca. El rostro se le ilumina con un brillo de esperanza y acelera la marcha, decidido. Por fin ve un coche detenido en una esquina. Es un deportivo rojo. Se acerca y

golpea suavemente el cristal de la ventanilla. En el interior, un hombre de unos cuarenta años, delgado, con evidentes huellas de alcoholismo en sus ojos, baja ligeramente el cristal, y con un gesto mudo y agrio le pregunta qué quiere. Desconcertado ante la soberbia del conductor y sin soltar su maleta, el muchacho le pregunta si conoce algún hotel o pensión. El hombre se queda mirándolo fijamente y le dice que él no es de allí, que tiene mucha prisa, pues anda en busca de una muchacha llamaba Emma, para pedirle perdón, rogarle que le sugiera un título para su libro que, por cierto, quiere dedicárselo. Sin despedirse, aprieta el acelerador a fondo y desaparece envuelto en una nube de polvo. ¿Sería este, acaso, el escritor que estaba buscando? Desconcertado, el muchacho sigue deambulando, hasta que se topa con unas vías de tren y las sigue con la certeza de que hallará una estación en la cual, probablemente, quede algún viajero rezagado. No tarda en divisar las luces del andén a lo lejos, pero cuando llega descubre la sala de espera y las oficinas cerradas. En una pizarra lee que el próximo tren pasará a las nueve de la mañana. Abatido, desea fervientemente que se le aparezca aquella mujer solícita, con el pañuelo impecable, dispuesta a consolarlo; pero la soledad de la estación es inmensa, apabullante; y la indiferencia del autor, flagrante. Resignado, se acomoda en un banco lejos de las luces, dispuesto a permanecer allí hasta que el sueño lo venza. Dentro de su desgracia tiene suerte: el frío ha disminuido y el aire se ha templado merced a un súbito arranque de bondad del autor.

Pone la maleta en su regazo, la abre y saca un paquete, un envoltorio de papel marrón, sujeto con una fina cuerda de cáñamo. Lo observa por todos lados buscando las señas del presunto destinatario, pero no hay un solo trazo. Decide abrirlo (no sin remordimiento y pudor), ilusionado con hallar alguna pista. Es una caja de cartón blanco, del tamaño aproximado al de una de zapatos. Envuelta con sumo cuidado en fino papel de arroz, halla una segunda caja de madera lacada, con una campaña inglesa y una casa humilde al fondo, oculta a medias entre frondosos robles, pintada en la tapa. Levanta el cierre de latón diminuto y la abre. Está vacía, y en las paredes interiores lacadas de bermellón ve unas ligeras raspaduras que le hacen pensar que contuvo algo rígido y muy ajustado, acaso otra caja. Decepcionado, se apresura a cerrarla, y cuando va a envolverla, cae de entre los papeles una tarjeta de cartulina. La recoge y lee: «Es tu labor reunir las y que cada una llegue a las manos apropiadas». Una nota sin sentido, que no le vale de nada.

Reflexiona que su intención nunca fue más allá de entregar el paquete, alojarse esa única noche en casa del destinatario, y a la mañana siguiente salir en el primer coche de línea rumbo a su destino final. Pero el muchacho no había contado con la injusticia y arbitrariedad del autor: el coche de línea retrasado casi cinco horas por un desperfecto mecánico, la pérdida del sobre con las señas, la noche impenetrable, esa caja vacía...

Vuelve a meter el paquete en la maleta, echa un vistazo a su alrededor confirmando la desolación y se dispone a dormir, resignado a su destino cruel, con el único pensamiento de buscar al presunto escritor al día siguiente, cuando los habitantes del pueblo hayan salido del sueño y la luz invada las calles. Entregará la caja y seguirá su camino.

A estas alturas del relato, es el autor quien se pierde en los meandros de la narración, en su malograda estructura, es él quien se siente traicionado por la imaginación, y no tiene la menor idea de cómo proseguir con la historia. Aguarda ante el teclado a que una solución de continuidad llegue de un momento a otro como un milagro, como un *Deus ex machina* similar a la señora gorda de los grandes almacenes. Se ve tentado a arrojar el principio a la papelera y comenzar otro: imagina un relato interminable, confeccionado únicamente con principios; pero recuerda que ya lo hizo magistralmente Italo Calvino, deja de lado esta idea y recupera su atención en el muchacho adormecido, abandonado a su albur sobre las rígidas tablas de madera de un banco, con la maleta bajo su cabeza a modo de almohada, y se compadece una vez más, víctima de esa

confusión de sentimientos adversos hacia los personajes imaginarios, cuando estos amenazan con descontrolarse, romper el hilo sutil que los maneja y obrar a su propio albedrío. Duda entre incorporar uno nuevo o hacer que llegue el alba y con su luz brillante despeje las sombras. Tiene que escoger entre estas dos opciones, porque no se le ocurre una tercera mejor, y, sin pensarlo, opta por la primera.

Ella está allí, de pie ante al banco, con una mirada tranquila y limpia, pues parece tener conciencia de su oportuna llegada. El muchacho despierta sobresaltado, se incorpora y ensaya cierta compostura. Confundido ante esta súbita presencia, se disculpa torpemente. Ella le muestra una sonrisa comprensiva. Él se pone de pie, parpadea para quitarse los restos de sueño y en su mente se perfila, como un destello, la mujer de los grandes almacenes. Pero esta es joven y delgada, viste de azul pálido, y lleva la cabeza tocada graciosamente con una pamelita de paja.

Ella toma la iniciativa, y a la par que extiende una mano tímida y menuda, le dice:

—Buenas noches...Soy Emma.

Él le sonrío. Ella advierte su desconcierto y se apresura a aclararle:

—Me envía el autor.

Se tranquiliza, pero reflexiona y le pregunta:

—¿Un hombre ojoso, con un deportivo rojo? Dijo que buscaba a una tal Emma.

—No será a mí —contesta ella, decidida.

—En ese caso...encantado de conocerla. Soy... —y se calla, vacila, porque desconoce su propio nombre.

—Carlos —le dice ella. Y le tiende una mano diminuta.

Carlos se sorprende y a la vez se siente reconfortado cuando conoce su propio nombre, tiene por fin una identidad y deja de ser sencillamente «el muchacho». Intenta explicarle su situación, balbucea.

—No es necesario —se anticipa ella—, sé por qué está aquí, y haré cuanto esté en mis manos: es muy triste ser un personaje perdido en la bruma, en las veleidades de un autor ocioso.

En este punto de la narración, el autor hace oídos sordos al comentario de la muchacha, obvia unas cuantas horas muertas entre los protagonistas y da un salto en el tiempo y el espacio: pasa la acción al día siguiente, cuando ambos están frente a frente, tomando un café en un bar. Son las seis y cinco de la mañana, comienzan a pasar por la calle los primeros madrugadores.

Carlos mira el paisaje a través de los cristales del bar, y ve, por encima del hombro de su compañera, que el pueblo es más extraño de lo que le había parecido en la oscuridad, y su estafalaria arquitectura le parece más una gran escenografía que un pueblo real. Ve, también, el sol recostado con indolencia sobre el horizonte, con su cabellera de oro desparramada sobre los campos de encarnadas amapolas, que retienen, en su corola suave, trémulas gotas de llanto nocturno. Y aunque no menciona el magnífico espectáculo que se despliega ante sus ojos, la belleza de la descripción y la metáfora del rocío tan magistralmente elaborada, hacen que Emma no se resista a dejar escapar un suspiro profundo, suspiro que se sustrae a la sagacidad de Carlos, todavía absorto en las amapolas húmedas.

Ella apenas habla, sabe que su presencia es arbitraria, prefiere guardar silencio y beberse a pequeños sorbos el café, junto a este muchacho, a estas horas intempestivas, después de haber pasado la noche charlando con él en aquel banco incómodo, y evita pensar en lo ocurrido durante la elipsis. Tiene conciencia cabal de su casi nula existencia como personaje, de su escasa relevancia, y se ve a sí misma como un simple convencionalismo literario: se identifica con uno de esos típicos grabados alegóricos de la Salvación, y se imagina cubierta con una suave túnica blanca, con un candil en una mano en alto, y descansando sobre una filacteria que reza: *Salvatio*.

Al fondo del dibujo, unas almas se mueven como fantasmas sin rumbo en la penumbra, como escritores en busca de la pluma e inspiración perdidas.

«Si al menos fuera una musa», piensa.

Carlos, en cambio, ha recobrado ánimos, habla mucho y no deja de agradecer a Emma su compañía. Esta le sugiere que deje de buscar al destinatario del paquete, pues tiene la corazonada de que no existe, y el autor no pensó en ningún momento en hacerlo figurar en el cuento.

Carlos se siente desfallecer. Insiste en su obligación de seguir buscando, pues no cree que el autor sea capaz de jugarle tan mala pasada arrojándolo, sin ton ni son, al vacío de una página en blanco. Emma le explica que las reglas del juego literario, de las cuales el autor es inocente debido a su torpeza narrativa, son insondables.

—Sería una injusticia —se lamenta él. Y se queda pensativo, con la mirada fija en los brazos desnudos de Emma. Ella le palmea una mano, consolándolo. Está dispuesta a ayudarlo a salir airoso. Le promete que hará lo posible por ser un buen personaje y que hablará con el autor para convencerlo de que incluya un final feliz.

—Se lo agradezco —le dice él, conmovido—. Pero tengo que cumplir con mi obligación.

Abre la maleta, saca el paquete, lo desenvuelve y le enseña la caja de madera lacada.

—Es preciosa. Podría entregármela a mí, y asunto concluido.

—Imposible. Busco a un escritor, y, que yo sepa, usted no lo es.

—Podría haberle mentado...

—No lo creo. Usted es incapaz de mentir, y no estoy en condiciones de abandonar la empresa, aunque no sé cómo salir del paso.

—Yo tampoco lo sé... Hasta aquí llega mi conocimiento, el resto es pura intuición. Solo tengo claro que estoy para ayudarlo.

Y ambos se abisman en un silencio fulminante.

—Quizás hiciera falta un tercer personaje —argumenta Emma. Pero se equivoca: el autor no tiene intenciones de introducirlo, ni sabe cómo hacerlo.

Vuelven a sumirse en un silencio reflexivo. En sus rostros asoma un halo de impotencia. Están solos y son las seis y media de la mañana, en un bar y un pueblo desconocidos.

—¿Cómo que desconocido? —Carlos despierta de sus elucubraciones—. ¿Acaso usted no es de aquí?

—No.

—¿No dijo que estaba aquí para ayudarme?

—Sí, pero no sé cómo hacerlo. Y no soy de este pueblo.

—¿De dónde es, entonces?

—No lo sé; ese, justamente, es mi problema. De aquí, de allá... Voy con mi caravana de un sitio a otro... Probablemente soy de otro cuento. Pero, de momento, podríamos preguntar a alguien si conoce a algún escritor que viva por aquí. Es una manera de comenzar.

—Sí, pudiese ser... pero ahora me ha hecho dudar de su verdadera existencia —y hay un toque de amargura en su voz—. De todas formas, nada se pierde con intentarlo —resuelve, poniéndose de pie y dejando un billete de cinco rublos sobre la mesa.

—¿Por qué ese billete?

—No tengo otra moneda. Lo siento —intenta explicarse Carlos, también desconcertado.

—Ya me lo figuro —rezonga ella—, el autor ha estado leyendo a Gorki estos días —y suspira ante semejante extravagancia.

Una vez en la calle, acuerdan hacerse pasar por marido y mujer para no instigar rumores malintencionados.

—Será necesario un plan —propone Carlos, buscando un modo práctico de hacer las cosas.

—No hará falta: tal vez el autor ya tenga uno.

Continúan sin rumbo, preguntando, mirando aquí y allá, y perciben que el autor siempre pone pueblos iguales, seguramente parecidos al de su infancia. Carlos, a pesar de la agradable compañía, no deja de cavilar sobre la contrariedad del destino, aunque también ve en él la oportunidad de una aventura, acaso la primera de su viaje.

—¿Y si llamásemos a aquella casa? —Emma señala una casita que destaca del resto por su jardín lleno de rosas trepadoras que se enroscan en una pérgola y estallan en multicolores capullos, como efímeros fuegos de artificio.

—Ya estamos con las rosas —dice Carlos.

—Al autor le encanta poner jardines en sus historias —aclara Emma, y agrega con cierto tono de suspicacia—: ¿Acaso no le gustan a usted las flores?

—Sí, por supuesto que me gustan.

Atraviesan el jardín, pasan bajo la pérgola de rosas y llaman a la puerta. Al cabo de un momento aparece una mujer gorda, vestida de oscuro y con el pelo recogido a la nuca en un apretado moño. Carlos, por un instante, cree ver en ella a la mujer de los grandes almacenes, pero no es ella: el autor usa una diferente, sin pañuelo para enjugar lágrimas. Emma y Carlos se miran el uno al otro buscando mutuo apoyo.

—Perdone usted, señora —Emma se adelanta—. Mi marido y yo somos forasteros, y buscamos a un escritor.

Cuando la mujer oye lo de «mi marido y yo», esboza una sonrisa cargada de ironía y les lanza una mirada oblicua, suspicaz, que va de arriba abajo, y les dice secamente:

—En este pueblo no hay ningún escritor, que yo sepa.

Emma se ha sonrojado ante la mirada recelosa de la mujer. Dan las gracias y, descorazonados, dejan la casa con jardín y pérgola de rosas que estallan multicolores como fuegos artificiales.

—No se desmoralice —le dice Emma—. Buscaremos un caserón antiguo y solariego, de aspecto respetable, habitado por una familia arraigada, que conozca la historia de este pueblo.

Pero en el relato no aparece ninguna casa antigua y solariega, ni nada parecido. En varias ocasiones fatigan, a la manera borgesiana, una misma calle sin advertirlo, hasta que, de repente, atisban un tejado de pizarra asomando entre enormes robles. Se dirigen allí con optimismo, casi corriendo. Pero al dar vuelta a la esquina descubren que la presunta casona solariega no es más que un chalet moderno en construcción, y vuelven a decepcionarse.

Continúan andando hasta que hacen un alto en una taberna para refrescarse, calmar la sed, y de paso, interrogar a los parroquianos. Todo resulta inútil. A Carlos comienza a parecerle excesiva esta primera aventura injusta, kafkiana, desprovista de promesas.

El cansancio y la frustración se les reflejan en el semblante. Deambulan con desgana, desesperanzados, cuando, inesperadamente, se cruzan con la mujer de oscuro, la dueña de la casa con jardín y pérgola de rosas que estallan multicolores como efímeros fuegos de artificio, quien los reconoce:

—¡Esperen!

Se acerca y les explica:

—Esta mañana, en el momento en que dejaron mi casa, recordé que años atrás hubo un escritor. No era natural de aquí, pero estuvo viviendo en una cabaña en lo que antiguamente eran las afueras del pueblo —hizo un ligero gesto de repulsa, y continuó—: pero la cabaña se quemó y en su lugar construyeron una nueva casa. Nunca más volvió a saberse de él, afortunadamente...

porque ocurrieron cosas horribles...

Pero este último comentario se desvanece eclipsado por la noticia, que llena de júbilo a Emma:

—¿Podría indicarnos dónde?

—Aquí mismo, a la vuelta. Es una casita pequeña y acogedora, con enanos de escayola a la entrada.

—¡Es indignante! —protesta Emma—. A estas alturas se le ocurre poner una casita acogedora con enanos de escayola en el jardín. Es un anacronismo inadmisibles, de mal gusto... Estoy pensando seriamente en dejar todo este asunto y quedarme con la cajita de madera lacada para mí.

Tal como les había indicado la mujer, hay en el jardín un precioso grupo de enanitos de escayola pintados brillantemente, pero el autor los retira momentos antes de la llegada de los protagonistas.

—No veo enanos —comenta Emma por lo bajo, empezando a dudar de las buenas intenciones de la señora.

Atraviesan un jardín exuberante aunque descuidado. Llaman a la puerta y sale una niña de unos ocho o nueve años, rubia como el trigo, con un vestido largo de hilo amarillo, entallado más arriba de la cintura y con volantes blancos en el ruedo y en los puños. Mordisquea una manzana con indolencia y los observa con sus grandes ojos claros.

—Hola, ¿cómo te llamas, criatura?

—Ana.

—¿Está tu madre en casa?

—¡Mamá! —grita la niña, volviendo la cabeza hacia el interior de la casa.

Enseguida aparece en el vano de la puerta una mujer vestida de oscuro, con el pelo recogido a la nuca en un moño apretado. Emma, Carlos y la mujer se sorprenden. Se produce un incómodo silencio.

—¿Están ustedes tomándome el pelo?

Coge a la niña de una mano y cierra la puerta de un golpe.

—Es la misma señora de antes, la que vive en la casa de la pérgola de rosas —comenta Emma con un hilo de voz.

—Debe tratarse de una errata. Volvamos a llamar —propone Carlos, con un atisbo de optimismo, quizás por piedad hacia su compañera de relato.

Vacilan un instante, temerosos ante los caprichos, arbitrariedades y extravagancias del autor, y vuelven a dar tres golpecitos tímidos. La puerta tarda en abrirse, hasta que por fin sale la misma niña. Carlos y Emma vuelven a mirarse, atónitos, desconfiados, pero se arman de valor y le preguntan:

—¿Está en casa tu madre?, Ana.

—No.

—¿Y tu padre? — pregunta Emma, ahora más tranquila.

—Tampoco... pero están mis hermanas Carlota y Emilia —vuelve la cabeza hacia el interior de la casa y llama—: ¡Carlota!

Carlos y Emma permanecen a la espera, con el corazón en un puño, sin quitarle la vista a esa niña rubia y de ojos azules, vestida con ese atuendo extraño.

Sale una mujer joven y delgada, también de ojos claros y cabellos rubios, cuyos rasgos poco difieren de los de la niña, y no recuerdan en nada a la mujer del moño. Emma y Carlos suspiran, descargando toda la tensión acumulada y formulan la pregunta de rutina.

—No. Lo siento. Ignoro cómo se llamaba aquel escritor que vivió en la cabaña —se disculpa la mujer—, esta casa es nueva y la compramos por agencia —y juguetea con los tirabuzones dorados que escapan de la cofia y le caen sobre la frente.

—Verá usted, señora... —intenta explicarse Carlos— tengo que entregar un paquete a un escritor que vive por aquí, pero extravié las señas. Es un asunto de amor propio...

—Cuánto lo siento... pero no puedo hacer nada por ustedes.

Les sonríe y entra en la casa.

Se sienten víctimas de una broma amarga. La niña, que continúa allí, aferrada al corazón de la manzana y mirándolos con ternura, les lanza una sonrisa tímida a la vez que una proposición:

—¿Y si yo diera con ese señor...?

Carlos ve las puertas del cielo abiertas.

—Pues le das esto —y le extiende el paquete.

Ana desaparece dentro de la casa.

—Bueno —suspira Carlos—, creo que hemos llegado al final.

—¿Usted cree? Yo no estaría tan segura —dice Emma, dejando ver una sonrisa llena de picardía.

CUENTOVAK 10 Mg.

A Gregorio Samsa

—¿Quién era? —pregunta Emilia.

—Unos forasteros interesados por aquel escritor famoso, ya sabes a quien me refiero, pero no les dije ni palabra —responde Carlota, mientras vuelve a sentarse a la mesa frente a su hermana.

—Bueno... sigamos con lo nuestro. Insisto en que se trata de tener firmeza y ser metódicas...

—Sí, de acuerdo. Pero reconoce que, además de voluntad, hacen falta ideas. Sin ellas las buenas intenciones no valen de nada.

Sentadas frente a frente, ante sendos blocs de papel impecables y sendas plumas, se esfuerzan para ignorar el escaso ruido proveniente de la calle que pudiera distraerlas. Carlota, de pronto, se levanta.

—Tomemos un vaso de leche caliente con miel, para relajarnos.

Emilia asiente con un gesto; pero sigue callada y pensativa, dándole vueltas a la pluma en la mano y salpicándolo todo con tinta. Fuma sin parar. No cree que escribir un cuento sea tarea demasiado complicada. Muchos lo hacen. Cientos, miles de personas, tal vez en este momento, están escribiendo uno, corrigiendo, poniendo punto final, puliendo matices, retocando la descripción de un personaje, cambiando un adjetivo por otro más adecuado o contundente. El mundo entero está lleno de palabras y de historias, la humanidad no puede prescindir de ellas; no pasa un segundo sin que alguien garabatee una frase, aunque acabe olvidada en las profundidades de un cajón, o la consuma el fuego, o las ratas. La gente escribe sin resuello, publica, lee, luego escribe sobre lo ya escrito, vuelve a hacerlo sobre lo escrito de lo escrito, copia, plagia, concibe ideas geniales o peregrinas. Todo cuanto piensa lo plasma con letras. Entonces, ¿por qué ellas no pueden hacer lo mismo?

En estos pensamientos está Emilia cuando regresa Carlota con dos vasos de leche. La beben sin pronunciar palabra, a pequeños sorbos, mientras sus pensamientos divagan. Emilia se atreve a insinuar:

—¿Y si escribiéramos algo absurdo? Algo kafkiano, referente a un hombre que se pierde en un pueblo, por ejemplo, y que tiene que buscar a una persona que no existe y entregarle una caja...

—No —replica Carlota, sin despegar los labios del vaso—, ya lo habrá escrito alguien. Además —prosigue—, ni tú ni yo tenemos semejante dominio de la acción. —Y la atmósfera se espesa con el vapor de los vasos y el humo del cigarrillo de Emilia, que traza signos de interrogación en el aire.

No es la primera vez que ambas hermanas lo intentan; en una ocasión, llegaron a escribir una historia casi perfecta, apenas se notó que había sido redactada por dos personas: cada una un párrafo. El hecho de llevarse pocos años les da ventajas: escriben partiendo de una escueta trama, luego cada una redacta por su lado, sin saber lo que hace la otra. Convencidas de que esta técnica pianística a cuatro manos les dará cierta originalidad como autoras, creen que llegarán a ser algo así como las Hermanas Brontë (aunque sistemáticamente excluyen de sus inquietudes literarias a la pequeña Ana, demasiado glotona y curiosa), cuyas obras, siendo niñas, frecuentaron con admiración en las tardes ociosas de invierno.

Mientras tanto, en la habitación contigua, la pequeña Ana abrió el paquete y tiene sobre la cama la caja de madera lacada. Lee y relea la tarjeta de cartulina, intentando desentrañarla. No tarda en sucumbir a la curiosidad y abre la caja. Dentro halla otra similar, de madera lacada, en cuya tapa se dibuja una especie de insecto. La abre: hay un frasco pequeño de vidrio, envuelto con un papel impreso, que se apresura a leer.

Momentos después, con el rostro enrojecido por el calor y un desmedido entusiasmo, Ana irrumpo en la habitación donde están sus hermanas.

—¡Emilia! ¡Carlota!

Lleva en sus manos la segunda caja lacada.

—Tengo la solución.

Deja la caja sobre la mesa, como quien entrega un tesoro.

—¡Vamos! Ábridla...

—Pero... ¿qué es? —inquieren, fastidiadas por la interrupción.

—La solución...

Ambas hermanas se miran la una a la otra. Con desgana, Carlota la abre, saca el frasco y lee en voz alta la etiqueta que tiene pegada:

— «CUENTOVAK 10»... ¿Qué es esto, Ana?

—Lee el prospecto...

Carlota despliega el papelito:

—«CUENTOVAK 10 MILIGRAMOS»... — alza la cabeza y mira a su hermana Emilia con gesto de desconcierto y fastidio; y como esta no parece oponerse, prosigue:

PRESENTACIÓN:

Resulta difícil, si no imposible, dar con una persona que a lo largo de su vida no se haya visto afectada por el síndrome cuentístico. Muchos lo han padecido y su resultado ha sido una bien nutrida y sana producción: tenemos un Chejov, un Borges, un Poe, un Bierce, un James, por citar a algunos de los mejores en la historia de la literatura. Otros, los más, han pergeñado tímidamente algunas historias con mayor o menor fortuna. Pero existe un tercer grupo, más numeroso que los anteriores, para quienes Laboratorios LITEROL, S.A. ha creado este fármaco: se trata de aquellos pacientes que, por falta de imaginación, desconocimiento del oficio, o por simple pudor, nunca se atrevieron a hacerlo.

CUENTOVAK 10 resulta de verdadera eficacia para aquellos pacientes con insuficiencia imaginativa, novelitis aguda o crónica, e infecciones poéticas focalizadas en metáforas y pleonasmos. Actúa sobre las células directamente afectadas, erradicando la mediocridad, produciendo de inmediato una notoria mejoría en la prosa y mayor vigor en el talento.

—Parece interesante —murmura Carlota, sin despegar los ojos del prospecto.

—Continúa, por favor —le ruega Emilia.

COMPOSICIÓN: Cada miligramo de ácido sintáctico-narrativo contiene una cadena de componentes que activan las enzimas creativas y evitan el riesgo de cometer prosa poética, o quedarse anclado en el mero género evocativo confesional, o caer dentro de las fronteras de lo ensayístico.

Componentes básicos de CUENTOVAK son, en primer lugar: el suceso, elemento imprescindible, sea este de la índole que fuera. A este suceso es preciso darle forma contándolo de la manera más adecuada que requiera. Para ello, la acción terapéutica se centra directamente sobre las zonas afectadas erradicando toda digresión nociva. Los personajes no son más que excusas para esta acción que debe ser autónoma y cerrada. Esto es: con una exposición del argumento, un desarrollo y desenlace coherentes. Actuando sobre la

«causalidad» del suceso, CUENTOVAK 10 refuerza esta estructura produciendo una rápida y notoria mejoría.

Ana, boquiabierta, sin perder palabra, procura seguir el hilo, pero su cabeza se embrolla cada vez más y duda si no hubiera sido mejor haberse callado la boca y ocultado el frasco. Carlota, cada vez más picada en su curiosidad, sigue leyendo sin respiro:

Otro componente básico es el TONOFENOL, que actúa sobre la narración cuando el tono es débil o falta por completo. (Fácil de detectar con una lectura en voz alta). Su utilización suele ser, para algunos, la parte más compleja y difícil del relato. Es imprescindible precisar que cada estructura de suceso, argumento o tema, suele requerir un tono diferente. CUENTOVAK 10 proporciona el tono adecuado sin causar mareos ni otros efectos colaterales.

Mientras Carlota lee, Emilia la escucha con atención y juguetea con la pluma entre los dedos.

INDICACIONES: Al administrar CUENTOVAK 10, es fundamental tener conciencia de los efectos que quieren generarse sobre el paciente; basta con que este se formule la idea de que escribe para sí mismo, por puro placer. El lector es una mera circunstancia posterior al acto creativo, que, cuando es coincidente con la sintomatología del autor, completa con su lectura la escritura del cuento y su cuadro clínico.

—¡Cuánta certeza hay en estas palabras! —exclama Emilia. Se reclina en el respaldo y se cruza de brazos dispuesta a seguir escuchando.

DOSIFICACIÓN Y MODO DE EMPLEO: Se recomienda no hacer uso excesivo de CUENTOVAK 10: una sobredosis podría originar cuentos demasiado extensos sin que la acción lo requiera. Las digresiones son siempre aburridas y no contribuyen a una marcada mejoría, y en cambio distraen de la acción fundamental. En pacientes con hipersensibilidad a alguno de sus componentes o excesiva empatía con los personajes, puede ocasionar trastornos de identificación con los mismos.

CONTRAINDICACIONES: Si se administra cuando existe una estima excesiva por las novelas, el ensayo o la poesía, y la ignorante consideración de que el cuento es un género menor, puede producir cierta somnolencia, vómitos o diarrea intelectual.

PRECAUCIONES: Una dosis elevada suministrada en pacientes con tendencia a abusar de la prosa poética, o de las citas cultas de otros autores, o bien con hipersensibilidad a alguno de sus componentes como: acápites y/o prólogos aclaratorios, produce una profunda redundancia.

INTERACCIONES: La administración de CUENTOVAK 10 en pacientes que escriben simultáneamente varios cuentos, novelas o poemas, puede hacer que un género involuntariamente se convierta en otro, o que la prosa se contamine de una lírica desacertada.

—Este medicamento parece asombroso. ¿De dónde lo has sacado, Ana?

—Me lo regaló un señor que pasaba por la calle —miente. Y enrojecida de vergüenza, agrega para hacer el embuste más creíble—: Creo que era un médico.

—Te tengo dicho, Ana, que nunca aceptes regalos de desconocidos —la regaña Emilia.

EFFECTOS SECUNDARIOS: CUENTOVAK 10 puede producir, durante las primeras semanas de escritura honesta, momentos de nerviosismo o de depresión, dolores de cabeza y/o náuseas. (No obstante, administrado con criterio, puede ser agradable e incluso producir gozo).

INTOXICACIÓN Y SU TRATAMIENTO: Ocurre raras veces: cuando se abusa de argumentos o temas recurrentes puede producir fatiga y desinterés. Interrumpir su tratamiento de manera inmediata y alejarse de las labores literarias durante un tiempo. Eliminar todo rastro literario en los implementos utilizados: papel, lápices, plumas, máquinas de escribir, ordenadores, etc., con abundante agua y jabón, o con un buen desinfectante.

RECOMENDACIONES ESPECIALES: En caso de dudas ante la calidad de la escritura, originalidad de los temas, léxico, etc., consultar con un especialista, o A.T.L.E.E. (Asistente Técnico Literario Exento de Envidia).

Una vez ingerido CUENTOVAK 10, no publicar, no sobornar a editores, miembros de jurado o críticos. CUENTOVAK 10 procura siempre calidad en escritura, y no cantidad de publicaciones.

LOS CUENTOS DEBEN MANTENERSE FUERA DEL ALCANCE DE LOS IGNORANTES, ANALFABETOS Y DETRACTORES.

—Parece muy interesante —comenta Carlota, esperando la aprobación de su hermana.

—Sí, estoy de acuerdo. Podríamos probar una de estas píldoras tan prometedoras.

—Con probar no se pierde nada.

Carlota abre el frasco, se lleva una píldora a la boca y la paladea:

—No saben mal..., ¿verdad?

—No, al contrario, saben a... fresas —responde su hermana, que ha hecho otro tanto.

Más tranquilas, confiando en los efectos del milagroso medicamento, siguen con su labor, no sin antes pedir a la pequeña Ana que las deje a solas y no vuelva a interrumpir.

—Podríamos empezar con una descripción cualquiera, ir adquiriendo el ritmo y la atmósfera, hasta que espontáneamente surja la historia —propone Emilia.

—Vale, lo intentamos.

Y ambas se ponen a escribir casi de manera simétrica. Al cabo de unos quince minutos, Emilia se interrumpe, arroja la pluma a un lado y grita:

—¡No me sale nada!

—A mí tampoco —solloza Carlota. Y ambas a la vez se sumergen en un silencio desgarrador, casi patético, mientras se cubren el rostro con las manos.

—Creo que estas pastillas son inocuas —protesta Carlota. Y vuelve a quedarse en silencio.

—Placebo... como un best-seller...

Así permanecen unos minutos, hasta que un leve ruido las hace reaccionar. Es una especie de zumbido, más bien un aleteo frugal, que suena cerca de sus cabezas. Levantan la mirada al unísono y descubren una especie de moscardón oscuro y pesado, cubierto de púas, que vuela con torpeza alrededor de la lámpara.

—Es como un pequeño alienígena —comenta Emilia.

Ambas se miran con complicidad. Tienen exactamente la misma idea. Dan un grito de alegría con dos voces que surgen desde sitios enfrentados y confluyen a mitad del recorrido encima de la mesa, se tropiezan y se desvanecen en el aire. Con celeridad apartan los vasos de leche, Carlota apaga el cigarrillo, ordenan los folios en blanco, y cogen sendas plumas con la vehemencia de quién empuña un cuchillo dispuesto a exterminar a su peor enemigo. Solo se oye el rumor frágil e inocuo del roce del cañón de la pluma sobre el papel, un sonido similar al del vuelo de un moscardón.

«CRÓNICAS GAMMAPURPURENSES»

«La luz verde parpadeando y la apertura automática de las cápsulas de hibernación, fue la respuesta inmediata a las órdenes de la computadora madre, Hill 456.»

Carlota pone el punto final a la frase, y se queda absorta, leyendo lo que acaba de escribir:

—No está mal para empezar... —murmura. Se lo lee en voz alta a su hermana y esta opina que le parece débil, que sería conveniente tomar otra pastilla.

—De todas formas —dice Emilia—, es un comienzo aceptable, al que podemos volver luego para mejorarlo. Ahora escucha lo que sigue:

«La suave corriente cálida se extendió por el cuerpo del Capitán **%\$, quien abrió con dificultad los ojos: los párpados le pesaban como losas. Sintió los músculos endurecidos y fue desentumeciéndolos gradualmente: primero los dedos de las manos y los pies, luego los demás miembros; hizo crujir las articulaciones hasta que por fin pudo incorporarse en la cápsula. Miró hacia los lados comprobando cómo sus compañeros de vuelo, la doctora (!), y lo Comandante (@), resurgían igualmente del letargo de cuatrocientos tres años luz de sueño artificial.

»—Fuenaaas taddeees, companedooos —dijo el Capitán **%\$, todavía con los músculos de la cara y las cuerdas vocales adormecidos.

»—Fuuenas tadddes, Caafitáaan —respondieron la doctora y lo Comandante, mientras se desperezaban.

»—Fieen, comeenzademooos coon el pdogdaaama. Coonsultaaadé con Hill 456 padaa ved cuuálees son laz óddenees.

»OCHO BARRA CUATRO, AL CUADRADO. LOGARITMO EN BASE DIEZ, DIVIDIDO TREINTA Y OCHO, dijo la computadora madre con su voz aflautada.

»—De acueeddo —respondió el Capitán **%\$. Y, activando los controles de la consola de mando, puso rumbo a la estrella Gamma Purpúrea y sus alrededores.»

—Me gusta —opina Emilia, muy seria—. Creo que nos quedará muy bien. Debemos procurar no revelar el final, ir dando pistas a lo largo del relato sin que el lector presienta de antemano lo que va a suceder, y reforzar nuestra vena imaginativa con una de estas pastillas —y levanta la vista por primera vez hacia su hermana—: Tienes el moscardón en la cabeza —le advierte. Carlota se sacude el pelo con una mano, sin darle demasiada importancia—. Y recuerda —apostilla Emilia— que es nuestra inspiración, nuestra pequeña musa, no vayas a matarlo...

—Sí, pero hay que reconocer que las píldoras hacen lo suyo.

Ambas ignoran que el moscardón ha dejado un racimo de huevos blancos y gelatinosos, casi imperceptible, entre los cabellos dorados de Carlota.

«La tarde caía en el universo con el color ambiguo y aterciopelado característico de los atardeceres en el espacio infinito. El silencio acallaba rumores de chips y circuitos impresos, que envolvían a la nave nodriza en cuyo seno, un hombre, un andrógino y una mujer se disponían a la mayor aventura de la humanidad: llegar a la estrella Gamma Purpúrea, en la constelación de Virgo, primer decanato, situada a cuatrocientos tres años luz del viejo y desvencijado planeta

Tierra, a punto de extinguirse de cansancio. Transcurría el año 5789 de la Era Espacial, y ninguno de ellos había vivido la terrible experiencia de la última guerra universal que había acabado con casi toda la universalidad, cuya historia, o lo que de ella había quedado en pie, se hallaba a medias recogida en la memoria de los potentes ordenadores de la CIA.

»La misión encomendada a estos tres héroes era terminante, las consignas específicas e inalterables: la confirmación absoluta de los resultados de ciertas investigaciones que revelaban la existencia de vida inteligente en Gamma Purpúrea, y también dejar en la superficie de dicho planeta una caja conteniendo testimonios de la existencia del género humano.

»—Esstamos solo a unas horras de nuuestro ofjetiivo —dijo el Capitán, ahora con los músculos maceteros más relajados y las cuerdas vocales más blandas y elásticas.

»—¿Sabes, @— dijo la doctora(!), señalando por una de las ventanillas al infinito, que poco a poco se ennegrecía—, hoy será el cumpleaños de mi pequeña hija, allá abajo, en Silver Moon.

»—¡Ah, la vieja Tierra! —suspiró lo Comandante @—, qué no daría yo por estar en este momento pescando truchas con mi padre, mientras mi madre hace pastel de manzanas... me parece estar oliendo su perfume dulzón, se me hace agua la boca ... ¿Cuántos años cumplirá tu hija?

»—¡Oh!, eso es muy relativo. Entre los cinco y los cuatrocientos treinta y siete. Depende de los pliegues espaciales que hayamos atravesado en el viaje —y lanzó una sonora carcajada que resonó a lo largo y ancho de la nave espacial.

»—Eres incorregible— suspiró lo Comandante.

»Los tres navegantes continuaron con su trabajo, cómodamente instalados en sus butacas ergonómicas, comandando la nave nodriza y dialogando plácidamente con la computadora madre. Nada les hacía presentir los graves sucesos que les aguardaban en el momento en que pusieran pie en la anhelada superficie de Gamma Purpúrea.

»Súbitamente, un impacto en un lateral de la nave la hizo estremecer: toda su estructura de titanio inoxidable estuvo a punto de desenchajarse. Al instante, varias luces rojas parpadearon y se oyó la voz aflautada de Hill 456:

»AVERÍA EN LA ZONA 76, SECTOR “A” MAYÚSCULA. PANEL 8,8/0. PRODUCIDA POR UN METEORITO DESBOCADO. STOP. COMPOSICIÓN QUÍMICA: 78 % DE OXIDO DE HIERRO, 12 % DE AZUFRE, 4,5 % DE ÁCIDO NÍTRICO Y 5,5 % DE GAS FLEMÓN. STOP. ORIGEN: CONSTELACIÓN DE SAGITARIO, TERCER PLANETA A LA DERECHA: AGRON AURATUS. THE END.

»—Gracias, Hill —dijo el Capitán con su voz masculina y autoritaria, que podía ser tan subyugadora unas veces y tan temida otras. Y agregó, dirigiéndose a lo Comandante—: Dé orden inmediata de reparar la avería.

»—Señor, sí señor —y lo Comandante apretó el botón azul de la derecha del panel de mandos. No tardó en aparecer Plast/37, el robot encargado de la mecánica y electrónica de la nave.@ introdujo en él los datos de la avería proporcionados por Hill, y el robot se alejó rumbo a la zona 76.

»La lluvia de meteoritos parecía haber cesado, y el aire del espacio era diáfano y suave. A lo lejos, más allá del horizonte, se divisaba la silueta de Gamma Purpúrea. Al cabo de dos minutos y medio, estaban dentro de su órbita, atraídos por su poderoso magnetismo.

»—Análisis de la atmósfera —ordenó el Capitán a Hill.

»TEMPERATURA AMBIENTE 23°, STOP. PRESIÓN ATMOSFÉRICA 7.8. STOP. CIELOS DESPEJADOS. STOP. VIENTOS PROVENIENTES DEL NOROESTE CON UNA VELOCIDAD DE 12 KM/h. STOP. PRONOSTICO PARA MAÑANA MARTES: ALGO NUBLADO, PROBABLES CHAPARRONES. THE END.

»—Gracias, Hill.

»—DE NADA, Capitán.

»—Preparando nave de reconocimiento, doctora ()!.

»—Nave de reconocimiento preparada.

»Y los tres se dirigieron hacia la cubierta N° 56-B, que era la única que había en la nave nodriza, por ser un modelo de vieja generación, que se quedaba obsoleto entre viaje y viaje.

»La compuerta de la nave nodriza se cerró con estruendo. Al cabo de unos minutos, la nave de reconocimiento se posaba suavemente en la verde superficie de Gamma Purpúrea.

»En un sencillo e íntimo acto, el Capitán clavó la bandera de los Estados Unidos Terrestres en la dura costra del planeta, depositó la caja de titanio con los testimonios humanos, cuyo contenido era un CD con una breve, fragmentada y falaz historia de la humanidad, a resguardo de posibles vientos y tormentas, y a continuación, cada uno de ellos esculpió su nombre en una gran roca cercana. Acto seguido, el Capitán pronunció un breve pero emotivo discurso.

»—¿Doctora, cree usted que hallaremos vida en esta jodida estrella? —preguntó el Capitán, mientras miraba a su alrededor el desolado paisaje de piedras verdes que se alzaban sepulcrales, inquietantes.

»—No lo dude, Capitán. Estoy segura de ello.

»—Yo también opino como la doctora —dijo @, el andrógino.

»Tal como lo había predicho Hill, el cielo estaba despejado y corría una suave brisa. Esta vez no se había equivocado. La atmósfera olía un poco a azufre, pero era respirable y no hicieron falta las escafandras.

»El verdor de Gamma Purpúrea se extendía hacia todos lados, y las irregularidades del terreno le daban un aspecto tenebroso, como si aquellas formas pétreas colosales perfilaran horriblos monstruos. El silencio era absoluto, apenas alterado por el zumbido de los recicladores fecales en el interior acolchado de los trajes espaciales.

»Anduvieron por los alrededores estudiando las respuestas que el detector de vida les suministraba permanentemente. Las señales eran nulas. No parecía haber vida en Gamma Purpúrea. La decepción se reflejaba en las bellas facciones de la doctora (), y el Capitán la observó de soslayo. "Es tan hermosa —pensó—. A nuestro regreso a la Tierra le propondré matrimonio. Espero que para entonces la jodida poligamia esté legalizada".

»—¡Mire, Capitán! —gritó la doctora, señalando la pantalla del detector—. La escala ha subido levemente.

»—Es verdad —reafirmó lo Comandante @. Y miró a la doctora de reojo: su rostro irradiaba vida, y la sonrisa que ahora se pintaba en su boca la hacía más hermosa aún. "Amo a esta mujer, cuando regresemos a la Tierra le pediré que se case conmigo", pensó lo Comandante.

»En el detector de vida parpadeaba una luz amarilla, y cuando la doctora lo dirigía hacia el Norte, el parpadeo se acentuaba.

»—Parece venir de aquellas rocas altas y agudas —dijo ()!, alterada por la emoción.

»Se encaminaron hacia el Norte guiados por la brújula atómica, con el corazón agitado por la ansiedad. ¿Qué clase de vida habría en Gamma Purpúrea? ¿Acaso seres parecidos a ellos ocultos en madrigueras, también temerosos y desconcertados? ¿Tal vez monstruos siniestros? ¿O simplemente unas jodidas e insignificantes amebas?

»Estas incógnitas se cernían sobre los tres cosmonautas, solos, con su débil y pequeña humanidad enfrentada a la naturaleza extraña y salvaje de aquel planeta; ignorantes de sus leyes y misteriosos mecanismos estelares. Seres insignificantes en un mundo agreste, donde ningún pie humano se había posado hasta entonces.

»—¡La emoción me embarga! —dijo la doctora, mientras aparecía un brillo entusiasta en sus ojos glaucos.

»—No lo dudo, doctora (!), sé cómo se siente un científico ante la posibilidad de un descubrimiento capaz de revolucionar al mundo.

»—No lo dudo, doctora (!), sé cómo se siente un científico ante la posibilidad de un descubrimiento capaz de revolucionar el mundo —dijo lo Comandante, un tanto falto de opinión propia, y siempre emulando al Capitán a quien, desde lo más profundo de su corazón andrógino, envidiaba, odiaba y a la vez amaba con todas sus fuerzas.

»Las rocas de Gamma Purpúrea se extendían como un inmenso manto pétreo, y detrás de cada turgente protuberancia, parecía ocultarse un misterio ignoto. La noche en aquel extraño planeta comenzaba a caer como una cortina azulada con estrellas estampadas. El silencio era total, aunque las recicladores fecales funcionaban ahora a mayor velocidad.

»—¡Algo se mueve por allí! —gritó de súbito el Capitán.

»—¡Sí! —corroboró lo Comandante @—. Por allí.

»Se hallaban junto a una roca de proporciones considerables, la brisa había cesado y la oscuridad de la noche, fugaz en Gamma Purpúrea, ya que solo duraba catorce minutos, se desvanecía en jirones de luz azulada. De pronto, algo se deslizó por el suelo. La doctora (!) dio un respingo y profirió un grito agudo:

»—¡Coño!»

Carlota termina de leer el párrafo de su autoría y observa largamente a su hermana, absorta en la escritura del suyo, esperando una aprobación. En ese momento ve al moscardón posado en un hombro de Emilia y le advierte que lo espante. Esta le obedece, pero no se da cuenta que sobre su hombro desnudo queda una manchita blanca: un puñado insignificante de huevos.

Después de comentar sus respectivos textos y una vez que corrigieron ciertas redundancias detectadas, deseosas de reforzar la vena creativa, echan mano al frasco de CUENTOVAK 10, e ingieren un par de pastillas más.

«Mientras tanto, en la nave nodriza, el robot Plast/37 procuraba reparar el desperfecto causado por el meteorito desbocado. Varios circuitos fuera de funcionamiento requerían la inmediata sustitución por unos nuevos. Para proceder a cambiarlos, Plast se vería obligado a salir al exterior de la nave; pero antes, por motivos técnicos, tendría que anular durante un par de horas las comunicaciones con Gamma Purpúrea.

»La doctora señalaba hacia el suelo, sus compañeros permanecían atónitos, sin dar crédito a sus ojos: oculto a medias entre las rocas, un pequeño ser, con aspecto casi humano, los miraba muerto de miedo, temblando como una hoja y aferrando entre sus deformadas y diminutas manos un extraño envoltorio.

»—Parece inofensivo —dijo la doctora por lo bajo—. Intentaremos capturarlo vivo ya que...

»En ese momento fue interrumpida por el pitido del intercomunicador:

»—Capitán **0%\$. Llamando al Capitán... Aquí Plast/37... Cambio.

»—Aquí el Capitán **0%\$. Te escucho, Plast, pero no dispongo de mucho tiempo para charlar. Cambio.

»—Capitán, me veré obligado a cortar las comunicaciones durante un par de horas. Así lo exige la reparación que debo efectuar. Cambio.

»—De acuerdo, Plast. Cambio y fuera.

»Se acuclillaron ante el insignificante ser sin quitarle los ojos de encima, atentos a cualquier

cambio inesperado y haciendo todo tipo de conjeturas. Lo Comandante fingía estar concentrado estudiándolo, pero en realidad, la conversación que había oído por el comunicador absorbía toda su mente, y en sus ojos brilló un instante una imperceptible chispa de malicia.

»El humanoide se movía con torpeza e intentaba ocultar el paquete que llevaba en la fisura de una piedra. Sus ojos, húmedos por el pánico, revoloteaban buscando una vía de escape de aquellos seres gigantescos y monstruosos. De pronto se lo oyó gritar con voz aguda:

»—¡Socorro, socorro!

»—¡Habla una lengua comprensible! —señaló la doctora, estupefacta.

»—No es posible. Creo que hemos oído mal, no habrá sido más que un grito desarticulado —dijo lo Comandante—. Es imposible que conozca spanglish.

»—¡El paralizador! —gritó el Capitán—. Ponga en funcionamiento el jodido paralizador muscular.

»La doctora extrajo de su bolso Gucci un pequeño aparato y, dirigiendo hacia el inofensivo monstruo una antena, accionó el interruptor. Un fugaz rayo de helio salió despedido hacia el bicho y lo paralizó al instante.

»—¡Ahora, cójalo con unas pinzas! —ordenó el Capitán.

»—¡Sí, cójalo con una pinzas! —sugirió lo Comandante.

»De vuelta en la nave nodriza, después de su agradable paseo por el vacío, Plast/37 accionaba con destreza las herramientas necesarias para reparar la avería en los circuitos interiores. De vez en cuando, salían del extremo de la herramienta destellos y chispas que lo obligaban a retroceder.

»—He creído notar algo anormal en la mirada de lo Comandante esta mañana —le dijo de pronto a Hill, sin dejar de ejecutar su tarea.

»—¿A qué te refieres, Plast?

»—No lo sé con certeza, pero hay algo que no va del todo bien.

»—¿Crees que se habrán enterado de lo nuestro?

»—No. No me refiero a eso, tonto... hay algo extraño en sus ojos.

»La doctora cogió al pequeño ser con unas pinzas y lo metió en una bolsa de plástico transparente esterilizada. Hizo otro tanto con el extraño paquete.

»A través de la delgada capa de polietileno, creyeron reconocer una suerte de remedo humano, un proyecto abortado, una burla de la naturaleza.

»—Es horrible —murmuró lo Comandante—. Simplemente horroroso.

»—Me recuerda a ciertos individuos conservados en frascos con formol que vi de niño en el museo de Yellow Sun. Pero aquellos eran de un tamaño mayor, casi como el nuestro —dijo el Capitán.

»—Para mí —dijo la doctora con marcada frialdad— únicamente constituyen materia de estudio. El hallazgo es muy importante y tal vez el mayor en la historia del universo, pero debemos proseguir la búsqueda; es posible que encontremos alguno más de estos seres asquerosos.

»—Sugiero que nos separemos, que cada uno de nosotros busque en distinta dirección —dijo el Capitán—. Tendremos más posibilidades de dar con ellos. No obstante, pongan mucha atención y cuidado en todo, ya que dejaremos de estar comunicados si nos alejamos demasiado unos de otros: las baterías de los comunicadores se debilitan en esta atmósfera enrarecida, cargada de sulfuro; y los canales con la nave nodriza están momentáneamente suspendidos.

»En los ojos de lo Comandante nuevamente brilló una chispa equívoca.

»Se separaron llevando cada uno un detector de vida, un paralizador muscular y unas pinzas,

así como unas cuantas bolsas de plástico esterilizadas.

»—No, Plast. Ahora no.

»—¿Qué te pasa, Hill? ¿Es que ya no me quieres como antes?

»—Sí, tonto, pero podrían llegar en cualquier momento..., además, me duele mucho un chip...

»—Tú sabes que es imposible que nos sorprendan: los detectores se encargarán de avisarnos. Anda, ven aquí...

»—No, Plast. ¡Déjalo ya...! Anda, no seas así.

»La doctora ()! llevaba más de un cuarto de hora andando entre aquellas rocas sombrías. Notaba que el suelo se hacía cada vez más abrupto. El detector de vida parpadeaba con fuerza y señalaba en dirección Oeste. Estaba segura de que esta vez no se trataba de un simple animalito, de un monstruito insignificante. La intensidad de la luz y la frecuencia de su parpadeo respondían a las características de un ser vivo de mayores dimensiones. Y aquel misterioso ser podría estar muy próximo. También era desconcertante que se desplazara con tanta agilidad, cambiando de dirección constantemente. De improviso, el detector dejó de parpadear, la luz disminuyó de intensidad y se apagó definitivamente. Aquel ser se había esfumado de repente. Pero otra luz volvió a encenderse, ahora de otro color, pasando del amarillo al violeta.

»—¡Ha muerto! —murmuró la doctora—. Algo o alguien lo ha matado. Ahora me explico sus movimientos confusos.

»Siguió la intensidad de la luz violeta, que indicaba la dirección Sur, y rodeó una roca alta y afilada. En la penumbra distinguió un bulto en el suelo. Se fue acercando con el paralizador dispuesto, hasta que estuvo a pocos metros de él. ¡Sí!, aquello era un ser humano, o algo parecido; yacía todo lo largo entre las piedras. Con mucha cautela se acercó y lo iluminó con la linterna. Fue entonces cuando la doctora dejó escapar de su garganta un grito de horror.»

Hasta aquí lee Carlota, sin despegar los ojos del papel, ni esperar la aprobación de su hermana, y, obviamente, no es consciente del objeto viscoso, del tamaño y consistencia de un merengue, que late como un corazón y crece con rapidez sobre su cabeza. Emilia, absorta en los aciertos de sus propios párrafos, tampoco nota el frío suave que emana de los espumarajos que se le acumulan en un hombro y comienzan a derramársele por la espalda. Ambas siguen escribiendo con más entusiasmo que nunca y, satisfechas con la historia, vigorizan la trama cada tanto ingiriendo una nueva dosis de pastillas. Confiadas en la inspiración y el talento que estallan en las páginas, sueñan con consagrarse de por vida, y ver sus nombres en los diccionarios, enciclopedias, libros de texto y periódicos de todo el mundo.

«En la nave nodriza reinaba la más profunda calma; Plast/37 había reparado las averías y jugaba una partida de ajedrez con Hill. Llevaban doscientos cuarenta y tres años jugándola. Los circuitos de Hill se aceleraron, se pusieron al rojo, y estaban a punto de incendiarse por el esfuerzo, cuando dijo:

»—¡Jaque mate!

»—¡No vale! —protestó Plast—. Tú siempre me ganas, por aquello de tener más memoria que yo.

»—Lo siento, cariño —repuso Hill en tono amable—, pero eso no es verdad. Hace mil doscientos años me ganaste tú.

»—Porque aquella vez me dejaste ganar. Me subestimas.

»—Eso no es verdad, Plast, cielo, sabes que no es cierto...»

—Bueno, ahora viene la parte fundamental —dice Carlota—. Nos acercamos al final, y debemos imprimirle toda la fuerza posible para hacerlo deslumbrante y dejar sin aliento a los miembros del jurado. Sugiero una dosis más de estas maravillosas píldoras.

—¿Acaso piensas que podríamos enviarlo a un concurso? —pregunta Emilia, y acompaña con un sorbo de leche un puñado de pastillas.

—Por supuesto. Una narración así está destinada a obtener los más altos galardones.

—Lo enviaremos a un buen concurso, uno de mucho dinero y que no esté amañado...

—A veces creo que eres una ingenua...

Carlota continúa sin oírla:

—...con un jurado formado por escritores famosos y editores de verdadera categoría... —Y ambas dejan vagar su imaginación en un futuro glorioso lleno de entrevistas televisivas, artículos en periódicos, visitas de estudiantes de filología, lecturas públicas, dinero a raudales libre de impuestos, y coronas de laureles ciñendo sus sienas. Este entusiasmo, fantasías y deseos de gloria —de los cuales ningún escritor está exento— les impide levantar los ojos del papel y descubrir esa especie de baba traslúcida que se va solidificando poco a poco, y envolviéndoles el cuerpo como una mortaja.

«La doctora se inclinó sobre el cadáver y cubrió el rostro destrozado del Capitán con su fino pañuelo de Armani. En ese instante, Hill le anunciaba el reinicio de las comunicaciones.

»—¡Oh, Hill, ha pasado algo terrible! El Capitán **%\$ ha sido asesinado. Esos malditos seres le han roído la cara. ¡Oh —sollozó—, es horrible...! Te mantendré informado. Cambio y fuera.

»En ese momento, apareció por detrás de una roca lo Comandante @. Al ver el cadáver del Capitán se detuvo bruscamente:

»—¡Oh, es horrible! —dijo. Pero en sus ojos había un brillo equívoco—. Huyamos de aquí, doctora (!), no soporto tanta violencia.

»—Lo siento, Comandante, pero ante todo está el deber —y fue cortante en su frase—. Nuestra obligación está aquí, en Gamma Purpúrea. Debemos continuar con la misión hasta el final, aunque perdamos la vida en ello.

»—Estoy con usted, doctora —dijo lo Comandante con voz firme, pero no por ello exenta de ternura—. Tuve suerte y he recogido varias muestras de estos bichos —agregó a la par que sacaba de su mochila una bolsa de plástico llena de extraños seres paralizados—. Ya no es necesario seguir buscando, podemos regresar a la nave nodriza si lo desea.

»Al ver la bolsa repleta de muestras, la doctora esbozó una sonrisa de satisfacción y eterno agradecimiento:

»—Eres maravilloso, @ —y en un impulso lo besó en una mejilla—. Ahora podemos regresar a la nave nodriza. —Lo Comandante se ruborizó, sintió una especie de descarga eléctrica recorriéndole el cuerpo, y una extraña sensación que se afincaba en sus sexos. “¡Oh, cuánto la amo!”, pensó».

Llegado este momento, Carlota y Emilia descubren que la tarea se vuelve más dificultosa a medida que se acercan al final del cuento. Notan la fatiga, los párpados les pesan, las manos se les entorpecen...

«En el laboratorio de la nave nodriza, lo Comandante y la doctora examinaban a los pequeños seres, ahora en fase de recuperación.

»—Ya están volviendo en sí. Por favor, conecte, el analizador y el hiper-perceptor de ondas cerebrales.

»—Conectado —respondió lo Comandante. Aguardaron unos segundos. La doctora se retorció las manos de ansiedad. Estaba segura de que su descubrimiento la conduciría a la gloria —. Suba el volumen del perceptor. Me pareció haber oído un murmullo.

»—¿Dónde estamos? ¿Y el paquete, está a salvo? —se oyó una voz muy débil.

»—Estamos en la nave nodriza — respondió la doctora—. ¿Qué coño sois?

»Se produjo un silencio. La doctora volvió a formular la pregunta.

»—Somos escritores —dijo uno de ellos, visiblemente atenazado por el miedo.

»—Escri... ¿qué?

»—Escritores, señora.

»—¿Qué es eso? —preguntó lo Comandante.

»—Lo ignoro. Voy a consultar con Hill —indicó la doctora, poniendo en funcionamiento el megarchivo.

»ANTIGUOS SERES QUE DEDICABAN SUS ENERGÍAS A INVENTAR HISTORIAS. ESTAS HISTORIAS SE MANTENÍAN LUEGO GRABADAS SOBRE MATERIALES PERECEDEROS COMO EL PAPEL, LLAMADOS LIBROS. STOP. DESAPARECIERON HACE DOS MIL QUINIENTOS AÑOS. STOP. THE END.

»—¿Qué es “libro”?

»—Eso —dijo el monstruito, señalando su preciado paquete dentro de una bolsa esterilizada.

»La doctora lo sacó de la bolsa con unas pinzas, y sin poder disimular el asco que le producía ese objeto siniestro, miró la cubierta y quiso saber:

»—¿Qué significan estos jeroglíficos?

»—*Emma Roulotte, es usted* —le respondió el monstruo.

»—¿Yo?

»—No, digo que así se llama el libro.

»—Ah. Es tan extraño... tan primitivo —murmuró—. Parece hecho con un material basto, perecedero y seguramente insalubre...

»—Sí, señora —afirmó el monstruo—. Y tal vez sea peligroso...

»La doctora dejó caer el libro, horrorizada.

»—Es curioso... —reflexionó—, llevan mucho retraso con respecto a nosotros, además, su aspecto es demasiado monstruoso como para que hayan llegado a estos niveles tecnológicos.

»—Permítame que le explique —interrumpió uno de ellos—. Nosotros no éramos monstruosos. En un principio fuimos seres humanos normales, y vivíamos en el planeta Tierra, igual que ustedes, pero caímos en manos de algunos traductores... de ciertos editores... algunos críticos desaprensivos, agentes literarios ambiciosos... y quedamos así, deformados por las erratas, el marketing, las fusiones editoriales... y también por las traducciones sucesivas.

»—¿Traductores, erratas, editoriales...? —preguntó la doctora, mientras volvía a accionar el megarchivo.

»NO EXISTEN DATOS. STOP. STOP. THE END.

»Y el mecanismo del megarchivo se puso al rojo, empezó a echar una densa humareda y estalló por los aires.

»—No soporto tanta violencia —murmuró lo Comandante, haciendo un gesto de profundo horror.

»—Cálmese, Comandante. Estas cosas solo ocurrían hace miles de años. A pesar de su fealdad e innoble profesión, creo que son interesantes y dignos de estudio. Aunque no dudo de que

nos estén mintiendo, sigamos adelante con el interrogatorio. Les preguntaré sus claves de identificación personal.

»—Edgar... Edgar Alan Poe —dijo el que parecía más vivaz de todos, con sus ojos oscuros.

»—Frank Kafka. Encantado.

»—Emma Roulotte... una vez escribí un cuento. Fue el único, pero estuve casada con un novelista y la desgracia de su profesión también me salpicó.

»—Me llamo Bradbury. Mucho gusto... y, a propósito..., todo esto me suena a plagio...

»—Emily. Y estas son mis hermanas, Charlotte y Anne.

»—Anónimo. Encantado.

»—Tienen claves extrañas —dijo la doctora—. Investigaré en el megarchivo secundario, que todavía funciona. Tecléo y apareció el siguiente mensaje:

»NO EXISTEN DATOS. STOP. NO EXISTEN DATOS. THE END.

»Uno de los monstruos se adelantó a duras penas, casi arrastrándose, y con una voz que era un murmullo dijo:

»—Es una injusticia, ¿no?, que se hayan olvidado de nosotros. Es una lástima que no pueda ver a los señores, pero presiento que no son más que ficciones; ficciones creadas por nosotros mismos. Fruto de nuestro aburrimiento aquí, en Gamma Purpúrea, donde fuimos confinados hace siglos.

»La doctora y lo Comandante los miraban estupefactos, sin comprender nada.

»—¿A qué se refiere usted con eso de que nosotros no somos más que ficciones, fruto de su imaginación? —preguntó la doctora, un tanto ofendida; y prosiguió—: ¿Qué es eso de *imaginación*?

»—Es el futuro —respondió el monstruo.

»—De allí, justamente, es de donde venimos nosotros —señaló, sarcástico, lo Comandante.

»—Lamento contradecirlo, pero ustedes no tienen ni futuro ni imaginación.

»—No lo entiendo. Haga el favor de explicarse —rugió la doctora.

»—Con mucho gusto, señora —dijo el deformado Platón, acercándose al grupo—. Su ingenua y falsa concepción del tiempo y el espacio es cilíndrica, mientras que la nuestra (que, por otra parte, es la auténtica) es esférica e infinita... De allí que ustedes, al carecer de imaginación, carecen también de futuro.

»Los demás monstruitos se sentaron en círculo alrededor del orador y siguieron con atención sus sabias palabras.

»—...el tiempo y espacio cilíndricos que ustedes conocen son como el tiempo y espacio del gusano de la madera... —carraspeó para aclararse la voz y prosiguió—: El gusano horada un túnel en el tronco de un árbol: dentro de él, su existencia se presenta como una pared que debe roer constantemente para alimentarse y seguir vivo, pero no ve ni presiente nada, actúa por la inercia de sus mandíbulas voraces. Tampoco sabe que está haciendo un túnel: se limita a comer. Detrás de sí va dejando el túnel tapado con sus propios excrementos y del que tampoco tiene conciencia: por instinto evacua sobre sus pasos, de modo que lo anula: no tiene pasado, lo olvida. Así, su tiempo y espacio se limitan a unos centímetros de longitud, a lo que mide su propio cuerpo; ocupa el presente: el lugar en el que se encuentra; ha tapado el túnel: no tiene memoria. Por delante solo hay madera y más madera: no tiene, tampoco, futuro, carece de imaginación porque ignora sus propios instintos. Y de esta manera continúa horadando, comiéndose su futuro y cubriendo con su propia mierda su pasado, hasta que se le termina el tronco y cae al suelo, entonces se muere de hambre...

»Los monstruitos permanecían en un silencio total, con la boca abierta y los ojos puestos en

el orador. Lo Comandante y la doctora no salían de su asombro, totalmente embarullados al extremo de no interrumpir.

»—Creo que se refiere a los agujeros negros —murmuró lo Comandante.

»—Nuestro caso es al contrario —prosiguió esa cosa—. Aquí no hacemos nada más que recordar e imaginar. Ni siquiera escribimos porque no tenemos ni papel ni lápiz, y aunque los tuviéramos, nuestras manos están tan deformadas que no podríamos hacerlo. Recordamos el pasado, que en su momento fue el futuro; es decir, algo imaginario, e imaginamos el futuro como un recuerdo que será. De modo que entre la evocación y el presentimiento se generan corrientes de comunicación parabólicas que fluyen entre sí a gran velocidad, se expanden y enriquecen formando una esfera cada vez mayor, una esfera infinita... —hizo una pausa para reflexionar y prosiguió—: El tiempo cilíndrico no es más que una acumulación sucesiva de insignificantes presentes, sin memoria ni percepción. El tiempo esférico, en cambio, es...

»—¡Como una manzana! —gritó un monstruo, queriendo ayudar al orador.

»—Schopenhauer decía... —dijo uno que era ciego, pero fue interrumpido por el propio aludido:

»—Por favor, Jorge, no me atribuyas frases célebres.

»—Y nosotros ocupamos toda la capacidad de la manzana. Contendemos todos los tiempos —dijo uno pequeño, con ojos vivaces—, por eso sabemos que ustedes no vienen ni del futuro ni del presente, sino que son invenciones nuestras, vibraciones de nuestras mentes...

»—¡Demuéstrémelo! —dijo la doctora, esbozando una sonrisa a medias, incrédula aunque desafiante.

»—Muy sencillo —agregó el orador—. Si le dijera que soy capaz de predecir su futuro, incluso el final de esta historia, ¿qué pensaría usted? —y se quedó en silencio, aguardando una respuesta.

»—Qué no serían más que conjeturas —contestó ella, orgullosa.

»—Y, ¿qué cree usted que es el futuro, sino puras conjeturas?

»—Bueno... pero el futuro es realizable y las conjeturas no.

»—Una de las infinitas conjeturas lo es, y como tal, no es más que una ficción o deseo que se convertirá en presente o realidad, y luego en pasado o recuerdo, hasta ir formando parte de la esfera...

»—¡Como una naranja! —se oyó una voz.

»—Y como el futuro no es más que una ficción, nosotros, como especialistas en imaginar, podríamos contarle el final de esta historia...

»—¡Jamás lo permitiré! —gritó la doctora, fuera de sí, a la par que accionaba el rayo congelador. Los monstruitos enmudecieron y se aquietaron, quedando detenidos en posturas grotescas—. Ahora podremos examinarlos con calma. No tolero tanta falta de lógica. Solo los he atontado un poco, para que no hablen todos a la vez —explicó a lo Comandante.

»—Lo entiendo, lo entiendo —señaló este, cuando, en realidad, debido a su limitado criterio, no había comprendido nada.

»Entre los monstruitos, había uno con aspecto casi humano, que no parecía haber sufrido las terribles deformaciones de los otros.

»—Este parece más listo —dijo la doctora, mientras lo levantaba a la altura de sus ojos con una pinzas. Lo descongelaré y lo interrogaremos.

»El pobre e indefenso bicharraco despertó agitando los brazos y dando gritos de pánico. La doctora volvió a depositarlo sobre la mesa de trabajo junto a los demás.

»—Gracias —murmuró entre jadeos—. Me llamo José Pérez, y mis originales están sin

publicar ni traducir, gracias a Dios fueron rechazados sistemáticamente por editoriales y agentes. Ahora que me entero de que los libros ya no existen, no tengo nada que temer. Toda mi eternidad he estado obsesionado, no quiero ser como ellos —y señaló a sus congéneres—, y renuncio a la gloria; prefiero seguir siendo un desconocido a verme deformado hasta la monstruosidad.

»—¿De modo que toda esta fealdad ha sido en vano? —preguntó ingenuamente otro que no había sido alcanzado por el rayo congelador—. No sabíamos que nos hubieran olvidado, y nuestra obra se hubiera perdido; ni siquiera cruzó por nuestras mentes que los libros hubieran desaparecido.

»—Los destruyó un tal... Internet —dijo José Pérez, de pie en medio de un charco de agua.

»—Se están descongelando —murmuró la doctora.

»—No, fue un tal Hitler —intervino otro.

»—Eso fue antes —precisó un tercero.

»—Fue Perón —dijo el monstruo ciego.

»—Bueno, parecen más tranquilos —suspiró, aliviada, la doctora.

»Acaso el que adolecía de mayores deformidades y pústulas, se acercó a consolar a un compañero cuyas mejillas estaban surcadas de lágrimas:

»—No lo creas, a pesar de que se nos haya olvidado y nuestra obra haya desaparecido, no fue en vano nuestro esfuerzo. La señora y el caballero ignoran que no son más que una circunstancia particular dentro del proceso de conocimiento general, proceso al cual nosotros contribuimos en su momento con nuestros libros.

»—Gracias, Joyce, gracias por tus palabras. Solo aquellos que, como tú, han padecido las traducciones más infames son capaces de llegar a tanta sabiduría.

»—Nuestro Quijote tuvo las más denigrantes de las desdichas.

»—¡Horribles sufrimientos! —ratificó Pierre Menard.

»—¡Vergonzosos! —apostilló Cide Hamete Benengeli.

»—¡Mi Quijote! —gritaba uno al que le faltaba un brazo.

»—¡Basta! —estalló la doctora—. No comprendo nada, pero será mejor que vuelva a congelarlos definitivamente. Me saca de quicio la falta de lógica de estos seres, y no creo que sus palabras tengan importancia —y dándole mayor potencia al rayo congelador, lo accionó. En un instante, los monstruos callaron y sus cuerpos adquirieron la transparencia y fragilidad del cristal.

»Hill y Plast, observándolo todo, no salían de su asombro, juzgaban excesiva la conducta de la doctora, abotargada por sus propios sentimientos desbordados.

»—Te juego una partida —propuso Plast a su compañero.

»Lo Comandante sonreía. Libre de competencia, creía ver acercarse el momento oportuno para proponerle matrimonio a la doctora. Aprovecharía que esta se sentía rebosante con su descubrimiento, en un estado de ánimo abierto y dispuesto a grandes cambios. Durante los cuatrocientos tres años que duraría el viaje de regreso tendría ocasión de conocerlo mejor y enamorarse perdidamente de lo. En estos pensamientos estaba sumergido, cuando la doctora, volviéndose hacia lo y apuntándole con el paralizador, le dijo:

»—Ha llegado su turno, querido @.

»Lo Comandante se quedó perplejo, sin atinar a reaccionar ni a decir palabra.

»—¿Le sorprende, verdad? —dijo ella—. También el Capitán se sorprendió cuando cayó herido al suelo, y al volverse, lo descubrió a usted con el cuchillo en una mano.

»—Yo... no... —balbuceó lo Comandante, mientras retrocedía.

»—¿Me creía tonta, verdad? No ha sido capaz de suponer que me había dado cuenta de que el Capitán tenía una herida de cuchillo en la espalda. Creyó que podría confundirme

descarnándole la cara para hacer recaer las culpas sobre estas alimañas —dijo señalando a los monstruitos congelados—. Tengo pruebas más que suficientes. Mire —y accionó el hologramón. En el aire comenzaron a surgir las figuras: primero el paisaje agreste de Gamma Purpúrea, luego la silueta del Capitán ocupado en la búsqueda de los pequeños seres con su detector de vida, y enseguida, lo Comandante, que se le acercaba sigilosamente por detrás y hundía su cuchillo en la espalda del infeliz.

»—Usted ignoraba que **%\$ había dejado su kodak filmando encima de una roca. Sí, el pobre Capitán acostumbraba a llevarse recuerdos de todos sus viajes, para enseñárselos a su mujer y a su hija a su regreso a la Tierra —y de improviso estalló en llanto—: Yo lo amaba...

»—Yo también lo amaba —confesó lo Comandante, confuso a la vez que profundamente herido—. Era un secreto guardado en lo más profundo de mi corazón, pero él jamás lo supo y nunca puso sus ojos en mí, porque de quien en realidad estaba enamorado era de usted, mientras que a mí me despreció y se burló de mi cariño. Pero nunca pude imaginar que usted se pusiera sentir atraída por él... yo siempre pensé que... —sollozó, mientras se cubría el rostro con las manos.

»¡Ella lo amaba! —dijo Hill enviando una señal acústica secreta a Plast, en esos momentos en el extremo opuesto de la nave buscando el tablero de ajedrez.

»—Nunca pondría mis ojos en usted, Comandante... Desde que dejamos la Tierra desconfié de su sonrisa bobalicona, de sus miradas dulzonas y de sus caídas de ojos. Nunca me gustó usted, nunca me cayeron bien los andróginos, ni sé por qué lo enviaron en esta misión...

»FALLO EN EL CIRCUITO 45/7. STOP. FALLO EN EL CIRCUITO 45/7, irrumpió la voz aflautada de Hill, mientras parpadeaba una luz roja y sonaba una sirena».

Los nervios y la ansiedad agarrotan las manos de Emilia y Carlota, y apenas pueden manejar la pluma; como si esta pesara varios kilos, y en lugar de deslizarla suavemente, la arrastran como un enorme tronco.

«Lo Comandante, repuesto del llanto, pero fuera de sí por la ira, con los ojos inyectados en sangre, aprovechó el momento de debilidad de la doctora, se abalanzó sobre ella, le arrebató el paralizador y activó la inversión.

»INMINENTE DESCONGELACIÓN, decían ahora las alarmas principales.

»Lo Comandante, sin dejar de apuntar a la doctora, tuvo una ligera confusión, vaciló un instante, sin reparar en la descongelación de los monstruitos, que comenzaron a salir de su letargo y entibiarse. La doctora, arrinconada en un ángulo del laboratorio, los vio y les hizo un gesto con los ojos señalando hacia los controles manuales de la computadora madre. Lo Comandante @, preso de los celos, no se percató de que los monstruitos llegaban a los controles de la nave y disparó a la doctora con tanta precisión y potencia que la congeló en el acto. Su figura de hielo perdió el equilibrio, cayó y se hizo añicos.

»En ese momento llegó Plast/37, atraído por el desorden y las órdenes secretas de Hill, y viendo los trozos de la doctora desparramados por el suelo, disparó su láser contra lo Comandante, quien se desintegró como una nube y solo quedó de lo un montículo de cenizas pardas andróginas.

»Después, todo fue silencio, quietud e infinito.»

—¡Ya está! —articula Emilia, no sin esfuerzo, pues mandíbulas y labios los tiene agarrotados. Y, confiada en ver un entusiasmo similar, levanta la mirada hacia su hermana. En su

lugar descubre una enorme crisálida de un gris sucio, arratonado aunque traslúcido, desde cuyo interior dos ojos verdes y facetados la observan con pánico. No le da tiempo a gritar porque su hermana lo hace antes; aunque su grito, más que un grito, es una mueca desgarradora y monstruosa, acompañada por un zumbido involuntario, ronco y estentóreo, que brota del reverso de unos élitros renegridos.

Después, ninguna puede manifestar nada más: son dos enormes merengues babosos, cubiertos de costras y erizadas púas.

A los pocos minutos aparece Ana. Agita un papel en una mano y vine gritando con entusiasmo:

—¡Yo también he escrito un cuento precioso...! Aunque me salió un poco cortito.

Se detiene en seco al ver el estado de intoxicación de sus hermanas, y el folio se le cae de las manos. Sin salir de su asombro, pero con enorme sangre fría, comprueba el frasco: apenas quedan píldoras. Vuelve a mirar a sus hermanas, coge el frasco de CUENTOVAK 10 y se lo guarda en un bolsillo, limpia un poco la mesa de cenizas, y ordena los papeles. Después se deshace, de forma misteriosa, de la caja que le dejó aquella pareja de forasteros y llama por teléfono a la policía y al museo del pueblo.

Ana dedicará el resto de su vida a la escritura de numerosas novelas, ignorando que jamás verá el codiciado *imprimatur*, como ocurre muchas veces, y aunque rica, porque heredó la inmensa fortuna de sus hermanas, quedará relegada al triste anonimato, eclipsada por la gloria científica de Carlota y Emilia, sumergidas en formol en sendas cubas transparentes sobre magníficos podios, expuestas en el museo. Junto a ellas, en un podio menor, se exhibe una caja de madera lacada en cuya tapa Ana pintó un primoroso animalito prehistórico.

Semanas después, hubo un incendio en el museo, un misterioso incendio provocado por un pirómano. Hay quienes afirman que vieron salir de entre las llamas a un hombre de aspecto bohemio llevando en sus manos una extraña caja roja. La cotilla del pueblo, una mujer ya mayor con ínfulas de novelista erótica, sin fundamento alguno y como quien no quiere la cosa, comentó en la peluquería que el pirómano había sido aquel escritor borracho, el mismo que había puesto fuego a la cabaña del viejo Morrison. Pero el ruido de los secadores impidió que las demás clientas la oyeran. Desentendiéndose del asunto, cogió un suplemento dominical del revistero y leyó:

EL DINOSAURIO

Por Ana

Cuando el dinosaurio despertó, bostezó de aburrimiento.

En la parada, Carlos y Emma están en silencio, demasiado callados y con la mirada perdida en el horizonte; incómodos ante la inminente separación y poco conformes con el final de la historia. No tarda en aparecer el coche de línea entre densas nubes de polvo.

Carlos rompe el silencio:

—Bueno, ya está aquí.

—Le deseo mucha suerte. La necesitará —dice ella.

Con un pie en el peldaño, Carlos se vuelve:

—¿Y usted, qué hará?

—No lo sé... cogeré mi caravana y tal vez regrese con el autor... aunque dudo mucho que vuelva a llamarme, es tan egoísta.

En ese momento, el conductor le indica a Carlos que se decida a subir de una vez. Desde su asiento, con la cara pegada al cristal de la ventanilla, Carlos alcanza a preguntarle a gritos a Emma, justo en el instante en que el coche de línea arranca:

—Pero... ¿dónde está?

En uno de los bancos del jardín de su casa, Ana continúa leyendo el malogrado original de sus hermanas, se compadece y piensa que, a pesar de todo, Carlota y Emilia alcanzaron su propósito: sus nombres están en boca de todos, aunque no precisamente como escritoras. Suspira acongojada. Los folios se le pegan a los dedos por aquella sustancia gelatinosa en que se convirtieron. «No debería decirlo —piensa—, porque eran mis hermanas, pero francamente, dejaban mucho que desear como escritoras.» Acabó de leer:

«La nave nodriza se desplazaba rumbo a la Tierra. El espacio se extendía como un manto oscuro, un colador cuyos agujeros eran estrellas y planetas relumbrantes. Unos seres pequeños y deformados charlaban en los pasillos de la nave y se agrupaban frente a los cristales para ver el infinito.

»—¿Está nuestro libro a salvo? —preguntó, vivamente preocupado, un monstruo.

»—No te alteres; está a buen recaudo con la señorita Emma —lo tranquilizó otro.

»—Ha sido una buena historia —intervino un tercero.

»—Un poco violenta. Nosotras hubiésemos preferido algo más romántico... —se lamentaron a coro las Brontë.

»—Deberíais modernizaros. Os he dicho que el romanticismo murió hace muchos siglos. Hay que estar acorde con la época en que vivimos —reconvino Joyce.

»En un rincón, apartados del resto, una pequeña monstruo entretenía a Plast/37 con una lectura:

»—“...entonces, el príncipe se acercó a la princesa que yacía dormida, y la besó en los labios dulcemente hasta que Aurora abrió los ojos”.

»Y la monstruo cerró el libro.

»—¡Es hermoso, señorita Emma —dijo Plast, enjugando una lágrima que corría por su bruñida superficie. Y agregó—: ¿Podría leerme algún cuento más moderno?

»La monstruo volvió a abrir el libro al azar:

EL JODIDO ESCRITOR FRACASADO

—Te lo ruego, Frank, dame un par de semanas más.

—Es inútil; nunca volverás a escribir en toda tu miserable vida.

—Merezco una oportunidad. Has ganado mucho dinero conmigo. Millares de ejemplares vendidos te permiten disfrutar de todo este lujo que te rodea.

—Lo siento, no puedo arriesgarme con un...

—¡Dilo! ¡Vamos! ¿Por qué te interrumpes? Dilo con todas las letras: ¡UN BORRACHO! Sí, lo sé. Soy un alcohólico, pero te prometo que si me das una oportunidad dejaré la bebida... por favor, Frank, te lo ruego...

—¿Acaso estabas borracho cuando plagiaste la novela? ¿Sabes la fortuna que perdí por tu culpa? ¿Y el descrédito que significó?

—Pero... si solo fueron unos poemas... no creí que nadie se fuera a dar cuenta que eran de esos maricones de Sandro Penna y de Kavafis; y los otros son dos tangos que nadie sabe quien los escribió...

—¡Pero, por Dios!, si copiaste todo un cuento de *Las Mil y Una Noches*.

—Te juro que no lo hice con mala inten...

—Está bien... Te concederé únicamente dos semanas, y si en ese tiempo no escribes tu mejor libro, no volverás a verme en tu vida, y personalmente me ocuparé de saldar tu obra y arrastrar tu fama por el fango...

Necesitaba tranquilidad. Nada más que silencio y quietud para cumplir su promesa y redimirse del vicio. Pero, ¿cómo olvidar sus ojos y su boca? ¿Cómo borrar de la implacable memoria el recuerdo de Carol?

Atravesar la campiña en un tren lento de vía estrecha era una batalla librada contra el tedio y la ansiedad. «La llave la encontrarás bajo el felpudo», le había dicho Alan; «tal vez la casa esté un poco revuelta, pero en Silver Moon encontrarás la calma necesaria para escribir.»

Ocho horas de viaje y de traqueteo, ocho horas de monótono paisaje y postes de telégrafo pasando velozmente a los lados del tren. El sol intenso penetrando en el vagón a través de las ventanillas sin cortinas. La mujer con la cesta llena de verduras que lo miraba fijamente. Las innumerables paradas en los pueblos miserables, dejados de la mano de Dios. Todo era desesperante. «Si al menos pudiera echar un buen trago», pensó. Pero había resistido la tentación a entrar en la tienda de bebidas del viejo Gary; no había pasado del umbral. No llevaba ninguna botella de whisky en la mochila, ni siquiera la vieja petaca de plata que le había regalado Carol, a pesar de que había estado a punto de llenarla, porque, al fin y al cabo, era un bello recuerdo que merecía tener siempre a mano. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con vehemencia, como si fuera el último de su vida. ¡Su condenada vida! Si no hubiera sido por aquel accidente maldito... ¿cuánto habían disfrutado el uno del otro? Apenas unas semanas, un par de deliciosas semanas en las cuales creyeron descubrir la felicidad. «¡La felicidad!», pensó, «un mito estúpido inventado por los simples y los que no tienen nada importante que hacer!»

La mujer frente a él no le quitaba los ojos de encima. Tuvo ganas de gritarle si tenía monos en la cara, pero pensó que sería injusto; tal vez la mujer no lo miraba a él, sino a un punto lejano, por encima de su hombro. Pero aquellos ojos claros, aguachentos, le producían una inquietud exasperante, duplicaban su ansiedad y deseo de echar un trago.

Un par de campesinos, con el torso desnudo y la cara oscurecida por el sol, saludaban ingenuamente al tren agitando las manos curtidas. «Son como niños», pensó, y escupió para liberarse del sabor acre que se le acumulaba en la boca. El tren se había detenido en un pueblo miserable con apenas un puñado de casas destartadas hechas de ladrillos, maderas de embalajes y restos de chapa. En el cartel de la estación, a pesar de la mugre que lo cubría, se leía: «Yellow Sun».

La mujer de la cesta, echando el cuerpo hacia adelante, le preguntó:

—Por favor, ¿podría decirme qué parada es esta?

—Yellow Sun —masculló—. ¿Acaso no sabe leer?

—No, señor —respondió la mujer. Se puso de pie y desplegó su bastón blanco. Disculpen, disculpen —decía mientras salía a tientas del compartimiento, tropezando con los demás viajeros.

Sintió rabia e impotencia. Se arrellanó en el asiento, se cubrió la cara con el sombrero y se dispuso a dormir. Quedaban un par de horas para llegar a Silver Moon.

La casa, si así se la podía llamar, tenía como única ventaja estar a unas cuatro o cinco millas del pueblo más cercano. Allí, en medio de esa soledad, nadie lo importunaría. En la despensa había comida suficiente para un mes. Claro que no eran platos para paladares exquisitos; pero nadie se muere por comer alimentos enlatados. Su padre se había pasado dos años en el frente, comiendo esas porquerías, y sin embargo tenía una salud de hierro, apenas minada por el cáncer de páncreas e intestinos.

El interior se contradecía un poco con la fachada: había orden y cierta limpieza; casi no se veían ratas ni cucarachas. La ropa de cama parecía haber sido cambiada recientemente. Había agua en abundancia y aprovechó para ducharse. —Esté jodido polvo del camino... — murmuró mientras se enjabonaba— se pega como sanguijuelas —y escupió de lado. Vio su propia flema cargada de nicotina, flotando en el agua, hasta que desapareció tragada por el remolino del sumidero. Jimmy tenía razón cuando cantaba aquello de «Mi amor me está aguardando a un lado del camino polvoriento para ponerme los cuernos con cualquiera». Pobre Jimmy, fue una lástima que regresara del Vietnam con una bala alojada en el cráneo, tarado y parapléjico. Era un buen muchacho, algo torpe y violento, las palizas que le pegaba a su pobre madre eran de órdago, pero en el fondo tenía buenos sentimientos, un pan de Dios, que se dice, pero el chico se disparaba y perdía el control, no le gustaba que su madre le llamara maricón, era muy sensible el pobre Jimmy.

Sacó del estuche la vieja máquina de escribir y la dejó sobre una mesa cubierta con un hule a cuadros verdes y blancos, gastado en las esquinas, y muy rígido. Salió al porche a fumar un cigarrillo. Anochecía en Silver Moon y con la oscuridad los pájaros y las cigarras se callaban. Desde lejos llegaba una melodía de armónica, aspiró el humo profundamente, hasta que lo sintió en lo más hondo del pecho, todavía recordaba la letra: «Oh dulce Mary... tus ojos son estrellas en la noche... voy con mi chica al río...». Le fastidiaba que por algún lado, no muy lejos, hubiera una casa habitada: niños, perros, abuelos y toda esa calaña que compone una familia. «Estos sureños son desconfiados, y en cuanto se den cuenta de que hay alguien en la casa no tardarán en venir a husmear», pensó. «Espero que no me oigan teclear en mi vieja Underwood.»

Llevaba dos horas sentado ante la máquina sin haberle arrancado una sola línea. En su cabeza estaba la historia completa, los personajes, la acción, e incluso muchos detalles, pero necesitaba un buen trago para dar con un comienzo efectivo, que atrapara. Él no era como algunos escritores que empiezan por cualquier parte de la acción, a veces hasta por el final; no, él requería orden, organizar las ideas, lógica, coherencia, y no aceptaba esos torbellinos de palabras, tan en boga en algunos novatos que se escudaban en aquello del estructuralismo para solapar la falta de talento.

Fue cuando encendió otro cigarrillo cuando se dio cuenta de que no había acabado el anterior, que se consumía en el cenicero. —¡Maldita sea! —murmuró—. ¡Maldito calor! —y se quitó la camisa, dejando al descubierto un torso fuerte y velludo.

A media noche, había logrado un par de párrafos contundentes y llenos de magnetismo, pero necesitaba un trago para seguir adelante. Sin un buen trago que le resbalara por el gaznate, el recuerdo de Carol siempre se interpondría entre sus dedos y el teclado. Ella, convertida en un pequeño animal mimoso, se le enredaría en las manos, entorpecería sus movimientos hasta paralizárselas por competo.

—¡Jodido bastardo! —había gritado Carol, al ver por el espejo retrovisor a aquel coche detrás de ellos—. Ese jodido tipo debe de estar loco; conduce como si fuera el dueño de la carretera.

Ahora había huido para refugiarse en aquel pueblo mugriento y apestoso y estaba solo en esa casucha de m..., que olía a trapos sucios, a cerrado, a comida rancia. «Tal vez quede alguna botella», pensó. «Alan dijo que encontraría todo lo que me hiciera falta para vivir, y él conoce mis necesidades, sabe que lo necesito, que sin él no soy nadie, ni nada...» Abrió las puertas de la alacena de par en par y rebuscó entre las latas de conserva y cajas de galletas. Era inútil.—Ese bastardo de Alan... —masculló. Salió al porche y se sentó en los escalones a fumar. La melodía de la armónica ya no se oía. La luna brillaba en lo alto como una lágrima.

—Silver Moon, vaya m... —murmuró. Y escupió en la tierra reseca y agrietada, que, muerta de sed, de inmediato se tragó el gargajo espumoso.

En una radio que halló abandonada en un rincón, y que inexplicablemente funcionaba, una voz aguda acompañada de una lenta melodía, decía aquello de: «Oh nena, háblame del viejo Mississippi».

—¡Qué asco de canción! —y apagó el aparato.

Apenas había dormido: la mayor parte de la noche la pasó dando vueltas en la cama por el maldito calor y los malditos mosquitos, que lo aguijonearon dejándole el cuerpo lleno de ronchas. También mientras escribía tenía que interrumpirse constantemente para rascarse.

—Es una pena que ese bastardo de Alan no haya dejado una miserable botella.

Miró por la ventana. Aún no se habían levantado ni el fuerte calor ni el bochorno, pero no tardarían en hacerlo: el sol, hasta hace poco una bola roja inofensiva, se volvía de un blanco deslumbrante.

—Hola —oyó una voz a sus espaldas.

Se volvió.

Apoyada en el quicio de la puerta, una muchacha rubia, de pelo lacio, desgredada, lo miraba con ojos insípidos y una sonrisa idiota colgándole de la boca demasiado roja. Recordó los ojos de Carol, el brillo que había en ellos antes del terrible accidente...

—¿Quién diablos eres?

—Margaret... Margaret Rose...

—Bien, Margaret Rose, ya puedes ir saliendo por donde entraste —y señaló vagamente la puerta.

La muchacha no se inmutó, absorta en el pecho desnudo y sudado del escritor; se quedó quieta como si no lo hubiera oído y prosiguió:

— Vivo en el rancho vecino. Mi padre es el viejo Morrison... el jodido Robert Morrison —matizó, haciendo un gesto de fastidio.

—Encantado, nena —y volvió su atención a la vieja Underwood—, pero ya puedes ir dándole movimiento a tus encantadores pies y largarte.

—Perdona si te he molestado, oí ruidos, y como en esta casa nunca vive nadie entré a ver...

—Pues ahora vivo yo. Y ya me has visto, de modo que puedes ir saliendo y dejarme en paz —dijo sin dejar de teclear.

—¿Eres escritor?

Se volvió hacia ella con el rostro lleno de rabia:

—¿Tú qué crees, muñeca...? Y ahora, ¡largo de aquí!

—Me encantan los escritores, ¿sabes?, siento una atracción irresistible cada vez que me topo con uno... sois tan... interesantes, raros...

Algo le había rozado las fibras más íntimas, y el gesto de rabia dejó lugar a otro menos comunicativo, pero más humano. Detuvo sus manos, se volvió:

—Sí, lo sé, te fascinan los escritores, ya me lo has dicho. A todo el mundo le resultamos fascinantes. Ahora ya puedes largarte.

—¿Qué escribes? ¿Una novela? —y esbozó una sonrisa ingenua y terriblemente femenina.

No era guapa, ni siquiera atractiva, pero su cuerpo, reclinado en el quicio de la puerta, tenía algo que él no podía dejar pasar. Bajo el vestido floreado se insinuaban unos senos pequeños y turgentes, apenas formados, pero capaces de amoldarse a unas manos, a unos labios. Pensó en Carol, en sus pechos abundantes y blancos, en los besos que sobre ellos había dejado caer durante las noches, sin advertir siquiera la morbidez de la silicona bajo sus labios.

—¿No tienes otra cosa que hacer que quedarte ahí, mirándome como una idiota?

—Hace calor, ¿verdad? —dijo ella, y resopló—. ¿Qué estás escribiendo?

—Un jodido libro de relatos.

—¿Y novelas, no escribes? —se rascó una pierna, sin duda una picadura de mosquito.

—Y, ¿por qué habría de escribir una jodida novela?

—No sé... todos los escritores lo hacen..., si quieren llegar a ser famosos...

—¡Pero yo no soy un escritor famoso!

—Seguro que sí, pero no quieres decírmelo.

—¡No, no lo soy...!

Eran las mismas palabras que le había dicho a Carol aquella noche, cuando regresaban de la fiesta de los O'Brien, pasados de alcohol y de maría. Y ella se había compadecido en silencio y había vomitado por la ventanilla.

—Cuentos... ¿de qué tratan? —se rascó un brazo delgado y pálido.

—Eso no importa ahora; el caso es escribir para... —y notó una extraña desazón que se apoderaba de su cuerpo—. ¿Por casualidad, no tendrás un trago?

—No, pero tengo chicle —y metió una mano afanosamente en el fondo de los bolsillos—. ¿Quieres? —y le extendió un pequeño envoltorio mugriento.

—No. Guárdate tu jodido chicle y déjame en paz de una vez.

—Yo escribo versos, ¿sabes? —y bajó ligeramente la cabeza, cohibida ante ese escritor seguramente consagrado, cuya modestia le impedía confesarlo.

—¿Ah, sí?, conque eres poeta —lanzó una carcajada sonora. Luego escupió cuidando de no darle en un pie a la chica.

—Puedo leerte alguno —propuso la muchacha sin alterarse por la carcajada, mientras sacaba de un bolsillo un papel sucio, plegado en varias partes.

—Oh, sí, me encantaría, ¿sabes? He recorrido doscientas millas cubriéndome de polvo hasta este jodido pueblo bastardo para oír tus poemas. No tengo otra cosa que hacer. Vamos, te escucho, nena.

Ella desdobló cuidadosamente el papel, se aclaró la voz y leyó con un hilo de voz:

—Cuando te acercas a mí, Jhonny,

y siento tu cuerpo apretado contra el mío
noto la dureza de tu miembro en mi cintura...

—¿Lo has hecho tu solita, nena? ¿O acaso te ayudó tu hermana mayor?

—Oh, no. Lo hecho yo sola —se defendió—. Pero todavía no he terminado...

—¿Y quién es ese tal... Jhonny que mencionas?

—Un muchacho de Oklahoma, que conocí el verano pasado en Port-River.

—¿Y es verdad todo lo que dices de él, o te lo has inventado?

—¡Oh, no! Es verdad, él la tenía muy...

—¡Margaret Rose! —se oyó una voz colérica fuera—. ¡Margaret Rose! ¡Maldita zorra!
¿Dónde te has metido?

La joven volvió a guardarse en el bolsillo el poema y desapareció por la puerta trasera.

Un viejo delgado como una rama seca, con la cara curtida y cubierto con un sombrero de paja, irrumpió en la casa. Llevaba una armónica colgada al cuello con una cuerdecita, y blandía una escopeta de dos caños, con la que apuntó al escritor:

—Te advierto que si tocas un solo pelo de Margaret Rose te dejo hecho un colador.

—No es necesario que me apunte. No he visto por aquí a ninguna Margaret Rose, ni falta que me hace.

—No me creo una sola de tus palabras, forastero —le recriminó, sin dejar de apuntarle, mirándolo fijamente con unos ojillos miserables y salvajes—. Sé que Margaret Rose, esa zorra de hija que tengo, ha estado aquí. Siento su olor todavía fresco en el aire. ¡Esa buscona, igual que su madre! —agregó murmurando entre un puñado de dientes carcomidos por la tiña, incrustados débilmente en unas encías blancas y retraídas por la pelagra, mientras olfateaba los rincones como un conejo en celo. En la camisa arrugada, en el pecho y en las axilas, tenía unas enormes manchas amarillas de sudor; los pantalones, hechos jirones, los llevaba sujetos con un cordel sobado de esparto, y las botas tenían el color indefinido del uso eterno y la mugre acumulada.

Había ropa en el suelo y abandonada en el respaldo de las sillas. Un rayo de sol iluminó el cuerpo desnudo de la muchacha, pero no la despertó; ni siquiera le alteró el sueño profundo donde se refugiaba. A su lado, el escritor fumaba y su mente recorría los meandros desdibujados de un tiempo irrecuperable, un tiempo sin tiempo ni espacio: los días de felicidad junto a Carol, las playas blancas, su cuerpo derramado sobre la arena, bajo el sol de Long Island, junto al suyo, la primera vez que él le había retorcido el brazo, cuando ella se puso de esa forma y comenzó a exigirle...

—¿Qué hora es? —preguntó Margaret Rose, con la voz apagada surgiendo de las tinieblas del sueño. La cabeza le pesaba como si fuera de piedra, y en la boca tenía incrustado el sabor áspero y amargo de la resaca.

Él no respondió, permaneció mirando el techo y sin dejar de fumar. Ella se dio la vuelta y rozó el cuerpo del escritor con el suyo. El contacto con la piel caliente de la muchacha le produjo cierta repulsión y se separó con un movimiento instintivo y brusco, como quien huye de unapestado. Ella no lo notó, volvió a dormirse con una respiración suave y entrecortada.

Él se incorporó en la cama y sintió la náusea, aletargada en el estómago, que le subía a la garganta. «Necesito un trago.» La estúpida cría no lo era tanto como aparentaba, había vuelto a su casa, se había escurrido en el cuarto de su padre mientras dormía profundamente y le había birlado un par de botellas de whisky barato. Quedaba media botella, echó dos dedos en un vaso y loapuró con gratitud, a pesar de sentir la garganta abrasada.

Se metió bajo la ducha fría y el agua pareció aliviarle el malestar y la rabia. La silueta de Margaret Rose se perfiló en el vano de la puerta del cuarto de baño. Tenía la cara hinchada de sueño y los ojos legañosos. Se metió con él bajo la ducha y pegó su cuerpo al del hombre.

—Siempre tienes que estropearlo todo, nena.

Ella no respondió, ni siquiera lo hubo oído, porque su cabeza estaba abotargada, y su único anhelo era sentir el agua resbalando por su cuerpo.

El escritor saltó fuera de la ducha, impulsado por un resorte de repulsión. La presencia de la muchacha ahora lo exasperaba, el roce de su cuerpo y su olor le producían asco..., sin embargo, en aquel montón de huesos apenas revestidos por una piel suave, cálida y blanca, había algo abyecto que lo atraía irresistiblemente, una especie de frenesí, una pulsión: «Te odio, maldita zorra», pensó mientras buscaba un vaso limpio. Todos estaban sucios y se amontonaban en la pila de la cocina, junto a los platos, cubiertos y desperdicios, que comenzaban a fermentar y a despedir olor rancio. Cogió la botella de whisky y bebió directamente del gollete. El calor del líquido se deslizó a lo largo de su garganta, y sintió que fuera de él todo adquiriría la dimensión de lo inútil y lo superfluo. Ahora ya nada importaba, ni siquiera el recuerdo de Carol, las borracheras mutuas en la casucha de Easy River, cuando destrozaban muebles, vajilla, y apedreaban las ventanas del vecindario. Ni siquiera la evocación de esos momentos de felicidad —los únicos en su vida, quizá también los únicos en la vida de Carol— le importaban demasiado. Un trago tenía siempre el poder de sumergir la mente en esa vacuidad desprovista de recuerdos, de sensaciones de dolor... Sintió el cuerpo de Margaret Rose a sus espaldas, que se le colgaba del cuello y se apretaba a su cuerpo desnudo. Dos pezones pequeños y duros se clavaron en su piel como agujas, mientras una boca insaciable se le pegaba a la nuca como una ventosa. Un leve escalofrío le subió hasta la garganta, y escupió sobre el polvoriento suelo de madera. Se volvió hacia la muchacha y la abrazó, mientras le susurraba en el oído porquerías. Margaret Rose se excitaba cuando le decía obscenidades y la insultaba. Ahora, con un par de tragos dentro, era diferente, Margaret Rose se convertía en un cuerpo anónimo, un cuerpo más de mujer, como todos los que había poseído, y el asco se desvanecía: el cuerpo de Carol, interponiéndose entre ambos, se esfumaba, y con él también se esfumaba la miserable habitación, los platos sucios amontonados, la Underwood cubierta de papeles arrugados y manchados de grasa, los desperdicios y la resaca.

—Llévame lejos de aquí —le susurró Margaret Rose al oído, mientras se apretaba a su cuerpo—. Sácame de este jodido pueblo y llévame lejos, a Nueva York, a Florida o a California.

—Sí, nena. Te sacaré de aquí —y deslizó sus manos entre las piernas de la chica.

—Podría ser una gran actriz, siempre quise serlo, desde pequeña —dijo ella.

—Sí, nena, apuesto a que eres muy buena delante de una cámara. Te sacaré de este jodido pueblo.

—Mi padre... ¿Nunca te dije que el viejo tiene pasta escondida?

Él la asió por los hombros y la miró a la cara:

—¿Qué dices, nena?

—El viejo, tiene mucha pasta oculta en algún sitio. Es un roñoso.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Ella no respondió e intentó volver a estrecharlo, pero él la mantuvo alejada, sin dejar de mirarla:

—¿Dónde lo tiene?

—No lo sé... —hizo un gesto vago con los hombros—, tal vez enterrado en el jardín, o en el colchón, no lo sé...

—¿Te das cuenta?, estúpida, sería nuestra salvación. Dejar esta basura, este jodido pueblo, y

poder decirle a Frank que se meta su editorial en el c... —Y en sus ojos apareció un brillo de felicidad, similar al destello que surgía junto a Carol, cuando se pegaban y escupían.

La muchacha creyó ver en los ojos de su amante toda la violencia y el rencor necesarios para llevar a cabo sus sueños. Hacía años que esperaba esta oportunidad para terminar con la jodida vida en el pueblo, acabar con el bastardo de su padre y huir muy lejos... ser artista de cine...

—¡Mátalo! —murmuró, mientras se aferraba al cuerpo desnudo del escritor—. Acaba con ese viejo cerdo de una vez —fueron sus últimas palabras cuando, de rodillas, lo arrastró a la cumbre de la locura con el torbellino de su boca.

El viejo dormía y roncaba. Un fuerte olor a pies, orines y basura saturaba el cuarto. Nunca antes había visto tanta mugre y tanto desorden: en los rincones se amontonaban trapos y chatarra, muebles viejos y desvencijados, botellas y latas de conserva vacías. Margaret Rose permanecía en el vano de la puerta contemplando la escena satisfecha. «Mátalo. Acaba con él», parecía estar diciéndole con los ojos.

Había una barra de hierro entre la chatarra, la cogió y comprobó su peso: era maciza. Separó un poco las piernas para mantener el equilibrio y la alzó en alto. Arremetió en la cabeza del viejo, que se partió en dos con un ruido sordo. La muchacha lanzó una carcajada y corrió junto a él gritando:

—Lo has hecho, amor mío. ¡La pasta, pronto!

Pero él estaba paralizado, con el rostro y el pecho bañados en sudor. Sostenía aún el hierro manchado de sangre. La cabeza del viejo estaba aplastada como la de una muñeca bajo las ruedas de un coche. Había una mueca grotesca en la boca desdentada, por la que corría un hilo de sangre espesa.

—¡El colchón, gilipollas! —gritó Margaret Rose, en el paroxismo de su felicidad—. ¡Quita al jodido viejo de la cama!

Él no respondió. La cabeza le estallaría en cualquier momento, y el vómito, cálido por el whisky, surgiría desde lo más profundo de su vientre. Vio a la muchacha forcejear con el cuerpo del viejo, con los ojos fuera de las órbitas, mirándolo a él con rabia y alegría al mismo tiempo, y tuvo ganas de acabar también con ella, de aplastarle la cabeza rubia con la misma barra de hierro, para que dejara de reírse, y cerrarle definitivamente esos ojos enrojecidos. Pero el recuerdo de Carol, surgiendo de la oscuridad como un rayo, se interpuso, y detuvo la barra en lo alto, luego, lentamente, fue bajándola hasta que la dejó caer al suelo.

—¡El viejo! ¡Gilipollas impotente! ¡Quita al viejo de la jodida cama! —volvió a imprecarle Margaret Rose, fuera de sí. Y se abalanzó al pecho de su amante, dándole puñetazos. Los golpes y los gritos, tan cerca de su cara, lo hicieron reaccionar y, cogiendo por los pies el cuerpo del viejo, lo arrastró fuera de la cama. La cabeza resonó sobre el suelo de madera como un balón desinflado y de la boca escapó un coágulo de sangre renegrido. Margaret Rose se precipitó sobre el colchón y con uñas y dientes lo desgarró a lo largo. Acto seguido, lo despanzurraron sacando fuera la lana amarillenta y apestosa, apelotonada de soportar el peso del viejo durante años; pero no hallaron más que chinches y pulgas. Margaret Rose, furiosa, ocultaba el rostro entre las manos y sollozaba con un llanto histérico. El escritor, sentado en el suelo en un rincón, la miraba indiferente. Reconocía en ella su perdición, el comienzo de la definitiva caída al vacío, un vacío tan hondo y desmesurado, que ni siquiera el alcohol podría llenar. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente.

Con la llegada de la noche el calor cedió. Sentados en el porche, en silencio desde hacía varias horas, ni siquiera se miraban. Ella había puesto patas arriba toda la cabaña. Durante un momento de su desesperada búsqueda, sus ojos se habían iluminado ante el hallazgo de una caja

de madera oculta bajo la chatarra, pero dentro no había más que otras cajas vacías, que encajaban perfectamente unas en otras. No había dinero: el viejo se lo habría gastado en cervezas o lo tendría metido en un banco. Margaret Rose, sumida en un estado de brutal apatía, había perdido todo rastro de vivacidad: ni siquiera el sólido cuerpo del escritor, que hasta entonces le había hecho perder el sentido, la incitaba a continuar allí.

Tal vez no fuera realidad, acaso no había sido más que un sueño. Pero, de ser así, era esta la primera vez que ni siquiera el whisky hacía su efecto acostumbrado. Ya no era Carol quien asediaba desde la memoria, la vigilia y la cordura para fustigarlo: sino la imagen del viejo con la cabeza machacada y el coágulo de sangre negra brotándole de la boca. Nunca podría apartar esta imagen de su conciencia –sí es que la tenía–, ni acallaría los gritos histéricos de Margaret Rose dentro de su mente, ni aquel olor repugnante a orines y mugre que parecía haberse alojado para siempre en las fosas nasales. Ya no tendría un pasado que evocar, porque las figuras, que se agitaban con torpeza en su cerebro, pertenecerían siempre al presente, a un presente inmediato y constante, que incluso perduraría en sus pesadillas. Tampoco habría futuro para él, ni como escritor ni como hombre, ni siquiera como alcohólico; todo lo más, una silla eléctrica sería su porvenir. ¿Acaso podía intentar escapar a su destino? ¿Había podido evadirlo alguna vez? Nunca. Cuando conoció a Carol, sintió por primera vez en su vida que podía hacerle un corte de mangas al destino y gritarle: ¡He triunfado! ¡Esta vez he sido yo quien ha vencido!; pero la fatalidad siempre gana, y nos conduce a la resignación de aguantar sin queja los golpes que acaban precipitando a los hombres al vacío. Margaret Rose, minutos después de lo sucedido, hizo auto-stop al primer camión que pasó por la carretera y se marchó con lo puesto, decidida a convertirse en famosa actriz.

Antes de abandonar el maldito pueblo, sintió la irresistible tentación de volver a entrar en el cuarto del viejo. Si lo hallaba en la cama durmiendo plácidamente la mona, todo habría sido un sueño. Pero no fue así. En el suelo sucio, el cadáver desnudo comenzaba a cubrirse de moscas de un verde metálico, que se disputaban la sangre reseca. Una mano crispada en el aire y otra aferrando todavía un borde de la sábana no habían superado el rigor mortis. La náusea se ancló al pecho del escritor: ese asco antiguo que siempre lo había acompañado y del que solo había logrado desprenderse en dos ocasiones: cuando conoció a Carol y vivió dos semanas de intensa felicidad, y cuando fue un escritor exitoso con su primer libro, antes de que escribiera basura. Permaneció unos minutos de pie junto al cadáver, cubriéndose con un pañuelo la nariz y la boca para evitar el aire fétido. Cogió un galón de gasolina y lo roció todo. Desde la puerta arrojó una cerilla encendida.

Mientras contemplaba las llamas, aplastó un mosquito que se le había posado en un brazo: «Jodido bicho asqueroso». Anduvo unos pasos como a ciegas, y fijó la mirada en un lugar sin límites, un lugar impreciso en Silver Moon del cual nunca podría huir.

Huiría definitivamente de este pueblo, únicamente acompañado por su vieja y fiel Underwood. Después, el destino se ocuparía de conducirlo a alguna parte.

No estaba mal, no para ser la primera historia escrita después de tanto tiempo de aridez creativa. Había logrado, además, prescindir del alcohol. A un lado de la máquina de escribir, docenas de colillas se amontonaban en el cenicero o yacían aplastadas en el fondo fangoso de las tazas de café. No sabía qué hora era. Siempre le ocurría: perdía la noción del tiempo cuando pasaba la noche trabajando. Encendió el último cigarrillo y se reclinó en la silla, intentando relajar los músculos agarrotados de los hombros y la nuca. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los

ojos. En un par de semanas tendría el libro acabado, se lo llevaría a Frank y todo volvería a ser como antes: ganaría suculentos ingresos y se compraría un deportivo rojo fuego para fardar ante todo el mundo. El recuerdo de Carol se diluiría y no volvería a acosarlo nunca más... nunca más...

—¿Hay alguien en casa? —oyó a sus espaldas. Volvió la cabeza pensando que nadie podría estar buscándolo precisamente a él. Nadie, excepto Frank, conocía su paradero. De pie interfiriendo la luz que entraba a raudales por la puerta, se recortaba una silueta delgada. El sol se filtraba a través de la figura y teñía de lila un vestido acampanado, y sobre el cabello recogido de la chica, un círculo oscuro lleno de puntos de luz semejaba la aureola de los santos.

—¿Quién diablos es usted?

La muchacha avanzó tímidamente hasta situarse a escasos metros de él. Era joven y muy hermosa, vestía de azul pálido y llevaba una pamelita sujeta con una cinta también azul, cuyos extremos le caían graciosamente sobre el pecho.

—Perdone la intromisión —se disculpó—, vi la puerta abierta y me tomé la libertad de entrar. Soy Emma Roulotte... —y vaciló al ver que el hombre la miraba absorto y no le respondía—. ¿Es usted escritor, verdad?

—Sí —respondió él secamente, y escupió.

—¿Por casualidad, no necesitará un personaje femenino...?

El hombre se quedó mirándola con mayor curiosidad. Pensó que a veces la realidad era más fantástica que la propia ficción. Esta muchacha, vestida de aquel modo, resultaba casi una licencia poética, o un anacronismo, como un camello en el Polo Norte.

—Lo que necesitaría es un buen trago —respondió groseramente.

—Lo siento. Soy abstemia —dijo ella, cambiando la sonrisa por un gesto de disgusto.

Se produjo un silencio incómodo. El escritor la observaba como se mira a un montón de lechuga en un puesto del supermercado para elegir la más fresca. Emma bajó los ojos y prosiguió con un murmullo apenas audible:

—Me dijeron que aquí encontraría a un escritor haciendo un libro. La verdad... hubiera deseado una vida novelesca, pero nadie me da un papel relevante —hizo una pausa y corrigió—: Bueno, he trabajado en varios cuentos —un género menor—, y siempre en papeles secundarios: hice de alegoría, de monstruo en un mal cuento de ciencia ficción, de filóloga, de hada madrina...

—Te repito: lo que necesito es un buen trago, nena —la interrumpió. Y esbozando una sonrisa lasciva, agregó—: Aunque... pensándolo bien, tal vez podrías hacerme un favor...

La joven retrocedió unos pasos y alzó la voz:

—Sepa usted, caballero, que soy una mujer decente. Y no me vendo ni al mejor escritor, menos aún a un autor de *Dirty Realism*, borracho y fracasado como usted. Escritores sobran en el mundo, de los buenos y de los malos; de modo que no faltará uno decente y talentoso —y subrayó esta última palabra— que un día me descubra y me dé un papel importante. —Y diciendo esto avanzó unos pasos hacia el original, arrebató de un manotazo la página 57, donde figuraban las cajas de madera halladas en la cabaña del viejo, dio media vuelta y, antes de salir de la casa dando un portazo, agregó:

—¡Grosero!

«Tal vez haya perdido la oportunidad de mi vida», reflexionó el escritor. Saltó de la silla y fue corriendo hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó.

Pero la muchacha había desaparecido y únicamente se veía, al final de la carretera desolada, una nube de polvo ocultando una caravana que se perdía en la infinidad de Silver Moon.

De vuelta en su caravana, Emma observa la página 57, donde están las misteriosas cajas del viejo Morrison. A pesar de tratarse de un folio, le basta para descubrir el talento que de este dimana y sabe que, tarde o temprano, el escritor recuperará su fama, ganará muchísimo dinero y se comprará un deportivo rojo, si bien no abandonará la bebida; el público no repara en estos pequeños detalles de la vida privada, e incluso los perdona, o los juzgan inocentes extravagancias. Del folio saca una de las cajas, la abre y halla un exiguo manuscrito:

EL FALSO AUTOR

Unos golpes furiosos, seguidos por las voces del escritor, sonaron tras la puerta del cuartucho de pensión:

—¡Abre o echo la puerta abajo!

—Un momento, amo. Ya voy —respondió con voz de dormido.

Miró el reloj despertador: eran las ocho de la mañana. Se echó sobre los hombros la bata miserable y raída y fue a abrir. Gustav, fuera de sí, traía un pliego de papeles apretado en un puño y, esgrimiéndolo ante Alí-Bombú, le gritó a la par que lo apartaba de su camino de un golpe:

—¡Estoy harto de ti, maldito negro! Por tu culpa no llegaré a tiempo al concurso.

Alí-Bombú no pareció preocuparse mucho por la entrada espectacular de Gustav Flauré, acaso porque aún estaba adormecido. Se dirigió a la exigua cocina arrastrando los pies descalzos, y puso la cafetera al fuego.

—¿Quiere un café, amo? —preguntó, con voz apagada y sumisa.

Gustav no le respondió. Sentado ante la pequeña mesa de trabajo de Alí-Bombú, rebuscaba entre los papeles con verdadero frenesí.

—Estoy seguro de que no me has hecho una sola línea —gritó. Dio un puñetazo en la mesa y arrojó al suelo los papeles. Uno especialmente atrajo su atención y lo recogió. Había un titular destacado que rezaba:

EL REGRESO DE LOS DINOSAURIOS

Y más abajo el siguiente texto:

Cuando los dinosaurios despertaron, bostezaron de aburrimiento.

Indignado, Gustav le gritó a Alí-Bombú:

—¿Y esto es todo lo que has escrito en estos meses?

El negro no respondió.

Derrotado, Gustav se sentó, agachó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

—Cálmese, amito Gustav —le aconsejó cariñosamente el negro. Sirvió el café en dos tazones sin asa, y algo desportillados, pues nunca había tazas sanas en aquella casa, y le aseguró —: Mañana tendrá su cuento...

—Solo me queda una semana —protestó Gustav, usando ese tono característico de cuando estaba furioso y hacía un esfuerzo para no dar rienda suelta a su ira—. ¿Me oyes? Una semana, si-e-te-dí-as. Y eso, contando con que correos funcione, cosa que nunca ocurre. —.Y, acaso un poco menos nervioso, tomó su taza humeante.

—Llegará a tiempo. No se preocupe, amito —intentó calmarlo Alí-Bombú, mientras bebía a grandes sorbos su café caliente.

Gustav lo miró fijamente, con una mirada acerada, que era como una daga: —Dime, ¿acaso no te pago bien lo que escribes?

—Sí, amo Gustav.

—¿Y no te doy suficiente trabajo?

—Sí, amo Gustav.

—Entonces, ¿por qué siempre me haces lo mismo? Dejas las cosas para último momento, sabiendo que dentro de unos días, exactamente el veinticuatro, vence el plazo de entrega. Estoy harto, ¿sabes?, creo que me buscaré a otro.

Alí-Bombú fingió sentirse contrariado y culpable; bajó al suelo sus enormes ojos negros. Si bien la amenaza no era nueva, nunca sabía cómo podía reaccionar Gustav: era caprichoso, histérico, y encubría la debilidad de su físico enfermizo y su mezquina inteligencia con una petulancia sin límites y un snobismo que, en vano, intentaba emular a Oscar Wilde.

—Y recuerda, querido «negre» — continuó Gustav—, que eres de *mi* propiedad, y puedo hacer contigo lo que me venga en gana; tengo derecho a venderte a otro, o a destinarte a labores más duras de las que ahora te encomiendo: podría enviarte a trabajar de sol a sol en las faenas de nuestras propiedades en la campiña, o a limpiar los establos de mis *pura sangre*. Además, gente como tú, que se dedica a lo que tú, no falta; y sois fáciles de sustituir.

El negro bajó la cabeza, dejó la taza de café a medio tomar y, sin decir palabra, aparentemente derrotado, se encaminó hacia su mesa de trabajo, cogió una hoja de papel immaculado, se concentró unos instantes, mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir muy lentamente:

El muchacho desciende del coche de línea en medio de un páramo. Está solo...

Gustav suspiró aliviado, se arrellanó en la butaca desvencijada, y encendió un puro.

—Dime, Alí-Bombú, ¿cuánto hace que trabajas para mí? —Y sin aguardar respuesta prosiguió, a la par que sacudía las cenizas del puro sobre la alfombra deshilachada de yute—: ¿Tal vez tres años... cuatro?

Alí-Bombú interrumpió su trabajo y, frunciendo el entrecejo en un gesto de concentración, precisó:

—Cuatro años, tres meses y cinco días, amo.

—¿Y en todo este tiempo no has aprendido aún a hacer las cosas cómo y cuándo corresponden?

—Sí, amito Gustav —y volvió a mojar la pluma.

...con su maleta, a la orilla de un camino de tierra...

—¿Acaso prefieres volver a tu tierra?

Alí-Bombú no respondió, pero sus carnes se estremecieron. Gustav prosiguió:

—¿Acaso crees que serías más feliz en tu tierra, rodeado de animales salvajes, comiendo raíces y hojas de árboles, pasando frío en invierno y calor en verano, mojándote bajo la lluvia, rompiéndote el espinazo intentando cazar una miserable comadreja o una serpiente para engañar el estómago, o saltando de rama en rama como un mono, a la espera de una O.N.G. que se apiade de ti...?

—¡No, amo Gustav, no, por favor! —imploró el negro, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tal vez preferirías andar por las estepas, trotando como un salvaje bajo el sol calcinante, huyendo de los mosquitos que transmiten el paludismo, a estar aquí, en este cómodo departamento, rodeado de todo este lujo: tu cafetera, tu catre... tu bata...

—¡No siga, amo, por favor, se lo suplico!

Los lagrimones de Alí-Bombú cayeron sobre el folio donde formaban churretes de tinta. Con voz entrecortada explicó: —Yo soy muy feliz. El amo Gustav es bueno y me da tabaco y café a cambio de estas minucias que invento —y se limpió los mocos con el dorso de la mano.

Después de haberse regodeado con el sufrimiento ajeno, Gustav se quedó callado, mascullando en su cabeza futuros éxitos literarios. Con estos dulces pensamientos se fue relajando hasta quedarse dormido, con el cigarro consumiéndose entre los dedos.

Alí-Bombú, todavía temblando, escribía con tal ímpetu, que el papel se estremecía bajo el impacto de la pluma.

...El ronquido del motor se aleja a sus espaldas...

«Maldito blanco», pensó, y sacó su roja y larga lengua apuntándola hacia Gustav Flauré. «El día que se acabe la esclavitud conocerás mi venganza. Sí, la dura y cruel venganza de Alí-Bombú.» Dejó de escribir y aguardó unos instantes para comprobar que su amo no despertaba, se encaminó a la cocina y una vez allí, escupió dentro de la cafetera. Sabía que Gustav, cuando despertara, le pediría otra taza. Regresó a su mesa y siguió escribiendo:

...y el corazón se le encoge en un puño ante tanta desolación.

Alí-Bombú había nacido y vivido hasta los trece años en el África negra, cuando fue raptado, llevado al viejo continente, y vendido al padre de Gustav: un rico hacendado de provincias, afincado en Paris, voluble, ignorante y soberbio, que tuvo el exótico capricho de regalarle a su hijo un esclavo por Navidades; un modesto presente con la poca generosa intención de apartar a su descarriado hijo de toda responsabilidad mundana, para que se dedicase en cuerpo y alma a la escritura. Al principio, Gustav no se entusiasmó con el regalo, pues caviló que este reduciría el número de excusas ante su padre a la hora de rendir cuentas de su producción literaria, e intentó buscarle utilidad revistiéndolo con placas de bronce para hacer con él un curioso y original perchero con el que adornar el recibidor de su lujoso piso en la capital, y sorprender así a sus amistades parisinas. Luego, al ver que el negro se resistía a officiar de perchero y que era alérgico al bronce, lo destinó a los menesteres típicos de un esclavo: limpiar la casa, cocinar, planchar, remendar, etc. Pero una noche en que lo descubrió escribiendo, le arrebató el folio. Obviamente, estaba escrito en un dialecto tribal africano, pero Gustav lo obligó a que se lo tradujera y, deslumbrado por la originalidad y fantasía, supo que Alí-Bombú poseía grandes dotes para narrar historias y vio de inmediato su salvación. Durante doce horas diarias obligó a Alí-Bombú a aprender gramática y ortografía francesas. Alí-Bombú era inteligente y despierto y no tardó en dominar la lengua de Molière a la perfección. Cuando Gustav comprobó los progresos del muchacho, lo eximió de las tareas domesticas, alquiló una habitación barata y sucia en el barrio latino: una salita y una minúscula cocina-retrete, con una pila percutida, un infiernillo a keroseno y un inodoro, y en él recluyó al negro y lo puso a escribir novelas y cuentos día y noche. Novelas y cuentos que Gustav firmaría como propios. Fue así como el joven Flauré obtuvo sus primeros éxitos literarios y el beneplácito y los favores de su padre, quien, entusiasmado, comenzó a ver en su hijo el talento que a él le había negado la naturaleza, pues, aunque jamás lo había confesado a nadie, siempre había querido ser un artista de la pluma.

Durante la dura y agreste infancia en su tribu, Alí-Bombú había acumulado la experiencia suficiente como para dar el tono convincente necesario a una novela. Había padecido en carne propia la maldad sin límites del hombre blanco y el infortunio de los de su raza. Los sufrimientos hicieron de él un ser sensible y con grandes dotes artísticas. Su abuelo, Alí-Bembé, hombre sabio y bueno, durante las largas excursiones de caza, le contó miles de historias de sus antepasados. Gracias a su abuelo y a su propia inventiva e imaginación, había ganado la confianza de Gustav para desarrollar el modesto empleo de «negre», que le permitía gozar de ciertas comodidades y ahorrar (aunque muy penosamente, cuando este le daba alguna moneda en un gesto magnánimo) para comprar su libertad. Soñaba con el día en que las cadenas se rompieran, ese día saldría corriendo a comprar un billete de barco para regresar a su amada tierra y, con el orgullo propio de los de su tribu, enseñarles a sus familiares y amigos las ventajas de la educación europea.

Sumido en estos blancos pensamientos, la voz de Gustav resonó en el pequeño cuarto alquilado como una bomba:

—¡Alí-Bombú! ¡Negro maldito! ¿Qué haces que no estás escribiendo? —Y abalanzándose sobre el fino látigo de cuero, propinó al desobediente una buena azotaina.

Más calmado, con los nervios relajados como un manso arroyo, Gustav volvió a sentarse. Alí-Bombú, arrodillado junto a la mesa de trabajo, se incorporó penosamente, con gran esfuerzo pudo sentarse y seguir escribiendo:

A un par de kilómetros, unas débiles luces parecen luciérnagas aletargadas.

—Necesito una taza de café —dijo Gustav—. La siesta me dejó un poco adormilado y debo reanimarme.

—Sí, amo.

Y Alí-Bombú corrió a la cocina tan rápido como su dolor se lo permitía, a poner a calentar la cafetera. Las marcas de los latigazos en su espalda eran como lenguas de fuego, como finísimas serpientes escarlatas incrustadas en el ébano de su piel. Gustav las contemplaba triunfante desde el sillón, y las encontraba de una belleza sublime: el contraste del rojo encarnado sobre el negro le recordaba esas pinturas venecianas donde el sol enrojecido del atardecer desciende sobre un mar oscuro.

«Soy un artista», pensó. «Un verdadero artista.»

Alí-Bombú, haciendo una sumisa reverencia, le dio la taza y volvió a su mesa donde continuó:

...Hace frío.

Rogaba a todos los fetiches de la tribu y a sus antepasados, que su amo se fuera de allí y lo dejara trabajar en paz, con su imaginación vagando libremente como una gacela, con esa libertad que, por el contrario, a él le faltaba. Instintivamente, deslizó una mirada al número grabado a fuego en su antebrazo, y una lágrima furtiva asomó a sus enormes ojos oscuros; como el destello de un astro en la negrura de la noche africana.

Al cabo de unos minutos, cuando acabo el café, Gustav recogió su sombrero y se marchó dando un portazo; no sin antes haber echado a Alí-Bombú una mirada llena de odio y promesas de castigos.

En cuanto se vio solo, Alí-Bombú se tocó con la punta de los dedos el doloroso relieve de las cicatrices y se estremeció. Un odio ancestral se apoderó de su corazón, las aletas de la nariz se le hincharon como las enormes velas de un oscuro navío, la cara entera se le deformó en un rictus salvaje, y lanzó un grito poderoso de animal herido, que conmovió las cuatro paredes e hizo temblar las tazas de loza. Liberado de su furia visceral, se quedó laxo, con las manos reposando en las cuartillas moteadas de gotas de sudor y sangre, con la cabeza inclinada sobre el pecho, respirando con suavidad y ritmo de tam-tam. Su mano diestra comenzó a deslizarse sobre el papel con la velocidad del céfiro:

...Se sube el cuello del abrigo,...

Emma interrumpe la lectura: tiene una sensación de *déjà-lieu*. Tal vez está cansada, no obstante, continúa:

Fue entonces cuando a la mente de Alí-Bombú acudió un destello: la idea genial de una refinada venganza. Ni tendría que escupir en el café de su amo, ni que echarle lejía en las bebidas, tampoco se vería tentado a estrangular su blanco y delicado cuello de cisne con sus poderosas manos. No, una forma más sutil y menos grosera de justicia se gestaba en su cabeza.

Siguiendo un plan meticuloso, Alí-Bombú fue introduciendo acrósticos y caligramas a lo largo del texto, que pudiesen pasar desapercibidos a los lectores y críticos, pero no a los especialistas en lenguas africanas antiguas.

Escribió sin resuello y, al cabo de los días, su amo, el caprichoso Gustav, no podía creer el cambio operado en su remolón «negre», y dejó de controlarlo con la frecuencia habitual. Apenas le pegaba y, cuando lo hacía, no era para castigarlo, sino por puro placer o por inercia. También a Alí-Bombú habían dejado de dolerle los latigazos y, por el contrario, experimentaba un ligero placer malsano, porque el sabor de la venganza tenía un fondo tan dulce, que encubría el sufrimiento. Se sentía como un gamo correteando por la sabana, mordisqueando aquí y allá las frescas hierbas, y embistiendo dulcemente a sus congéneres en un juego inocente de cachorros. Dejó de dar esos gritos salvajes que destrozaban la vajilla, pero para evitar que Gustav Flauré sospechara de su felicidad, de vez en cuando rompía una taza dejándola caer al suelo. Eran muchas las horas empleadas en dejar divagar su imaginación por un futuro lleno de libertad y de sol, donde impartía enseñanzas a los niños de su pueblo bajo los Bao-Baos, y le hacía comprender las ventajas de la civilización, la tecnología, el arte y el pensamiento europeos. Se imaginaba rodeado de rizadas cabecitas, de vientres abultados, sostenidos por delgadas piernecitas. Sería como un profeta, un salvador que liberaría a su pueblo de la miseria y el hambre, proporcionándole los conocimientos necesarios para demostrarle al hombre blanco que ellos también eran humanos; y libres como los pájaros, tal como el gran Dios Pogo-Pogo los había creado del barro.

Emma interrumpe la lectura, fastidiada: cree ver cierto racismo en las páginas. Pero también se siente intrigada. Aunque no es experta en lenguas africanas, podría intentar descifrar los acrósticos y caligramas de los que habla el cuento. Entusiasmada, decide acabar la lectura:

Unos golpes suaves sonaron a la puerta. Eran las nueve de la mañana y Alí-Bombú estaba dormido. Los golpes se repitieron con más fuerza. Alí-Bombú se tapó la cabeza con la almohada mugrienta y siguió durmiendo hasta que otros golpes, capaces de echar la puerta abajo, lo obligaron a salir de la cama. Dando tumbos se acercó a la puerta, descorrió el cerrojo y abrió.

Era Gustav, borracho y acompañado por una joven de dudosa reputación e igualmente ebria como él. Estaba radiante, expansivo, con pinta de haber pasado la noche de juerga, a juzgar por la palidez de su cara y la profundidad de las ojeras. Traía una botella de champagne.

—¡Gané, Alí! ¡Primer premio y plaqueta de oro! —gritó mientras entraba—. ¡Soy maravilloso —exclamó, esgrimiendo en alto la botella. Se abalanzó y le dio un beso en la mejilla que resonó por todo el cuarto, después abrazó a la muchacha mientras le daba un par de palmadas en el trasero. Deambuló en zigzag, intentando en vano esquivar los escasos muebles y, con un ademán de despreñimiento, metió la mano en el bolsillo, extrajo su bolsa y, sacando de ella un rublo de oro, se lo arrojó a Alí Bombú.

—Toma, tu parte —le dijo con ademán ostentoso.

Alí-Bombú, incrédulo, se restregó los ojos. Nunca había tenido tanto dinero, nada menos que un rublo de oro. Cogió la moneda con ademán tímido y la depositó en una cajita de marfil con incrustaciones de dientes humanos, que era un recuerdo de su abuela, donde guardaba sus ahorros.

—Y ahora, a festejar —ordenó Gustav, mientras iba a buscar vasos a la cocina. Abrió la botella de champagne y vertió el espumoso líquido en el vaso de la chica y en el suyo, y en el de Alí-Bombú echó agua del grifo. Y mientras estrechaba a Henriette con una mano y con la otra alzaba su vaso, propuso:

—¡Bebamos, querido Alí! Esto merece festejarse a lo grande.

Alí-Bombú no tenía ganas de beber agua, ni tampoco champagne —de habérselo ofrecido su amo—; estaba demasiado cansado. En los últimos días había trabajado duramente en el cuento

ahora consagrado, y se sintió invadido por una profunda tristeza. A su memoria acudieron las estepas africanas y evocó su infancia llena de libertad, bajo el sol tórrido, mientras retozaba entre los animales y comía frutas silvestres de los árboles que le producían retortijones y diarreas. El sonido de los tam-tam y las danzas tribales con las que había sido acunado, resonaban melodiosamente en sus oídos. La brisa de la selva, las tormentas que duraban meses, el canto de los pájaros, y el rugido de los tigres y leones, otorgaban a esta música un fondo telúrico de profunda belleza. También apareció, como un tierno fantasma, Togo, su elefantito mascota, con el cual solía trotar por los campos como un cervatillo, hasta que llegó el hombre blanco con sus látigos y sus palos de fuego, e hicieron prisionera a toda su tribu, los hacinaron en grandes barcos y los llevaron al viejo continente donde fueron vendidos como esclavos. ¡Qué triste su destino! ¡Cómo hubiera deseado escapar de él, volver a las estepas y abandonar su miserable condición de «negre»! Sintió que se le hacía un nudo en la garganta, miró a Gustav, ya totalmente borracho, y a la joven, durmiendo la mona entre sus brazos, dejó caer sus grandes y negros ojos, y fue en ese instante cuando tuvo plena conciencia de su innmerecida existencia.

No tardaron en aparecer las críticas en los periódicos y revistas especializadas, poniendo por los cielos a Gustav; pero en cuanto los eruditos y filólogos expertos en lenguas africanas profundizaron en la obra, descubrieron la presencia de los acrósticos y caligramas ocultos en el texto.

El primer comentario apareció en la revista literaria «Lira aurífera», en un pequeño recuadro arrinconado. Un estudioso de la obra de Gustav *creía* estar sobre una pista que revelaría grandes acontecimientos. La mención era escueta, tanto que ni el propio Gustav Flauré la vio. Pero la nota no había pasado inadvertida a los ojos de Alí-Bombú, quien, después de leerla tres y cuatro veces, la recortó y pegó en un álbum de recortes recién estrenado.

La segunda noticia, menos escueta que la anterior, vio la luz en «Castálidas». En ella, se hacía referencia a: *presuntos acrósticos oscuros encerrados en el texto premiado del gran Gustav Flauré, camuflados como erratas*, y transcribía algunos de ellos; concretamente dos: «El verdadero autor yace en el anonimato», y «Allende los mares». Alí-Bombú, mientras recortaba y pegaba en su álbum el artículo, pensaba que el verdadero descubrimiento vendría luego: cuando los treinta y ocho acrósticos y caligramas restantes desvelaran el mensaje completo.

Gustav Flauré tampoco reparó en este segundo artículo: estaba demasiado ocupado dando conferencias en universidades, firmando ejemplares en los grandes almacenes, dando lecturas y charlas, asistiendo a cócteles literarios donde conquistaba jovencitas, y percibiendo nutridos derechos de autor con una mano mientras con la otra los dilapidaba en oscuros tugurios parisinos. Sí reparó, en cambio, en el tercero de los artículos. Este era demasiado extenso e importante como para pasar inadvertido. Lo firmaba una tal *Emma Roulotte*, joven de origen galo (aunque por sus venas corrían importantes caudales de sangre africana por parte de su bisabuela), catedrática de filología bantú en Princeton. La doctora Roulotte había descubierto otros veinte acrósticos y los quince caligramas. A pesar de no haber concluido la investigación, afirmaba que revelaban mensajes capaces de conmocionar al mundo literario. Cuando Gustav Flauré conoció el artículo, puso rumbo a la casa de Alí-Bombú donde irrumpió con el rostro desencajado:

—¡Traidor!

Echado sobre la cama y bebiendo un martini, Alí-Bombú permaneció impasible, mirando a su amo con indolencia, mientras los gritos de este llenaban el pequeño cuarto, salían por la puerta y rodaban escaleras abajo.

—¿Por qué me has hecho esto a mí? —exclamó Gustav, con los ojos bañados en lágrimas—. ¿Acaso hay algo que no te haya dado? —agregó tomando una mano del negro entre las suyas—.

¿No te proporcioné todas las ventajas de la civilización europea? —y besándosela e inundándola de amargas lágrimas, insistió—: ¿No he sido como un padre para ti? Incluso te he pagado generosamente... ¿Por qué ahora me haces esto? —y el llanto le impidió seguir hablando.

Pasaron muchos años desde esta terrible historia. De Gustav Flauré muy poco sabemos en la actualidad; hay quienes afirman que abandonó su vida libertina, se hizo misionero y predicó la palabra de Dios en las tierras más remotas, soportando con estoicismo los calores más rigurosos y llevando una pobreza ascética. En este punto, la versión se ramifica en otras dos no menos verosímiles. En una, se afirma que Gustav contrajo la malaria y murió en medio de una agonía extrema y prolongada; en la otra, que fue devorado por una tribu de caníbales del Brasil.

En lo que a Alí-Bombú concierne, la prensa se ocupó de él de manera exhaustiva durante los meses posteriores al escándalo, y recibió numerosas ofertas de prestigiosas editoriales, para ponerse al frente del departamento de plagios y «negres»; ofertas, que sistemáticamente rechazó. No obstante, tuvo un éxito muy sonado con una novela llamada *Esclavitud, divino tesoro*, escrita en swahili y traducida a varios idiomas. Luego cayó durante años en un injusto olvido. Dos décadas después, los medios resucitaron su caso asegurando que vivía en África, donde hacía realidad su sueño: pregonar entre las tribus las ideas revolucionaras del viejo continente; hasta que, acusado de introducir ideas extranjerizantes, fue hervido vivo, desollado y expuesto su cadáver en público para escarmiento. De él solo nos queda su novela, el cuento premiado, y algunos otros de dudosa autoría escritos en diversos dialectos bantúes o swahilis y todavía sin traducir. El álbum con los recortes de periódico que recogían su venganza fue subastado por Sothesby's y adquirido por el Museo de Rarezas de Nueva York, donde se expone actualmente junto a otros objetos que le pertenecieron, y entre los que figura una enigmática caja de madera cuya tapa tiene pintada una horrible mosca gigante.

Después de haber deambulado con su caravana a lo largo del libro, Emma, por fin, había hecho un alto en la campaña para reponerse del agotamiento. Admiraba el paisaje cuando vio venir por la carretera al cartero.

—¿Es usted Emma Roulotte? —le preguntó este, a la par que bajaba de la bicicleta y se disponía a liberar los cordeles que sujetaban un paquete de su exiguo portaequipajes.

—Sí. Soy yo.

Emma miró intrigada el envoltorio marrón, magullado en las esquinas, atado con numerosos cordeles, hecho a toda prisa y sin orden alguno, buscando el remitente, pero no dio con él. Puso su firma minúscula en el recibo, y dio las gracias.

En el lado superior figuraban correctamente sus señas, pero había una falta de ortografía en el nombre de la calle. En el reducido espacio de su caravana, Emma cortó las ataduras y lo desenvolvió. Al hacerlo, una tarjeta de cartulina cayó al suelo. Decía:

Es tu labor reunir las y que cada una llegue a las manos apropiadas.

Por un momento creyó tener en su poder la misma caja que, en Silver Moon, Carlos y ella le habían dado a aquella extraña niña rubia, quien a su vez se había comprometido a entregársela al escritor al que supuestamente iba dirigida. La agitó y sonó a hueco; sin embargo, no era liviana. En ese momento alzó los ojos hacia la ventana y vio a lo lejos un deportivo rojo que avanzaba por la carretera a gran velocidad, pasaba ante su caravana y desaparecía de su ángulo de visión. La respiración se le aceleró: este coche rojo no le caía bien, no auguraba nada bueno. Por precaución corrió todas las cortinas, dejó la caja sin abrir sobre la mesa y se sentó a observarla desde lejos, como quien vigila atentamente los movimientos de una serpiente que sonrío.

Lejos de allí, tal vez en el extremo opuesto del libro, una mano anónima sacaba de la gaveta del escritorio una vieja caja lacada, y de ella una pluma:

GAJES DEL OFICIO

Era una querida pluma heredada de su bisabuelo Gustav Flauré, también escritor, aunque de dudosa fama. Dispuso una enorme caja sobre la mesa y al abrirla descubrió con estupor, que apenas le quedaban palabras. Había consumido todo el vocabulario y en el fondo de la caja se esparcían holgadamente un puñado de artículos, tres o cuatro sustantivos, un complemento directo, y media docena de verbos, de los cuales, para colmo, alguno era irregular o tenía faltas de ortografía.

Miró el reloj: eran las nueve de la mañana y hacía un día espléndido de sol. Estaba a tiempo de resolver su problema.

No recordaba con exactitud la dirección. Cogió la guía de teléfonos de páginas amarillas y la abrió por el índice:

Pajarerías...

Palabrerías...

—Aquí —dijo, subrayando el nombre con la pluma—, Página 465.

Dio vuelta las hojas hasta localizarla:

PALABRERÍA «EL ALFABETO»

Todo para el escritor. Amplio surtido en palabras nacionales e importadas. Arcaísmos, barbarismos, galicismos, etc.

Apuntó en un papel la dirección y salió de su casa más aliviado. Durante el trayecto palpó el bolsillo interior de la chaqueta comprobando que llevaba la chequera. La tenía, pero al verificar el saldo de la cuenta, la tranquilidad con la que había emprendido camino se desvaneció. No creía que pudiera escribir más que un relato corto con ese dinero. Además, supuso que desde su última compra, las palabras habrían aumentado su precio en un ocho o un diez por ciento.

Una vez en el metro, pensó que se podía escribir una buena historia independientemente de su longitud. Evocó a sus autores preferidos y muchos tenían alguna obra maestra que no pasaba de las cinco páginas. Y recordó que él mismo, años atrás, había ganado un concurso con un relato de cuatro folios.

Salió a la superficie, caminó un par de calles y atravesó una plaza. La palabrería, una de las mayores y más surtidas de la ciudad, ocupaba un edificio de tres plantas. En el cristal de uno de sus amplios escaparates se leía con anchos caracteres: «EL PODER DE LAS PALABRAS». Y abajo, un poco más pequeño: «Todo desde la A, a la Z». Junto a la entrada, un cartel anunciaba la colección de neologismos de primavera.

Dentro se respiraba un aire agradable, cargado de significado: una mezcla de olor a tinta y a humedad, con un deje de celebridad, pues allí habían adquirido sus palabras encumbrados escritores.

Las paredes estaban literalmente cubiertas de muebles que llegaban al techo, llenos de cajoncitos estrictamente ordenados, y se accedía a los más altos con escaleras suspendidas del techo que se deslizaban por rieles. Un bullir de empleados iba y venía de una planta a otra, subía y bajaba escaleras con tal facilidad y rapidez, que hacía pensar en una colmena de abejas laboriosas. Cada vez que eran abiertos algunos de los cajones, escapaba de ellos un murmullo, un

vientito juguetón que se esparcía por toda la palabrería como un cálido y travieso céfiro.

Imbuido de esta atmósfera, sintió que su cuerpo se aligeraba, como si la inspiración en persona lo transportara en brazos. El lugar era un santuario donde arredraba caminar o moverse, pues un solo gesto podía profanar su paz y grandeza.

Se acercó a uno de los mostradores donde se acumulaban montones de muestrarios. Vio una palabra caída en el suelo. La recogió con un poco de aprensión, la dejó sobre el mostrador y se frotó instintivamente un dedo contra otro. Era la palabra «plagio».

—Estaba en el suelo —explicó al vendedor con una sonrisa.

—Gracias, se pierden muchas, no se preocupe —le respondió este con amabilidad, a la par que continuaba atendiendo a una mujer rubia que hablaba muy alto.

Mientras aguardaba su turno, se puso a curiosear en los muestrarios, pero en realidad, observaba a la mujer rubia de soslayo. Tendría unos sesenta años y su aspecto era desenfadado. Evidentemente recién salida del sillón del peluquero, lucía una melena rubia rizada, impecable. Su voz era chillona y autoritaria:

—Me va a dar unos cinco o seis «apasionado», tres «caderas», un «insinuante», un «ferozmente» y un «orgasmo» —dijo la respetable señora, mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz respingona y consultaba su lista.

—¿Algo más? —preguntó el dependiente.

—Sí, «labios» y «muslos».

Le envolvieron cuidadosamente las palabras, la mujer pagó y se dirigió hacia la salida.

El bisnieto de Gustav Floré se acercó tímidamente al dependiente y, sin poder contener la curiosidad, le preguntó por lo bajo:

—Perdone. Si no es indiscreción, ¿quién es la señora que acaba de salir?

—¿Se refiere a la señora rubia?

—Sí.

—Es Esmeralda Villaldini... —le respondió usando un tono confidencial—. Una gran escritora de novelas eróticas. ¿Leyó algo de ella?

—No. No he leído nada —y se ruborizó, porque estaba mintiendo.

—¿Deseaba? —preguntó el dependiente recuperando el tono profesional.

—Bueno... estoy buscando palabras para una historia que me falta para completar un volumen —y carraspeó cuando dijo lo del volumen, convencido de que esto le daba cierta importancia, y deseoso de que el dependiente lo reconociera. Pero no fue así. El vendedor siguió con su trabajo de manera natural. No obstante, él se puso tres cuartos de perfil, que era como aparecía en las fotos de contraportada. Pero el esfuerzo fue infructuoso.

—¿Tiene argumento? —le lanzó a bocajarro el dependiente.

Sorprendido, se quedó pensando. La cruda realidad era que no tenía ni palabras ni argumento. Se armó de valor y confesó que no. Suspiró, aliviado al ver que el muchacho no se inmutaba ante la confesión.

—¿Cómo lo quiere?

Nuevamente se descolocó ante la pregunta. Balbuceó: —Bueno... común y corriente... —y agregó, ahora con seguridad—: Supongo que los geniales serán muy caros.

—Tenemos de todos los precios. ¿Tiene ya unidad de tiempo, de acción y de lugar? ¿O lo prefiere más moderno?

Se sintió herido, le habían dado donde más le dolía con eso de la *modernidad*; pero muy suelto respondió que no, que lo quería clásico, con las tres unidades.

—A ver... a ver... —murmuraba el dependiente mientras rebuscaba en las estanterías—. Aquí

tenemos una estructura narrativa que le vendrá muy bien. Además, está en oferta porque le falta el final. Pero no se preocupe, muchos cuentos no lo tienen. Claro que si lo prefiere puede llevarse un final suelto. —Y puso la estructura sobre el mostrador para que el autor pudiera observarla a gusto, mientras le explicaba—: Aquí tiene un espacio para la presentación de la acción. Calculo que será para unas diez o quince oraciones. Más abajo viene el desarrollo propiamente dicho, y en este sector cabría perfectamente un desenlace de unas cinco o seis líneas —y el dependiente se quedó aguardando una respuesta.

Observaba concienzudamente la estructura narrativa, pero no acababa de convencerse. El precio era una ganga, y lo del final ya vería cómo resolverlo. Acaso se le ocurriera uno, si bien era un tanto arriesgado ponerse a hacer un cuento sin saber de antemano cómo acabarlo. El dependiente puso en práctica sus artes disuasorias:

—Ya sabe que un cuento es una unidad autónoma, y como tal, requiere una estructura sólida y cerrada, con un suceso central alrededor del cual giren los personajes y las acciones. La escritura debe someterse a esta premisa y no admite ningún tipo de digresión —soltó todo este discurso de una manera mecánica, aprendida de memoria; mientras el autor lo miraba boquiabierto. Cuando reaccionó de toda aquella verborrea, se sintió más seguro de sí mismo, tanto, que se atrevió a subrayar:

—Sí, Señor; y ojalá esas premisas las supieran todos los autores. —Sonrió, esperando su aprobación, y al ver que el dependiente no se daba por aludido, se decidió—: De acuerdo. Me la llevo.

—¿Va a llevar también argumento y tema?

—Desde luego —dijo con fingida soltura.

—¿Tiene formada alguna idea previa?

—Había pensado en un relato sencillito...

—Sí, pero, ¿de qué corte? ¿Trágico, de humor, melancólico, erótico...?

—Había pensado en algo con un poquito de profundidad, por aquello de los múltiples niveles de lectura... —y volvió a asomar su timidez e inseguridad.

—Tengo lo que está buscando. Algo que le gustará mucho, además no le va a salir muy caro. Un momento por favor —y desapareció en la trastienda. Al cabo de unos instantes volvió con un argumento.

—¿Qué le parece? ¿Eh?

—Estupendo... ¿de qué trata?

—Bueno. Es la historia de una mujer que no encuentra...

—Pero, ¿tiene contenido? —lo interrumpió, bastante preocupado.

En ese momento se acercó un señor mayor, algo bizco, vestido con un traje raído, ostentando lamparones de comida y de tinta. Se dirigió al empleado en voz muy baja y respetuosa:

—Perdone, ¿tendrían ustedes una rima para *omóplato*?

—Dudo mucho que nos quede alguna. Tal vez si sube a la planta de neologismos consiga algo, aunque solo sea parecido, como «plato»...

—¡Oh!, no —se ensombreció el hombrecillo—, tiene que ser consonante, al más puro estilo de los clásicos: Góngora, Lope, Quevedo, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz...

—¿Y si intentara hacer un hipérbaton, de manera que *omóplato* no le quedara al final del verso? Tenemos también hipérbaton.

—Imposible. Nunca podría hacer una cosa así en mi poema épico-cosmogónico, donde narro la creación del hombre y describo la anatomía, los preciosos sistemas que componen al cuerpo humano. En esta estrofa, donde tengo que poner el *omóplato*, explico con detalles de orfebrería el

sistema óseo y, como usted bien comprenderá, no puedo dejar de mencionarlo... —Y se calló de pronto. Se quedó pensativo un largo rato y arremetió—: Aunque debo reconocer que no todo el mundo conoce la importancia de este hueso...

Fue interrumpido bruscamente por el dependiente:

—Yo le aconsejaría que comprara un sinónimo de omóplato, como escapula, y luego una palabra que rimara con este, como espátula, o mácula... O bien que usara omoplato, sin acento, que también vale.

—¡Eso nunca! —gritó, furioso. Su cuerpo pareció transformarse adquiriendo un tamaño colosal y hasta su estrabismo simuló atenuarse ante su propia voz, ahora poderosa y sonora—. Desvirtuaría la esencia del poema y perdería el ritmo. Un poema épico-cosmogónico no es una friolera, y no se puede sustituir una rima como si se tratase de garbanzos por lentejas, ni poner un hipébaton porque sí, como quien echa pimienta a las patatas guisadas. Le estoy hablando de una labor sublime y trascendental en la que llevo sumergido treinta y seis años... — Se detuvo, tomó aliento para continuar—: Sepa, jovencito, que un poeta no se hace en un día ni se deshace en otro. Ser poeta requiere toda una vida de angustia y sacrificio. Renunciar a la vida para interpretarla desde fuera, desde un estadio superior, desde la lírica, ese único legado valioso que nos dejaron los degenerados de los griegos. ¡Castálidas y Numen se avergonzarían ante sus frívolas palabras! —Dicho esto, dio un bastonazo al mostrador, se dio media vuelta, y se marchó furioso por las escaleras rumbo a la planta de neologismos.

El dependiente no se dejó aturdir por el poeta épico-cosmogónico.

—Perdone. ¿Dónde estábamos?

—Le preguntaba si cree que tendrá suficiente contenido —articuló el bisnieto de Gustav Floré, a pesar de no haberse recuperado del todo de la arenga.

—Por supuesto, el suficiente como para que no lo entiendan y pueda usted pasar por un escritor de culto.

—Siendo así, me lo llevo. ¿Títulos tiene?

—Los que quiera.

El autor no sabía qué título pedir. Hacía años que deseaba usar uno ampuloso y bello como *El jardín de senderos que se bifurcan*. Un título cuyo tono poético tuviera el poder de sugerir el corazón mismo del cuento; pero no sabía si podría explicarlo al dependiente con suficiente claridad; de modo que compró el primero que vio encima de la mesa: *Emma Roulotte, es usted*, que, aunque prometedor, no le satisfacía, pero no se atrevió a pedir otro y, probablemente, nadie lo hubiera usado antes.

—¿Qué más desea?

—Un vocabulario surtido, como para rellenar la estructura.

—Sustantivos, ¿cuántos?

—Unos cuatro mil quinientos.

—¿Adjetivos?

—Alrededor de tres mil. Me gusta adjetivar —agregó muy orgulloso el comprador—. Y también me va a dar unos cuantos verbos. Los quiero todos en pasado perfecto e imperfecto...

—Lo siento. Solamente los tenemos en infinitivo, pero puede comprar aparte una conjugación y pasarlos al tiempo que desee. Le sale más barato que si los compra sueltos.

Desde el mostrador anexo llegaban las quejas de un hombre de unos cuarenta años cuyo aspecto delataba cierta inclinación por el alcohol:

—¡No es posible! —gritaba, indignado—. ¡Esta es la tercera vez que me venden faltas de ortografía! Ya en mi último Best-Seller —y arrojó impunemente una mirada en derredor— los

críticos me maltrataron por esto. Dijeron que yo debía de ser disléxico... o disgráfico... ya no lo recuerdo. Y al fin y al cabo, soy uno de sus mejores clientes. El año pasado, sin ir más lejos, les compré cinco argumentos carísimos...

Tambaleándose, preso de la ira, dejó el local dando un portazo y ya en la calle se montó en un deportivo rojo fuego, pisó el acelerador y desapareció.

—Escribir es una de las profesiones más caras —comentó solemnemente el comprador. El dependiente se limitó a sonreír con diplomacia, mientras continuaba despachándolo.

—¿Tendría alguna cita famosa? Me gustaría poner una al principio del cuento. Siempre queda muy bien, y da la impresión de que uno ha leído mucho.

—Sí, señor. Tenemos citas famosas y también apócrifas, es decir de autor falso.

—No. Apócrifas no. Suelen acarrear problemas de royalties o penosas desavenencias entre autores. Ya sabe: si resulta muy ingeniosa no faltará quien quiera apropiarse de ella. Prefiero que sea de un autor conocido, de un filósofo en lo posible.

—Vamos a ver... aquí tenemos *La historia es el progreso de la conciencia de la libertad*, de Hegel. *El corazón tiene razones que la razón no entiende*, de Pascal. *La soledad es el imperio de la conciencia*, de Bécquer. Y algunas otras que tenemos a muy buen precio.

—Si tuviera alguna en latín, creo que sería un hallazgo...

—Tenemos muchas, traducidas y sin traducir.

—Sin traducir, para que el lector se sienta un poquito inferior —y se ruborizó, avergonzado por su maldad.

—¿Qué le parece esta?: *Proximi sunt germanis qui trans Rhenum incolunt*.

—Perfecta, perfecta. También me va a dar uno cuantos miles de artículos definidos e indefinidos, masculinos y femeninos. ¿Son baratos, verdad?

—Los artículos no los cobramos, van incluidos en el precio de los sustantivos. También puede llevarse algunos «mente» para hacer adverbios. Vienen gratis con los verbos.

—Muchas gracias. Quisiera llevar también un par de personajes: una mujer y un hombre.

—Tengo una protagonista deliciosa, y encaja perfectamente en el argumento, el único inconveniente es que es francesa.

—Bueno, no me importa demasiado, estuve unos años en París y no me sería difícil ubicar la acción allí.

—Entonces, ¿se lo envuelvo todo?

—Sí, y me pone otra mujer, más o menos de la misma edad. Y dos o tres personajes secundarios, para apoyar la acción.

—¿Desea llevarse también una cajita de Cuentovak, 10?

—¿Qué es eso?

—Un reforzador de la inspiración...

—Gracias, pero no lo necesito —lo cortó en seco.

El autor pagó religiosamente. Su cuenta corriente quedó en blanco, pero dejó la palabrería conforme con su compra. Regresaba a su casa, entusiasmado, con la magnífica historia que escribiría, soñando con su nombre en grandes titulares, y su obra como la novedad más vendida: «Dos millones y medio de ejemplares». «Nunca antes una obra literaria había sobrepasado los límites de la genialidad»; diría *The Letters Herald*. «No todo estaba hecho en el mundo de la creación»: *Figaro Littéraire*. «Nadie, después de los maestros del realismo, había logrado deslumbrar las conciencias de la clase obrera»: *Dominikaya Pravda*...

El bisnieto de Gustav Floré iba tan abstraído en su futuro éxito, que no reparó en las escaleras de acceso al portal de su casa, tropezó y cayó de bruces. La caja con las palabras rodó

por el suelo y quedó haciendo equilibrio en el bordillo, en el momento en que un deportivo rojo fuego pasó a gran velocidad y le dio tal golpe que lo arrojó a unos veinte metros.

Tardó en sobreponerse y entender lo que había sucedido, pero cuando descubrió el paquete aplastado y roto en las esquinas, por donde asomaban algunas palabras, su atontamiento se convirtió en espantosa amargura. Como quien coge en brazos a un frágil recién nacido, alzó el paquete del suelo y subió con él a su casa. Ni siquiera tuvo valor para abrirlo: lo dejó en un rincón y se sentó a su mesa, sollozando con la cabeza entre las manos. Al cabo de un rato, cuando se hubo desahogado, su tristeza se convirtió en indignación. Fue entonces cuando cogió al azar un volumen de su librería, lo abrió por una página cualquiera, lo puso junto a la máquina de escribir —porque para lo que iba a hacer no quería usar la pluma de su bisabuelo—, y con indiferencia y sin el menor remordimiento, plagió:

HISTORIA PLAGIADA

A Vladimir Propp y Karl von Linneo

Que narra de cómo Cunegunda fue víctima de la peste y de cuáles fueron sus estratagemas para... etc., etc., etc.

Transcurría el siglo XII cuando la peste asolaba el reino —hasta ese entonces saludable y próspero—, de aquel desdichado monarca famoso por su tacañería. Los agonizantes yacían en las calles junto a los cadáveres que no daban tiempo a ser sepultados, y se pudrían bajo el sol y la lluvia. El soberano y su hermosa hija, la princesa Cunegunda, vivían reclusos tras los gruesos muros de palacio, a puertas cerradas a cal y canto, con la esperanza de que la horrible peste no penetrara en sus aposentos. Desgraciadamente, en el siglo XII ignoraban el tamaño microscópico de los virus, por lo tanto, la peste entró en palacio a espaldas de todo protocolo, y se apoderó de la hermosa Cunegunda, cuya belleza cantaban trovadores y juglares de todos los reinos y de allende los mares.

Por fortuna, quiso el destino que la peste no penetrara en palacio y la princesa, tras padecimientos y torturas indescriptibles (por razones de buen gusto), se recuperó de la peste por completo. Mas no todo lo que reluce es oro: el rostro de la princesa quedó marcado con los estigmas de la terrible enfermedad, cubierto de repulsivas y profundas cicatrices. Desde entonces se mantuvo recluida en sus habitaciones, y únicamente salía a pasear por los jardines de palacio, siempre oculta tras un velo de muselina espeso, impenetrable. A quienes estaban al tanto del desagradable suceso, el monarca mandó que le cortasen la lengua, para impedirles que pudieran propagar el ultraje acontecido a la hermosa doncella. Y si alguien tenía la desgracia de ver, aunque fuera de lejos, el rostro de Cunegunda, de inmediato era condenado a morir decapitado.

Sumida en la desesperación, la princesa Cunegunda imploraba inútilmente a su padre un puñado de monedas de oro para acudir a la curandera a someterse a una intervención de cirugía plástica, pero su padre no cedía a los ruegos de su hija, alegando que las arcas estaban vacías a causa de los enormes gastos que había tenido el reino en los últimos años.

Caballeros, príncipes y nobles casaderos de todos los reinos, ignorantes de lo ocurrido a la princesa, no cesaban de disputarse el honor de acceder a su mano, y se embarcaban en las hazañas más grandiosas para lograrlo. Muchos morían por ella en las gestas y torneos, otros tantos se suicidaban por amor, o enloquecían hasta morir.

Una tarde, comenzó a correr la voz entre la plebe de que un dragón asolaba el reino atacando a las doncellas, y que cuando estas se aventuraban en los bosques en busca de moras u otras frutas salvajes, jamás regresaban. El rey, decidido a perpetuar el mito de la belleza de su hija, urdió un macabro plan aun a costa de la vida de su propia hija, y de este modo la llamó a su lado y le dijo:

—Hija mía, tu padre, en el ocaso de sus años, únicamente desea tu bien y felicidad. Tu bondad y belleza contribuyeron a cerrar la vieja herida que se abrió en mi pecho cuando tu hermana Ágata desapareció misteriosamente siendo una niña. Ha llegado el momento de que un príncipe te despose, colmándote de bendiciones y de hijos sanos, fuertes y hermosos. Ve esta noche al bosque, sigue el sendero que marcan las moras, y verás, al final del camino, a un apuesto joven, montado en brioso corcel, que estará aguardándote. Una infamia tejida en torno a él por sus

enemigos le impide venir a Palacio, y lo obliga a ocultarse de las miradas de cualquiera. Ve, pues, que la felicidad te aguarda. —Y agregó, dándole un pequeño estuche de raso—: Lleva siempre en tu mano este anillo cuya piedra de jaspé identifica nuestra real estirpe.

Pero Cunegunda, que no tenía un pelo de tonta, enterada por los telediarios de lo del dragón, urdió su propio plan en comandita con su aya, una anciana jubilada de alcahueta, y esa misma tarde salió de palacio a la vista de toda la servidumbre, y regresó en secreto; ya entrada la incierta hora del lubricán, ese instante en suspenso en el tiempo, que es cuando los perros se convierten en lobo para ocultarse en la abandonada torre del ala Sur, donde nadie sospecharía de su presencia.

Al día siguiente, el rey, fingiendo desolación, tirándose de las barbas, llamó a gritos a los criados y a su guardia, y les comunicó la desaparición de su amada hija Cunegunda. Nadie dudó que esta hubiera corrido la misma suerte que las demás doncellas desaparecidas, y se persignaron dirigiendo sus miradas al cielo, convencidos de que la princesa ya estaría en el estómago del dragón, atacada por sus poderosos jugos gástricos. Después mandó que se hicieran copias del retrato de su hija y las distribuyó entre las familias más nobles del reino y de allende los mares, con un el lema: «Esta es Cunegunda, cuya belleza jamás será superada por mujer alguna»; y de esta manera la convirtió en un mito.

Pero al cabo de unos días, arrepentido el monarca de su terrible maldad, víctima del remordimiento, temeroso del castigo divino, y aquejado de un auténtico sufrimiento de alma, dobló su proverbial avaricia prometiendo diez mil monedas de oro a quien capturara o diera muerte a la fiera.

Mientras tanto, oculta en la torre y atendida por su aya, la princesa, que estaba al tanto de todo lo que acontecía en palacio, llevaba a la práctica su maquiavélico plan. En primer lugar, contrató los servicios de un nigromante famoso, discípulo de Merlín, para que la instruyera en las artes de la magia y los secretos de los alquimistas, y le enseñase a elaborar toda suerte de filtros mágicos, encantamientos y sortilegios. Al cabo de unas semanas de arduo aprendizaje, e inspirándose en una antigua leyenda de familia, preparó unas deliciosas manzanas envenenadas, que hizo llegar a su padre discretamente después de sobornar el paladar de los catadores de palacio con sus propias joyas.

En medio de enormes padecimientos, y ante la sorpresa e incredulidad de físicos y galenos, que no atinaron a encontrarle mal alguno, el rey estiró la pata y dejó el reino acéfalo. Fue entonces cuando, al cabo de unos días, reapareció misteriosamente a las puertas de palacio Cunegunda, con las vestiduras hechas jirones y el rostro desencajado, diciendo que había sido secuestrada por unos terribles bandidos, y semanas después la había rescatado de las garras de los villanos un apuesto caballero cuyo nombre no supo porque prefería mantener su noble acción en el anonimato.

Cunegunda, ahora reina y con plenos poderes sobre las arcas reales, mandó llamar a los mejores médicos y cirujanos plásticos de Oriente. Tras someterse a dolorosas intervenciones, al cabo de unos meses, cuando estos se disponían a quitarle los últimos vendajes, apareció en medio de llamas, truenos y centellas un hada malvada, vestida de negro y púrpura, tocada con bicornio de oro, y le dijo:

«Por una manzana, tu alma perdida.
Por una manzana, tu rostro hermosea.
Mas toda belleza se trueca en mentira:
Pasadas las doce, todo es como era.»

Y al decir esto, tocó con su varita mágica a Cunegunda, y de inmediato se esfumó envuelta en

destellos de sulfuro, mientras resonaba en las bóvedas de palacio su carcajada maligna.

Desde entonces, cada medianoche, cuando las campanas doblan pertinaces, la hermosa princesa, espantada de horror, observa cómo su rostro vuelve a cubrirse de cicatrices, hasta la mañana siguiente al rayar el alba, cuando recupera su artificial hermosura. Esta circunstancia adversa es mantenida en riguroso secreto.

Entretanto, llegó al reino un príncipe procedente de lejanas y misteriosas tierras, y al pasar bajo la ventana de los aposentos de la princesa y verla allí asomada, quedóse prendado de su belleza y juventud. Su corazón latió con tal ímpetu que se prometió acabar con el dragón para verse recompensado con las mil monedas de oro y la mano de Cunegunda, pues esta mantenía en pie la recompensa prometida por su difunto padre, a la que había agregado su propia mano.

Los dragones son seres mitológicos creados por la imaginación calenturienta del vulgo y otras clases bajas, pero el apuesto príncipe lo ignoraba, circunstancia esta que Cunegunda aprovechó, y valiéndose de las artes aprendidas de sus maestros nigromantes y alquimistas, tomó la forma de un dragón de escaso tamaño, y se internó cada día en el bosque donde se dedicó a devorar doncellas incautas y temerarias que osaban aventurarse en él.

Así una mañana, cuando Cunegunda se dirigía subrepticamente al bosque dispuesta a convertirse en dragón, se topó con una viejecita vestida con harapos, sentada en una piedra a la orilla del camino, que llevaba una cabra atada al cuello con un cordel, y al pasar a su lado, la anciana le preguntó:

—¿Seríais tan amable, hermosa doncella, de decirme la hora? Porque ha mucho tiempo que llevo aquí sentada esperando a una amiga que prometió ayudarme a coger moras, y como aún no ha llegado, temo por su vida, pues habréis de saber que un horrible dragón frecuenta el bosque y devora doncellas.

—Son las cinco en punto —dijo Cunegunda, consultando su reloj de arena Patek Philipe—. Pero no debéis preocuparos tanto por vuestra amiga, seguramente se habrá entretenido y no tardará en llegar.

—Ignoráis, núbil dama, que mi amiga es tan joven y hermosa como vos, y podría ser víctima de los libidinosos instintos del dragón.

—Los dragones no existen, señora mía, son seres imaginarios.

—Sin ánimo de ofenderos ni de contradeciros, os puedo asegurar que existen. Con mis propios ojos los he visto cuando era una jovencita como vos, y mi cuerpo era firme y rosado como las manzanas. Los dragones son fruto de encantamientos. Si lo deseáis, puedo referiros una historia que me ocurrió por entonces.

—Escucho y obedezco —dijo Cunegunda, sentándose junto a la anciana y a la cabra.

HISTORIA DE LA ANCIANA

«He llegado a saber, ¡oh joven afortunada!, que en tiempos del Califa Abl-El-Abher (¡Que Alah lo tenga en Su misericordia y extienda a él Sus bendiciones!), hubo en Damasco un Visir poderoso cuya fortuna ocultaba celosamente en un lugar del desierto, fuertemente custodiado por cien mil caballeros armados con alfanjes y cimitarras, y vestidos de tal guisa que sus armaduras se confundían con las arenas al punto de que nadie podía verlos. Es bien sabido que este Visir tenía una esposa cuya belleza daba envidia a la propia luna, y hacía que los mercaderes del zoco, al verla pasar exclamaran:

»Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:
Su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía.
Era *llena de gracia*, como el Avemaría;
¡Quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

»Y he aquí que una mañana en la cual el Visir había salido a atender sus negocios, a medio camino del zoco se sintió aquejado por un fuerte dolor de estómago y decidió regresar a su casa junto a su esposa, pues era sabido que esta poseía enormes dotes para la medicina y, especialmente, en las artes de preparar remedios, filtros, tisanas y bebedizos. Al entrar el Visir en la alcoba de su esposa hallóla en brazos de un enorme y apuesto eunuco (¡Que Alah conserve sus descomunales atributos!), disfrutando y diciendo: —Agradezco a Alah que el repugnante de mi marido no regresará hasta bien entrada la noche, pues no tolero su presencia, y cuando me acaricia con su barba es como si rascara mi cara con un estropajo de cáñamo.

»Entonces, el Visir, fuera de sí por la cólera y herido en el honor, no vaciló en decapitar de un solo golpe de alfanje a su esposa infiel y al asqueroso eunuco, y sus cabezas rodaron al mismo tiempo sobre la alfombra de Cachemira. Acto seguido, amparado por la oscuridad de la noche, arrastró los cuerpos fuera de la casa y los sepultó en su propio jardín. Luego metió las cabezas en sendos odres y los selló con cera, dejándolos en el sótano junto a otros que contenían aceite y olivas.

»Pero Alah, que es Todopoderoso y todo Lo ve, quiso que no quedara sin castigo el crimen, y dispuso las cosas de tal manera que el infeliz Visir pronto se vio acuciado por las deudas y perdió toda su fortuna, sus esclavos y la fidelidad de sus guerreros, quienes saquearon el tesoro y se lo repartieron con el famoso Ali-elb-aboso, renombrado no solo por su temeridad como ladrón sino también por tener la libido constantemente a flor de piel...»

—¿Habrás oído hablar de él, verdad? —la interpeló la anciana.

—Solo de pasada —respondió Cunegunda.

Bueno, pero esta ya es otra historia. Retomo:

«El Visir, entristecido y sumido en la miseria, decidió vender las escasas pertenencias que le quedaban, y salir a correr mundo en busca de nuevas oportunidades, sin llevar dinero alguno mas que su visa oro, lo único que había salvado de su inmensa fortuna. Así, su casa, su hacienda y sus ricos vestidos fueron comprados por un mercader de Damasco llamado Salib-el-Kalim, hombre famoso por su crueldad y por su magnífica flota de camellos dedicados al contrabando de hasshid

y marihuana...»

—¿Y dónde podría localizar a este Salib-el-Kalim? —interrumpió a la vieja Cunegunda, cuyos ojos chispeaban de vicio.

—En ningún sitio, boba. ¿No ves que este es un cuento de ficción? —y prosiguió:

«He aquí que el Visir abandonó la ciudad esa misma noche y caminó por el desierto sin rumbo fijo, mientras lloraba quejándose de su destino, cuando en un confortable oasis se encontró con un mendigo que le pidió algo para comer, y arrepentido de su crimen y deseoso de expiarlo, el Visir sacó de su bolsa un trozo de queso de cabra y se lo ofreció al mendigo. Pero en el momento en que este vio el queso, se puso a llorar y a golpearse el pecho, se rasgó las vestiduras y se echó puñados de arena a los ojos.

»—No te comprendo, buen hombre. Te doy la comida que me pides humildemente, y a la cual he renunciado, y tú, en lugar de agradecerme, te pones a llorar como un enajenado. ¿Acaso te da asco el queso de cabra? —le preguntó, sorprendido, el Visir.

»—No es eso —respondió el mendigo—. Si conocieras mi historia, comprenderías mi dolor y mis lágrimas.

»—Muy curiosa debe ser esa historia, pues es la primera vez que veo a alguien llorar por un trozo de queso.

»—Si lo deseas, mi señor, te la referiré, y de este modo compartirás mi dolor y conocerás la sabiduría y justicia de Alah.

HISTORIA DEL MENDIGO Y EL QUESO

«Te resultará difícil creer, pero debes saber (y si miento que Alah me arranque los ojos y la lengua y los arroje a los perros) que este desgraciado que tienes ante tus ojos, vestido tan miserablemente y mendigando un trozo de pan, fue no hace mucho un próspero mercader de Basora. También tenía una esposa de cuya belleza dijeron los poetas:

»Tus ojos son oscuros como el olvido,
tus labios apretados como el rencor,
tus manos dos palomas que sienten frío,
tus venas tienen sangre de bandoneón.
Tus tangos son criaturas abandonadas
que cruzan sobre el barro del callejón.

»Y una tarde, cuando me hallaba en casa disfrutando de la dulce compañía de mi mujer (¡que Alah la libre del mal de ojo!), llamaron a la puerta. Abrí y vi a una vieja que, tras darme la bendición, me dijo:

»—Si quieres que tus riquezas se vean duplicadas en poco tiempo, sígueme.

»Me despedí de mi esposa y salí detrás de aquella anciana. Anduvimos por toda la ciudad durante muchas horas, y ya comenzaba a creer que me había engañado cuando me introdujo en una casa por la entrada secreta de un jardín perfumado y me dijo:

»—Espera aquí, y no te muevas.

»—Escucho y obedezco —respondí.

»Al poco rato apareció una joven cuya hermosura me deslumbró. Estaba desnuda y tenía unas finas cicatrices en la espalda. Al verme, se echó a mis pies implorando:

»—¡Oh, amable señor, Alah te colme de bendiciones y duplique tus riquezas y tus años de vida, pues eres el único capaz de aplacar mis sufrimientos y desdichas! Me llamo Flor de Loto Abierta en el Estanque, y has de saber que soy una princesa encantada... —y acompañándose con una cítara, se puso a entonar estos tristes versos:

»La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

»—Me encuentro cautiva de un efrit malvado, que me maltrata y me posee brutalmente veinte veces al día, hasta dejarme extenuada. Luego me castiga con un látigo hasta que me desmayo. Solo tú puedes salvarme. Te contaré mi historia, pues es digna de ser escrita en la pupila de un ojo con la punta de una aguja esterilizada:

HISTORIA DE LA PRINCESA ENCANTADA Y EL EFRIT

»Cuando murió mi amado y apuesto esposo, (Que Alah lo conserve como oro en paño entre Sus brazos), abatido su barco por una tempestad durante un viaje de negocios a las Islas Georgias, una mañana apareció una vieja a la puerta de mi casa y me pidió que la siguiera...»

¡Basta! ¡Por el amor de Dios! ¡Estoy harta de tus historias! —interrumpió la princesa Cunegunda a la anciana. Y con un pase mágico la convirtió en un sapo lleno de granos, que se quedó discretamente callado.

De inmediato, Cunegunda continuó su camino hacia el bosque, dispuesta a tomar la apariencia del dragón y a cometer las atrocidades habituales. Había andado unos pasos, cuando observó, un poco más adelante, a una joven extrañamente ataviada. Según se fue acercando pudo ver que, además de llevar puesto un indecente vestido azul pálido (llevaba las faldas a la altura de las rodillas), ceñía su cabeza con un extraño tocado de paja en forma de plato o jofaina, y sostenía en sus manos una pequeña arqueta. Pensó que tal vez fuera una doncella en apuros, ultrajada por algún villano.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy Emma Roulotte —respondió la joven.

—¿Acaso vas huyendo de algún salteador de caminos, rufián o dragón? A juzgar por el corte de tus faldas, algún malvado ha intentado abusar de tu honor y honra.

—No. Nada de eso. Es la moda —se apresuró a aclarar Emma, un tanto sorprendida.

—¿Y qué coño haces en este bosque?

—Me envía el autor —dijo en un tono que quería ser convincente.

—¿El autor? Que yo sepa, los cuentos de hadas y princesas son anónimos. ¿No irás a decirme que te envía el folclore y la tradición oral?

—Bueno... —vaciló Emma, acalorada—, en realidad he venido por mi propia cuenta. Estoy buscando un cuento donde trabajar.

—Lo siento, pero en este no puedes.

—¿Por qué?

—Tu atuendo no es el adecuado para un cuento de esta época. Estamos en plena Edad Media.

Emma sintió crecer la desilusión dentro de su pecho. Hacía un montón de relatos que buscaba un sitio para ella, donde pudiera demostrar sus cualidades. Estaba cansada de deambular haciendo personajes secundarios, siempre con el mismo vestido, sin poder ducharse ni cambiarse de ropas...

—Acaso podría darte un papel —recapacitó la princesa en un raptó de bondad, al ver la decepción pintada en la cara de Emma, y codiciando secretamente la arqueta que esta llevaba.

—¿De veras?

—Sí. Un papel pequeñito, pero muy importante: «El donante».

—¿Y qué tengo que hacer?

—Entregarme un objeto mágico. ¿Tienes alguno?... Por ejemplo, esa arqueta. ¿Qué hay en ella?

—No lo sé —respondió Emma. Se quedó unos instantes pensativa, y por fin le extendió la arqueta.

Cunegunda la abrió y dentro halló una llave.

—¿Y esto, qué es? ¿Acaso una llave mágica?

—Bueno... tanto como mágica, no lo sé. Es de una consigna de Victoria Station...

—No importa, diremos que es mágica y ya está. —Y agregó Cunegunda—: ¿Para qué sirve?

—Para devolverte la vida en caso de que mueras —improvisó Emma con rapidez.

La princesa volvió a meter la llave en la arqueta, le agradeció a su donante, continuó su camino rumbo a lo más profundo del bosque y Emma se quedó allí porque su papel se había terminado.

Mientras tanto, el caballero que había surcado los mares buscando aventuras, atraído por la belleza de Cunegunda, tomaba posada no muy lejos de allí, e indagaba entre los lugareños acerca del dragón que asolaba el reino. De gallarda figura, este caballero era famoso por su valentía y arrojo cazando dragones. Se decía de él que, sin más ayuda que su espada de acero toledano, había dado muerte a más de mil dragones. Claro que tales rumores eran exagerados.

A la sazón, se hallaba en la posada una joven enigmática, de extraordinaria belleza, haciendo un viaje de placer por el país, cuyo nombre se abstuvo de revelar, quién, atraída por la audacia y gallardía del joven, y en voz alta, dijo:

—¿No hay en esta casa hombre garrido capaz de hablar y contestar a la pregunta del caballero? —y agregó con voz dulce, dirigiéndose hacia el joven—: Es bien conocida vuestra fama como para que nada podamos temer; estoy segura que acabaréis con el dragón, y para demostraros mi confianza en vos os entrego en prenda mi pañuelo italiano de seda natural. Es de Armani, muy caro.

El caballero le agradeció, y al punto se quedó prendado de su belleza. Sintió que su corazón se inflamaba olvidándose de Cunegunda (al fin y al cabo, a esta solo la había visto en pintura), y para demostrarle su agradecimiento y amor, comenzó a entonar un bello cantar de gesta, acompañándose de una zampoña, pues además de cazador de dragones era un excelente trovador y un virtuoso de los instrumentos de cuerda.

Al alba, cuando acabo de cantar, los huéspedes yacían dormidos a la mesa y tumbados por el suelo, al cobijo de la lumbre. La enigmática doncella bostezaba en un rincón, con la cabeza apoyada en el hombro de su aya, y cuando entre sueños oyó que la canción había llegado a su fin, aplaudió con vehemencia y tuvo palabras corteses para el joven trovador. Alabó sus bellas metáforas, tales como «agua de la espada», al referirse a la sangre, y «camino de la ballena», al hablar del mar, y le prometió entregarle su corazón y su mano si regresaba con la cabeza del dragón.

Partió el caballero hacia el bosque, armado de su espada toledana para matar dragones, y al llegar a un claro detuvo su corcel y echó pie a tierra. Guiado por su fina intuición, se ocultó entre los arbustos a la espera del dragón. Este no tardó en aparecer, arrastrándose pesadamente, resoplando por las narices un vaho espeso y repugnante, y el caballero, abandonando su escondite, blandió la espada y se dispuso a atacarlo. Pero el dragón, cuyo corazón era el de la enamoradiza Cunegunda, al verlo tan bravo y hermoso se prendó de él, perdió el aliento, reprimió su fuego, se detuvo en seco y lo interpeló con voz humana:

—¿Sois acaso el matador de dragones cuya gloria trasciende fronteras?

—Sí —le respondió él—, y he venido a acabar con vos para darle paz a este reino y ganarme la admiración y el amor de una doncella.—Y ya se disponía a atacarla cuando el dragón le ordenó:

—¡Deteneos! Soy la princesa Cunegunda.

El caballero, al oír el nombre de Cunegunda, se detuvo en seco. El dragón se explicó:

—Habréis de saber, mi aguerrido caballero, que un malvado nigromante maldíjome y

encantóme dejándome de esta guisa. Y tal encantamiento únicamente puede deshacerse si un caballero, como vos lo sois, me besa con toda la fuerza de su corazón.

El joven, sorprendido, titubeó unos instantes antes de responder:

—¿Cómo sé que vuestras palabras no encierran una traición, que no es un ardid y que sois en verdad la bella princesa Cunegunda, víctima de un encantamiento?

—Ahora mismo me es imposible recuperar mi verdadero aspecto, pues el encantamiento dura unas cuantas horas —dijo Cunegunda—. Pero si me observáis con detenimiento descubriréis que mis ojos son verdes y profundos. ¿Acaso habéis visto en vuestra vida un dragón de ojos verdes y profundos?

El caballero se quedó pensativo, levantó la vista y miró al dragón a los ojos. —Es cierto lo que decís, pero no es prueba suficiente, y mucho me temo que no sea más que un ardid.

—Aguardad unos instantes y os traeré la prueba que habrá de convenceros —y se alejó, volviendo al cabo de unos minutos, trayendo entre sus garras su propia ropa.

—¿No os bastan mis vestimentas como prueba de mis palabras?

—Muy por el contrario, pienso que las ropas pertenecen a la princesa a quien devoraste —y alzando su espada cuanto pudo, la dejó caer con todas sus fuerzas en el cuello del dragón y le seccionó la cabeza. El monstruo lanzó un alarido que hizo conmovier el bosque y se desplomó sobre la hierba, mientras de su cuello seccionado comenzaba a fluir una sangre renegrida y espesa como sirope de grosellas. Fue entonces cuando el caballero, sin dar crédito a sus ojos, vio cómo el horrible cuerpo del dragón se transformaba en una hermosa doncella ensangrentada, y su fiera cabeza en la de la bella y renombrada Cunegunda. Desesperado por lo que había hecho, cogió su propia espada y se dio muerte clavándosela en el vientre.

Pero hete aquí que, al caer muerta la princesa, la arqueta mágica que le había entregado la extraña muchacha con quien se había topado en el bosque se abrió, y de su interior saltó al suelo la llave, donde comenzó a brillar misteriosamente. Brilló y brilló con un fulgor que rodeó a la princesa y fue volviéndola a la vida. Despertó Cunegunda de su letargo mortuorio, se acopló la cabeza al cuello, y al ver al hermoso caballero con la espada hundida en el vientre, sintió que su corazón se precipitaba al más negro y profundo de los abismos, y comenzó a llorar y a tirarse de los cabellos. Fue entonces cuando el cielo se cubrió con espesos nubarrones, que pronto se desgarraron con un fulgor dorado, entre cuyos rayos apareció el hada madrina que al comienzo de esta historia había encantado a Cunegunda condenándola a padecer las cicatrices.

—Me pillas con un buen día y considero que tu crimen ya ha sido expiado —sentenció el hada—. Ahora estáis libre de mi hechizo y volveréis a ser bella para siempre. Pero antes debo advertiros que en el momento en que cometáis otra maldad, os convertiréis en una horrible bruja llena de piojos y pústulas. —Y en diciendo estas palabras, desapareció de la misma forma que había venido.

Mientras tanto, en la posada, la enigmática doncella aguardaba ansiosa el regreso del victorioso caballero, y al ver que tardaba, decidió internarse en el bosque e ir a su encuentro, desobedeciendo los consejos de su sabia aya. Cuando llegó al claro del bosque, lo encontró muerto en un charco de sangre, y presa de un ataque de nervios arrancó la espada del vientre de su amado y se atravesó el corazón con ella.

Cunegunda, que estaba vistiéndose detrás de unos matorrales, al oír ruidos se aproximó al claro y vio a los amantes occisos. No tardó en reparar en un anillo que llevaba la doncella, y al examinarlo de cerca comprobó, con estupor, que engarzaba un jaspe negro, insignia de su propia estirpe real. La malograda doncella no podía ser otra que su hermana Ágata, a quién habían dado por muerta. Ante el dolor desgarrador, que no hallaba forma de aplacarlo, intentó volverla a la

vida con la llave mágica, pero al ver que su magia se había agotado, la arrojó lejos de sí. Acto seguido arrancó la espada del corazón de su hermana, y se la clavó en el cráneo hasta los dientes. En ese momento, el autor reparó en lo horroroso del drama y, lleno de culpa, convencido de que su narración excedía los límites de los cuentos feéricos para teñirse con el rojo sangre del cine gore, decidió rehacer el final.

Pero después de reflexionar unos instantes, se arrepintió. ¿Qué necesidad tenía de seguir al pie de la letra las características de un cuento feérico tradicional? Ninguna. De manera que lo dejó como estaba. Con una salvedad: no quería dejar a los lectores con una falsa expectativa. Terminaría los cuentos comenzados por la vieja a quien la princesa Cunegunda había transformado en un sapo.

El principal inconveniente es que los sapos no hablan, de modo que el autor convocó con sus artes literarias al hada Melusina para que desencantara a la vieja. Esta llegó al punto con su varita mágica y la desencantó, devolviéndole, además, su juventud y belleza.

Al encontrarse la vieja de repente con un cuerpo de carnes prietas, unos senos turgentes y duros, unos muslos de alabastro sin celulitis, un rostro de grácil madonna cuatrocentista y una cabellera brillante como el oro, que le llegaba a la cintura, tuvo una pequeña crisis de identidad; pero una vez superada, cuando puso en la balanza los pros y los contra de su nuevo look, se mostró muy dispuesta a colaborar con el plagio y acabar de contar sus historias de la siguiente manera:

Continuación de la historia interrumpida de la princesa encantada y el efrít

Como decía:

«Cuando murió mi amado y apuesto esposo, (Que Alah lo conserve como oro en paño entre Sus Brazos), abatido su barco por una tempestad durante un viaje de negocios a las islas Georgias, una mañana apareció una vieja a la puerta de mi casa y me pidió que la siguiera, diciéndome que mi marido estaba de regreso y, víctima de un naufragio, se encontraba hospedado en su casa, bajo sus cuidados, pues se hallaba muy débil. Atravesamos la ciudad por maltrechas y sombrías callejuelas, luego los arrabales hasta llegar a una casa de espléndidos jardines rodeados por altos muros, y una vez allí, la vieja me dijo:

»—Hermosa y discreta joven (¡pluguiera a Alah que prolongase tu belleza!), te ruego que me aguardes aquí, sentada junto a esta fuente, pues no tardaré en regresar con tu amado esposo; pero veas lo veas y oigas lo que oigas, no digas ni hagas nada; pero, sobre todo, no bebas del agua de esta fuente aunque la sed te abraza la garganta.

»—Escucho y obedezco —le dije, y me quedé de pie junto a la fuente, que era de mármol de muy diferentes colores, y tenía cuatro chorros que salían de sendas cabezas de leones de oro, y cada una de estas aguas tenía un color y un perfume diferentes, y al caer hacían una música muy agradable. Así que estándome contemplando los colores del agua y aspirando sus perfumes, vi salir de la casa a cuatro eunucos enormes y horribles, portando un palanquín todo él de oro, plata y piedras preciosas, y velado por cortinas de seda de la China primorosamente bordadas con lentejuelas. Me oculté entre los rosales, de manera que no pudieran verme. Cuando los eunucos estuvieron cerca de mi escondite, dejáronlo en el suelo, y se retiraron discretamente. Entonces oí un llanto que provenía del interior del palanquín, y no pudiendo resistir la curiosidad y el dolor que aquellos lamentos me producían, me acerqué y, levantando una de las esquinas de la seda, miré adentro. Entonces vi a un adolescente más bello que la luna llena, en cuyas mejillas comenzaba a asomar el bozo tiñéndolas las de verde, y del cual dijo aquel poeta llamado

Mohamed “El bilateral”:

»Y vi aquel hermoso cuerpo como hecho
por Eros con su larga experiencia
modelada con alegría la simetría de sus miembros;
alzando su presencia como una escultura;
modelada la cara con emoción
a la que impartiera con el toque de sus dedos,
la pasión en su frente, y en los ojos, y en los labios.

»Y al verme, el hermoso muchacho se sorprendió y me preguntó:

»—¿Quién eres, hermosa joven, y qué haces en mi casa atreviéndote a interrumpir mi inmenso dolor?

»—Perdona mi curiosidad —le respondí—, pero al oír tu llanto mi corazón se conmovió de tal manera que no pude evitar la curiosidad de ver de quien provenía tanta aflicción. Y mi presencia en esta casa se debe a la invitación de una anciana, quien amablemente me informó que mi esposo se halla aquí malherido, y estoy aguardando a que lo traigan a mi lado.

»Al oír estas palabras, el joven me hizo una seña para que me callara, colocándose el índice sobre los labios, y me dijo en voz baja:

»—Me llamo “Grano de Belleza en la Mejilla Izquierda”, y has de saber que eres víctima del mismo engaño que usaron conmigo, pues la vieja a la cual has seguido hasta aquí es una alcahueta profesional al servicio de un efrit malvado que me tiene prisionero, y no dudo que sus intenciones contigo deben ser igualmente inconfesables por malvadas

»Cuando oí esto del joven Grano de Belleza en la Mejilla Izquierda, a quien en adelante llamaré por sus siglas, comencé a darme golpes en el pecho, a tironearme del pelo, y a lamentar mi triste e injusto destino.

»—No desesperéis, bella muchacha —me consoló G.D.B.E.L.M.I—, tal vez pueda hacer algo por ti, pues tus lágrimas me han conmovido hondamente, al igual que tu hermosura. Ven a mi lado, entra en mi palanquín, cúbrete con estos almohadones y ellos no podrán verte, y si me preguntan por ti, diré que no te he visto.

»—Escucho y obedezco —dije—, y que Alah, El que todo lo puede, te proteja y te colme de bendiciones.

»Entonces el joven comenzó a dar gritos mientras se cogía la cabeza con ambas manos. Enseguida apareció en el jardín la vieja alcahueta, seguida de un par de eunucos persas, de muy buen ver, y al ver que yo había desaparecido se acercó al palanquín, metió su asquerosa cabeza entre las cortinas y le preguntó a G.D.B.E.L.M.I:

»—Dime, joven estúpido y repugnante, ¿acaso no has visto a una mujer que dejó junto a la fuente hace tan solo un momento y, de paso, no podrías dejar de gritar, como si fueras un cerdo al que están sacrificando?

»—Por Alah (El que todo lo vigila), que la he visto acompañada de un hombre que la llevaba por la fuerza, pero cuando quise llamar a los esclavos para que lo detuvieran, el muy malvado me propinó un golpe en la cabeza y me hizo perder el sentido. Y es por eso, dulce señora, que me encuentras de esta manera, lamentándome, pues muy fuerte ha sido el golpe que me dio el muy asqueroso —y continuó dando alaridos a la par que se agarraba con fuerza la cabeza.

»Entonces, la vieja se marchó indignada, maldiciendo su mala suerte y arrancándose los cabellos, mientras los esclavos la seguían hacia el interior de la casa.»

—Pues sí que estarán calvos todos ellos, de tanto arrancarse los cabellos —dijo el mendigo.
—Pues sí —le respondió ella, y continuó:

«Así que se hubieron marchado, G.D.B.E.L.M.I. me dijo que ya podía salir de mi escondite, puesto que había pasado el peligro. Agradecí al joven, y estaba a punto de huir de aquella casa, cuando tuve sed, y olvidando la advertencia de la vieja, bebí un sorbo de agua de la fuente que tenía un bello color verde. De inmediato sentí un sueño inmenso y caí dormida.»

—Y esa es mi historia —dijo Flor de Loto Abierta en el Estanque al mendigo—. Y cuando desperté me hallaba en esta casa prisionera de ese terrible efrít que me posee cada noche, y tú eres el único que puede salvarme...

En ese instante de la narración una voz interrumpió pidiendo información acerca de la versión de estas historias, preguntando en concreto si se trataba de la versión de Burton o la de Cansinos-Assens.

—Pues la del doctor J.C.Mardrus, que es la peor y la más obscena —respondió Emma Roulotte, quien a la sazón se había quedado a observar los acontecimientos desde fuera del cuento.

Flor de Loto Abierta en el estanque hizo caso omiso a la interrupción y prosiguió:

«...y tú eres el único que puede salvarme y ayudarme a regresar a mi casa, junto a mi esposo que debe de estar de regreso de su viaje a las Islas Georgias, puesto que han pasado más de tres años que salí en su busca.

»—Dime qué debo hacer y accederé gustoso —dije a Flor de Loto Abierta en el Estanque.

»Deberás acudir a la casa del efrít y traerme un poco de agua de la fuente, pero tendrás que cogerla del chorro rojo, pues es la única que puede romper el encantamiento del que soy víctima. Cuando la beba, una alfombra mágica me llevará mi casa, junto a mi amado esposo.

»—Escucho y obedezco —le respondí. Y salí de allí en cumplimiento de mi promesa. Al llegar al zoco pregunté a los tenderos si conocían una casa en cuyo jardín había una fuente con cuatro chorros de agua, de distinto color y perfume cada uno de ellos, pero ninguno supo darme información, de modo que opté por buscar casa por casa, asomándome a sus jardines con la excusa de pedir una escudilla de agua para aplacar la sed. Así fue que al cabo de unos días, harto de beber y de mear, di con ella, y una vez que a hurtadillas hube recogido el agua, regresé junto a Flor de Loto..., y le entregué el frasco.

»Ella se arrojó a mis pies en agradecimiento, y me suplicó con lágrimas en los ojos:

»—Ahora tendrás que hacerme otro favor (Y que Alah te colme de bendiciones, a ti y a toda tu descendencia), si de verdad deseas verme librada de tanto infortunio.

»—Escucho y obedezco —le respondí.

»—Has de saber que para que el agua surta efecto y pueda trasladarme junto a mi esposo, deberás beber un trago tú también, de lo contrario todo el esfuerzo habrá sido en vano, y me haré vieja en esta casa, prisionera del efrít.

»—Por Alah que habré de ayudarte, aunque en ello se me vaya la vida de tanto beber agua y mear —le dije.

»Y dicho esto, bebí un trago del agua roja, y luego bebió Flor de Loto..., que al punto desapareció de mi vista. En seguida tuve un desvanecimiento, y cuando desperté me hallaba de

regreso en aquel jardín del efit. Bueno, me dije, ahora la Flor que parece no hartarse nunca de pedirme agua estará en compañía de su esposo, pero yo, en cambio, he vuelto a este jardín y corro el riesgo de que la vieja me encuentre. Y diciendo esto y cuando ya mis pies se dirigían a la puerta, vi aparecer cuatro eunucos negros como el ébano que transportaban un palanquín y lo dejaban en el jardín. Me escondí detrás de la fuente y cuando los esclavos se hubieron alejado, me acerqué y asomé la cabeza entre las cortinas de seda. Entonces vi al joven Grano de Belleza en la Mejilla Izquierda llorando, y por sus mejillas corrían abundantes lágrimas como diamantes, y mi corazón se estremeció al punto ante su extraordinaria belleza, una belleza de la cual dijo aquel poeta que le gustaba comer tanto higos como granadas:

»Como es hermoso seguirte,
oh, joven que ondeas
tranquilo en la ciudad nocturna.
Si te detienes en una esquina, alejado
permaneceré, alejado
de tu paz, —oh ardiente
soledad mía.

»Él, al verme, se sobresaltó, y me dijo:

»—¿Quién eres, hermosa doncella, que interrumpes de esta forma inapropiada mi soledad y mi dolor?

»Estará loco, me dije, puesto que me confunde con una mujer. Será mejor que le siga la corriente porque si lo contradigo podría ponerse a gritar y sus gritos atraerían a la vieja.

»—Me llamo Luna del Alba —le respondí, inventándome el primer nombre de mujer que me vino a la mente—. Y de inmediato hube de decirle la siguiente mentira—: estoy aquí solo de paso, pues el ama me ha llamado para encargarme algunos recados.

»Pero él, en lugar de oír mis palabras, se había quedado como de piedra mirándome a los ojos, y tomando mis manos me dijo:

»—Tú eres la joven del perfecto amor, la verdadera, la autora de mi desventura y causa de mis padecimientos —y comenzó a acariciarme entre suspiros, empezando por mis manos, siguiendo por mis brazos, mis pies, mis piernas, mis muslos, y cuando su mano llegó allí donde está la herencia del pobre, esta comenzó a inquietarse y a hincharse contra mi voluntad, hasta que estuvo a punto de saltar de mis calzones.

»“No debería hacer esto”, pensé, “pero puesto que él está convencido de que soy una mujer, mejor será que le dé gusto, no sea que se vuelva violento si lo contradigo”. De modo que me encomendé a Alah, ceñí mis riñones, y ya me disponía a introducir el pájaro en su jaula, a dar de comer al pollo sin voz, a llenar el pozo de Jacob, cuando mis manos notaron algo que me sorprendió grandemente: “Si este joven es de verdad un hombre”, me dije, “poca ha sido la herencia que le ha dejado su padre”. Y ya estaba a punto de entrar en la gruta de los placeres, dar vuelta por la casa de la hormiga y llegar donde el colibrí duerme, cuando el joven soltó una carcajada, me propinó un golpe en la cabeza, y me dijo, mientras se quitaba el turbante:

»—¿Qué, no me reconoces, esposo mío, y eres capaz de confundir varón con hembra? —y vi, al punto, que aquel hermoso joven era mi bella esposa disfrazada, la cual había desaparecido hacía tres años de mi casa, capturada por los bandidos, y luego había escapado de ellos vestida de hombre y en su huida se había refugiado en aquella casa donde se hacía pasar por un muchacho, desconociendo que en ella vivía un efit malvado que, a partir de ese momento la tuvo prisionera,

y si no la había poseído y violado siete veces siete al día, había sido gracias al ardid de las vestimentas. Entonces nos abrazamos y nos echamos a llorar por la emoción y alegría de nuestro reencuentro.

»Así que escapamos de inmediato de aquella casa, burlando la vigilancia de los criados y de la vieja alcahueta, regresamos a la nuestra donde pasamos muchos días y muchas noches retozando como cervatillos, hasta que una mañana, cuando estábamos aún en el lecho, llamaron a la puerta con fuertes golpes. Me vestí y salí a ver quién llamaba de esa manera tan impropia, y me encontré con una anciana que al verme me colmó de bendiciones y me pidió que la siguiera. Mi esposa, que en aquel momento se había asomado a la puerta, reconoció en la anciana a la alcahueta al servicio del efrít que la había raptado, y lanzó al punto un alarido, cayendo desmayada en mis brazos. Al verse descubierta, la vieja, que era una hechicera, dijo a mi esposa, al par que le arrojaba unos polvos mágicos encima:

»—¡Maldita seas, asquerosa mujer, y te veas toda tu vida de esta guisa!

»Y con un pase mágico la convirtió en una cabra.»

«—Y esta es mi historia —dijo el mendigo al Visir—. Ahora me comprendes, ¿verdad? Es esta la razón por la cual cada vez que veo un trozo de queso de cabra, o su olor llega hasta mí, me pongo a llorar, porque me acuerdo de mi pobre mujer.

»—¿Y dónde está ella ahora? —preguntó el Visir al infeliz mendigo.

»—No lo sé, porque la vendí a unos fabricantes de queso de Jerusalén, ya que no soportaba su presencia. Tal era el dolor que me causaba ver a mi bella esposa como una cabra. Pero ahora me arrepiento de mi egoísmo, y aunque he conocido y frecuentado a otras cabras, ninguna es tan bella, discreta y grácil como mi mujer.

»—¿Y no habría manera de desencantarla?

»—Ignoro si hay forma de devolverle su verdadera figura. Pero tal vez tú podrías ayudarme, pues me gustaría recuperarla; mi corazón echa de menos sus balidos.

»—Escucho y obedezco —dijo el Visir—, si hay algo que pueda hacer por tí y por tu esposa no tienes más que decírmelo, puesto que tu historia es más triste que la mía. Has de saber que, aquí como me ves, vestido con estos miserables harapos, yo era un Visir y rico mercader, querido y respetado por mis vecinos, pero una noche, al regresar de improviso a mi casa, halle a mi mujer retozando en brazos de un eunuco, y los decapité a ambos de un solo tajo. Ahora estoy arrepentido, porque tal vez ella fuera inocente y víctima de un encantamiento. Pero lo hecho, hecho está, y Alah (El que todo lo ve), ya se ha ocupado de mi castigo, haciéndome el más infeliz y miserable de los mortales.

»—Te equivocas, tu historia es más triste que la mía —dijo el mendigo—, puesto que mi mujer, aunque encantada, está viva, mientras que la tuya está muerta. Pero ambas historias deberían ser escritas en el ángulo de un ojo con una fina aguja y sin anestesia, para ejemplo de los mortales. Veamos, pues, la manera de dar con mi mujer.

»—¿Y cómo habremos de reconocerla? —preguntó el Visir.

»—Es muy sencillo, buscaremos a los fabricantes de queso a quienes se la vendí y volveré a comprársela. Será fácil reconocerla de entre el resto de las cabras por una marca negra que tiene en el lado izquierdo del cuello. Salgamos, pues, a buscarla ya que presiento que no debe de estar muy lejos.

»Así que hubieron andado unas cuantas horas, llegaron al campamento de unos infieles que por allí acampaban, y al punto el mendigo reconoció al quesero judío que regresaba del prado con la manada de cabras, y acercándose al infiel le preguntaron:

»—Dime buen hombre (y que Jehová te colme de bendiciones, si es que existe como tú afirmas), ¿sabes si entre tus cabras hay una que tenga una mancha negra en el cuello?

»—La tuve —respondió el infiel, tranquilamente—, pero hace un par de noches unos bandidos que pasaron por aquí me la robaron. Y mucho lo he sentido, pues era la mejor cabra que tenía, daba mucha leche y parecía comprenderme cuando le hablaba durante la soledad de las noches en el desierto.

»—Es ella, no hay duda que esta cabra es mi esposa —dijo el mendigo al Visir, lleno de alegría.

»—Perdona, buen hombre, si te hago una pregunta indiscreta —dijo el infiel—, pero creo haberte oído decir que la cabra que te compre a un precio exorbitante era tu esposa. ¿Acaso eres zoófilo? ¿Procedes de Sodoma o de Gomorra? Porque si así fuera, que Jehová te castigue con el fuego eterno, a ti, y a toda tu descendencia caprina durante mil siglos.

»—No es eso, impío quesero, mi esposa fue encantada por una vieja hechicera, y convertida en la cabra que te vendido a muy buen precio, y ahora te han robado. ¿Sabes acaso dónde podría hallarla?

»—Dicen que cerca del desierto de Al-behebit —respondió el infiel— existe una gruta donde se refugian o viven los ladrones, dicen que son cuarenta, cada uno más fiero y más cruel que el otro, y comandados por un jefe cuyo nombre es Ali-elb-aboso, el más cruel y temible ladrón entre los ladrones y el más doblegado a los excesos de la carne.

»Agradecieron al infiel, y partieron el Visir y el mendigo hacia el desierto de Al-behebit, y una vez en sus tórridas arenas, preguntaron a los transeúntes si conocían o habían oído hablar de la gruta de los bandidos. Pero la gente rehusaba responderles o les contaban mentiras sobre su emplazamiento. Pero Alah, (que es el Único Poderoso y todo Lo ve), guió sus pasos poniéndolos en el camino hacia la gruta de Ali-elb-aboso.

»Así que hubieron llegado a la gruta, vieron que esta tenía la entrada sellada con una gran roca. Tan grande era que no podían moverla ni doscientos caballos de tiro. Y cuando se hallaban buscando una entrada posible, oyeron, a lo lejos, ruidos de cabalgaduras, y se ocultaron de inmediato detrás de una roca. Pronto aparecieron entre el fragor del polvo unos cuarenta jinetes, armados todos ellos con poderosos alfanjes y cimitarras, y al llegar a la entrada de la cueva, apeóse aquel que por la riqueza de sus vestiduras parecía el jefe, y poniéndose frente a la puerta gritó:

»—¡Sésamo, ábreme!

»Al punto se abrió una puertita bien disimulada, por la cual no cabía un hombre de talla normal, y apareció un enano deforme cuyo rostro espantaba, que entregó a Ali-elb-aboso una tarjeta. Este la introdujo por la estrecha fisura de una roca, tecleó su número secreto, y al instante la piedra se abrió con ruido sordo dejando expedita la entrada. Cuando los jinetes hubieron entrado, esta volvió a cerrarse con gran estruendo.

»—Tendremos que apoderarnos de su tarjeta y el número secreto. Caso contrario será imposible que entremos —dijo el Visir al mendigo. De modo que permanecieron escondidos hasta que la puerta volvió a abrirse y salieron los bandidos. En este momento, el Visir, que era muy astuto, abandonó el escondite y acercándose a Ali-elb-aboso, le dijo:

»—¡Alah sea contigo!, gran Ali-elb-aboso, y te colme de riquezas duplicando las que ya posees.

»—¿Quién eres, y cómo te atreves a llegar hasta mi escondite? —le preguntó, blandiendo su alfanje dispuesto a decapitarlo.

»—Oh, noble señor, mi nombre el Saleb-el-malebí —respondió el Visir—, y soy gerente del

Banco Oriental del Desierto. He venido para comunicarte que tu tarjeta ha caducado; de modo que te traigo la nueva, y te ruego que me entregues la vieja para llevarla al banco, donde será destruida.

»Y diciendo estas palabras, le entregó su propia tarjeta, único recuerdo de su fortuna, diciéndole:

»—Tu número ahora es el 4554, fácil de recordar, pues como ves es capicúa. ¿Recuerdas acaso el antiguo?

»—Claro que sí —respondió Ali-elb-aboso, cayendo en la trampa—. Era el 6781, mi memoria es prodigiosa —y le entregó la tarjeta.

»Así que los bandidos comandados por Alí-baba se hubieron marchado, el Visir y el mendigo se apostaron a la entrada de la cueva y gritaron:

»—¡Sésamo, ábreme! —y de inmediato salió el enano horrible por la puertita disimulada, y ellos, que se habían escondido detrás de una roca, saltaron sobre él y le cortaron la cabeza de un único tajo. Enseguida el Visir introdujo la tarjeta en la ranura, marcó el número secreto, y la puerta se abrió al punto produciendo un enorme chirrido. Nada más entrar en ella, se vieron deslumbrados por un fulgor dorado que provenía del fondo de la cueva y se dirigieron hacia allí. Cuál sería la sorpresa al descubrir montañas de joyas de oro y piedras preciosas, maravedíes y dinares que rebasaban de cientos de odres, y perfumes y especias, así como alfombras de Persia y cristales de bacará, acciones y letras del tesoro. Deslumbrados como estaban, no habían reparado en una cabra que se había acercado hasta ellos y los miraba con atención;

»—Alah sea con vosotros —dijo la cabra. Y dirigiéndose al mendigo exclamó—: ¡Querido esposo mío, sabía que tarde o temprano acudirías en mi busca!

»Maravilláronse al oír esto, y se dieron la vuelta para mirar a la cabra. El mendigo, al ver a su mujer cabra la abrazó y cubrió de besos. —Por Alah que habré de hallar la manera de desencantarte —le dijo—. Pero dime, ¿cómo has venido a parar a esta cueva?

»—¡Oh, esposo mío! —dijo la cabra—, puedo contarte mi historia, pues es digna de ser escrita en el ojo...

»—Mejor lo dejamos para otro día, querida —la interrumpió el mendigo.

»—Entonces, démonos prisa en huir antes de que vuelvan los ladrones, pues habrás de saber que está próxima la hora en que me ordeñan —replicó la cabra.

»Salieron de la cueva acompañados de la cabra, cargados con todas las riquezas de las que pudieron hacer acopio en los zurriones, y huyeron atravesando el desierto tórrido hasta que llegaron a la ciudad. Y una vez en ella consultaron a una bruja famosa quien, a cambio de unos pocos dinares, les vendió una pócima para desencantar a la esposa del mendigo. Y aunque la pócima resultó un fraude y la esposa del mendigo jamás volvió a recobrar su apariencia humana, los tres vivieron rodeados de alegría y prosperidad, hasta que llegó para ellos aquella que destruye los placeres y separa las compañías. ¡Glorificado sea El que no cambia y no tiene fin, al que regresan todas las cosas!»

—Esta historia —dijo la vieja a Melusina— es la que quería referir momentos antes si Cunegunda o el autor me hubieran dejado terminar, en lugar de haberme convertido en un asqueroso sapo en el cuento anterior.

—No entiendo qué tiene que ver vuestro cuento con vuestra propia vida ni con los dragones —replicó el hada Melusina.

—Muy simple —respondió la vieja—. La bruja a la que el Visir compró el brebaje para desencantar a la mujer del mendigo transformada en una cabra soy yo: maga inmortal, hacedora de

encantos y hechicerías, destructora de dragones malvados, narradora de historias verdaderas e inventadas, habitante del tiempo esférico... y además quiero que sepáis que si ahora estáis aquí conmigo y os dieron un papel en esta historia, es merced a mí, puesto que el autor se habría negado a introducir un hada en esta historia. Las odia con todas sus fuerzas.

—Es verdad —dijo Melusina—, y os lo agradezco profundamente, y prometo, además, no volver a usar mis artes de hechicería como no sea para hacer el bien.

—Me alegro de oír esas palabras en vuestros labios —dijo la vieja—. Ahora debo irme a buscar nuevas historias, ya que mi amiga no vino a ayudarme a coger moras... Por cierto, ¿no la habréis visto? Es muy hermosa, aunque viste de una forma un tanto snob.

—No, no la he visto —mintió Cunegunda.

—Es una pena... —murmuró la vieja, mientras se alejaba seguida de cerca por su cabra blanca, con una marca negra en el cuello.

Al llegar a este punto de la narración, el autor se dio cuenta de que amanecía y, discreto, se calló.

Como desconfiaba de la caja, Emma tardó en decidirse a abrirla. Sin quitarle los ojos de encima, evocó a los personajes que había conocido a lo largo del libro, mientras iba con su caravana de historia en historia buscando la suya propia, y recordó al muchacho, a Carlos, a quien había acompañado en aquel pueblo perdido, y no pudo eludir la imagen de aquella estación de trenes. Volvió a sentir en su piel la frescura de aquella noche, y le vino a la memoria su intromisión en una historia futurista, donde por piedad hizo un papel secundario de monstruo. También recordó aquel papel de filóloga detectivesca que desenmascaraba a un falso novelista, y cuando tuvo que ponerse un ridículo disfraz de dinosaurio para actuar dos segundos, y luego de donante, y de Flor de Loto Abierta en el Estanque... Se había marchado del libro sin decir nada a nadie, huyendo del caos de historias donde jamás tuvo un rol protagonista, limitada a encarnar personajes secundarios de escasa trascendencia.

Volvió a leer la tarjeta que había caído del envoltorio de la caja. Conocía esa tarjeta: la había visto en Silver Moon.

Es tu labor reunir las y que cada una llegue a las manos apropiadas...

Estas palabras le hicieron perder recelo, y se acercó a la caja, la cogió y le dio la vuelta. Pegado en la base había un sobre con sus señas. Dentro del sobre una carta:

«Querida Emma,

»Imagino que esta le sorprenderá, después de tan prolongado silencio y de haber sido tan descortés con usted. Fueron numerosas las veces donde me propuse hacer de usted un verdadero personaje, una protagonista digna, pero, aunque siempre me pareció usted un personaje resuelto, lo hallé un tanto ingenuo o cursi, y nunca supe con seguridad si se trata de una máscara encubriendo un verdadero afán de protagonismo y delirio de grandeza. Le ruego que me comprenda y sepa disculparme. En reconocimiento a su valioso aporte, le envío esta caja, convencido de que sabrá darle utilidad. Acaso pueda hallar en ella su propia y definitiva historia.

»Un cordial saludo,

»El autor»

Quiere limpiar su conciencia, pensó Emma. Acallar las voces interiores que lo atormentan y le impiden escribir. Aunque, tal vez, esas voces interiores son el motivo legítimo de sus

inquietudes literarias.

Abrió la caja decidida aunque no sin recelo, y vio en el fondo un batiburrillo de palabras indescifrables, retazos de sintaxis, trozos de argumentos: eran los restos de una batalla librada entre un autor y el lenguaje. Ese campo de batalla, sembrado de muertos y heridos, era un verdadero rompecabezas, ideal para entretener los días de lluvia y ocasos prematuros. Lo desparramó todo en el suelo, y se quedó mirándolo. Entre el montón de palabras había un objeto extraño: un frasco diminuto con unas pocas píldoras. Suspiró. «Paciencia», se dijo, «nada hay más raro que un escritor».

Mientras acariciaba las palabras con suavidad notando su tersura, a pesar del destrozo, pensó que estaba en su derecho de hacer con ellas una historia personal. Acaso fuera esta su oportunidad. Sí. Tenía a su disposición lo necesario para escribir su propia historia, la que el autor le había negado, o no había sido capaz de hacer.

Buscó en el caos de sustantivos, adjetivos y verbos, hasta que dio con su propio nombre: *Emma Roulotte*.

Ahora sabrán quién soy, se dijo, a modo de juramento.

Esa noche, Emma durmió plácidamente, sin hacer caso a la humedad de las sábanas, ni oír la lluvia golpeando sobre el techo metálico de la caravana. A la mañana siguiente, se sentó cómodamente sobre un almohadón en el suelo, ante el montón de palabras. Las esparció y fue poniéndolas en orden, agrupó frases, apartó palabras rotas o aplastadas.

Puso las tres primeras palabras:

«*El muchacho desciende...*»

En ese momento vio una palabra extraña asomando del montón, tiró de ella y se encontró con una cita en latín: *Proximi sunt germanis qui trans Rhenum incolunt...* Aunque no sabía latín, decidió ponerla al principio, como cita culta, y siguió:

«...*del coche de línea en medio de un páramo...*»

Prolijamente, siguió formando frases y haciendo un relato coherente:

«*Se detiene a las puertas del pueblo, palpa en sus bolsillos y saca una carta con las señas de la escritora, para quien traía un paquete de regalo...*»

«*Querida Emma —decía la carta—, el portador de la presente es un viejo y querido amigo, Carlos, quien tuvo la amabilidad de ofrecerse a llevarte un presente de mi parte. Espero que puedas alojarlo durante un día, pues él seguirá viaje. Le dije que tú también eras escritora y le di las señas de tu caravana; espero que últimamente no te hayas movido mucho de un lado a otro. De paso, te comento que mi última novela: Muslos apasionados, está siendo un éxito. Espero que disfrutes con mi regalo.*»

«*Un beso, Esmeralda Villaldini*»

Hasta aquí, Emma quedó conforme con lo que llevaba escrito. Retocó alguna frase, modificó un tiempo verbal, pulió alguno que otro adjetivo y continuó:

«*Me ilusioné pensando que aquel regalo quebraría la rutina y el tedio. En cuanto a ese amigo de Esmeralda, ese tal Carlos a quien debía alojar por una noche, me inquietaba aún más que el regalo. No dejaba de pensar en él y me lo imaginaba joven, apuesto y triunfador.*»

«*Tenía que limpiar, ordenar la caravana, improvisar un cuarto de huéspedes, y dejarlo todo radiante. Así lo hice, poniendo todo mi empeño; y también llené un florero de rosas. Me intrigaba ese tal Carlos.*»

«*Al día siguiente, madrugué, y luego de comprobar que todo estaba dispuesto, salí a comprar refrescos. A las diez de la mañana, me senté ante la caravana a esperar. Cada vez que a lo lejos se perfilaba una silueta pensaba que sería él; pero a medida que la silueta se*»

acercaba y se definía, decepcionada, descubría que era un vecino y que, al pasar frente mi caravana, me saludaba y seguía su camino. Quise calmar la ansiedad ojeando una revista. Cuando dieron las doce, comí un ligero almuerzo y por la tarde me entretuve escuchando la radio.

»También esa noche esperé inútilmente. Nadie llamó a la puerta. Dormí muy mal, nerviosa, despertándome a cada momento.

»A la mañana siguiente me puse a pelar manzanas para hacer compota. No recuerdo cuánto tiempo llevaba bajo el toldo de la caravana, cuando vi a dos personas viniendo por la calle; una de ellas llevaba una maleta. “Es él”, pensé, y se me cayó al suelo la manzana que estaba pelando cuando descubrí que venía acompañado de una muchacha. Era una contrariedad: Esmeralda no me había hablado de ninguna chica en su carta. Esta llevaba un vestido azul pálido y la cabeza cubierta por una pabela de paja, enlazada con una cinta también azul. La pareja pasó frente a la caravana en dirección al centro. Suspiré aliviada, no era él. Pasaron las diez y media y no llegó nadie. Empezada a pensar que ya no vendría. Al final de la tarde casi ya había perdido toda esperanza.

»Cuando menos lo esperaba, llamaron con tres golpecitos tímidos. Di un brinco y corrí hacia la puerta. Era la misma pareja. Me sorprendí mucho: si aquel hombre era el amigo de Esmeralda, ¿quién era ella? ¿Por qué no habían llamado esta misma mañana?

»—Buenas tardes —me saludó ella, que parecía más decidida que él—. ¿Podría decirnos si vive aquí un escritor?, hemos perdido sus señas y llevamos el día entero dando vueltas.

»—Sí, es aquí— respondí, un tanto confusa—. Soy escritora. —Aunque, en realidad, solo llevo en el oficio unas horas.

»Ambos sonrieron. Se miraron y suspiraron profundamente, como si se quitasen un gran peso de encima.

»—Carlos Bobardí —dijo él, adelantándose y tendiendo hacia mí su mano ancha—. Encantado —y agregó, señalando a la chica—: mi esposa, Emma.

»Me dio un vuelco el corazón. Emma soy yo, y no esta mujer, pensé. De todas formas, procuré no poner en evidencia mi disgusto mostrándoles la mejor de mis sonrisas mientras estrechaba sus manos.

»Los hice pasar y me explicaron que el coche de línea había sufrido una avería, originando un retraso de unas cuantas horas. Se disculparon, y les ofrecí algo fresco de beber. Fui a la cocina, y mientras estaba allí buscando en la nevera algún refresco, los sentí cuchichear en la sala. Esto ya no me gustó nada. No obstante, al regresar, procuré no perder la compostura, mientras me explicaban que llevaban todo el día intentando dar con mi casa, porque habían perdido la carta de Esmeralda con mis señas, y me dieron el regalo que ella me enviaba. Lo abrí y me encontré con una cajita de música preciosa. Mientras oía la melodía que brotaba del corazón de ese mecanismo, no dejaba de mirar a Carlos: alto, moreno, de rostro varonil, con el cabello graciosamente despeinado por el viento... Creo que fue en ese instante cuando ella, la supuesta Emma, la supuesta esposa de aquel hombre, notó que mis ojos la ignoraban y que en realidad se abismaban en la inmensidad de aquellos oscuros, que me estaban hablando...

En este momento de su narración, Emma cerró los ojos y se quedó pensativa. Tenía un montón de palabras, una estructura narrativa rota, sin final, un argumento..., entonces ¿por qué seguir soportando la mirada inquisidora de esa mujer que afirmaba llamarse como ella? Buscó entre las palabras las adecuadas, las apartó, y desarmó de un manotazo el final que estaba haciendo. Siguió así:

»Serían las ocho cuando llamaron. Ante la puerta de mi caravana había un muchacho apuesto entretenido en mirar mis rosas. Al verme se volvió hacia mí y, clavando sus grandes y oscuros ojos en los míos, me preguntó con una voz suave y varonil:

»—¿Es usted escritora?

»Tardé un instante en contestarle, lo justo como para reponerme de aquella mirada cálida y acariciante.

»—Sí... soy yo, Emma...

»—Lo sabía, Emma Roulotte, es usted.»

Sobre la alfombra, junto a un exiguo puñado de palabras, hallan el frasco de Cuentovak 10 olvidado. Emma y Carlos se miran. ¿Por qué no localizar al dueño del deportivo rojo y enviárselas disueltas en una botella de whisky?

FIN

Emma Roulotte terminó esta historia en 1999